Cuadros americanos

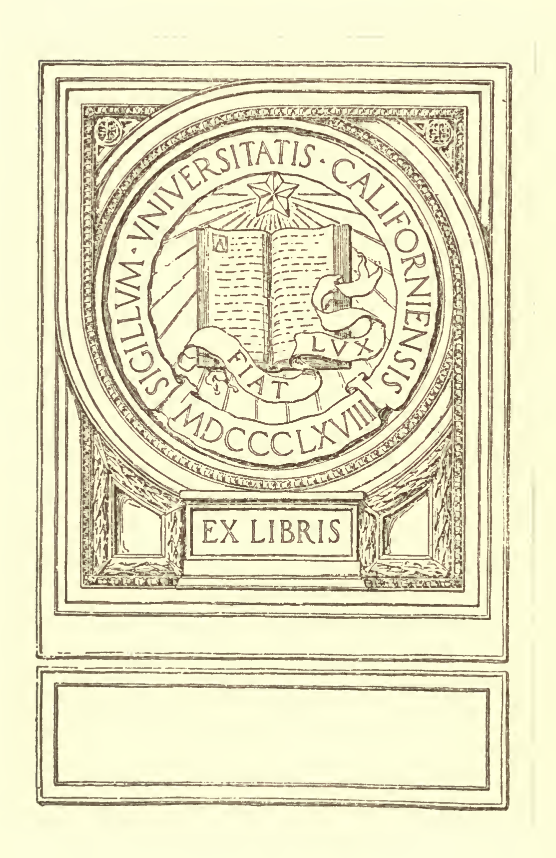
…cas de la vida en los Estados Unidos



POR

FEDERICO LÓPEZ VALENCIA

EDITORIAL ALBERO, SANTA ENGRACIA, 155.—MADRID

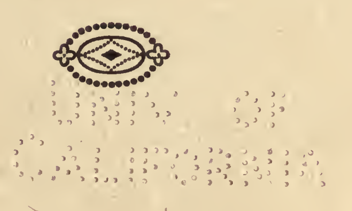

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

CUADROS AMERICANOS

FEDERICO LÓPEZ VALENCIA

CUADROS AMERICANOS

ESCENAS DE LA VIDA EN LOS ESTADOS UNIDOS



MADRID
IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE MIGUEL ALBERO
155, Calle de Santa Engracia, 155
1920

A la memoria de

Theodore Roosevelt

Presidente de los Estados Unidos de América

Hombre representativo

Apóstol del Evangelio de la Energía.

El Autor.

ÍNDICE

El crisol

Ubi bene, ibi patria.

Al despertarse Pietro, notó que hacía un frío intenso, y que el barco estaba inmóvil; el ruido de la hélice, que tanto le desveló en las primeras noches, había cesado.

Beppo bajaba de cubierta, y le dijo con muestras de gran alborozo:

—Ya hemos llegado. Vístete aprisa y vamos arriba a ver el puerto.

Cinco minutos después, los dos estaban en la proa, de bruces contra la borda. Acababa de amanecer, pero la niebla oscurecía el sol y apenas dejaba adivinar la línea de la costa. El mar, de un color verde oscuro, se encrespaba en anchas oleadas al soplo del helado viento del Oeste.

Por el lado de tierra se acercaba un vaporcito con una chimenea negra muy alta; rodaba como una pelota por el lomo verdoso de las olas. Avisó su llegada con un silbido estridente

y acostó al pie de la escala de estribor, con las amarras que le echaron del trasatlántico. En él venían tres hombres, altos, jóvenes y robustos, y que hablaban a voces con el sobrecargo, palabras cortas y ásperas que a los oídos latinos de Pietro y Beppo parecían de una lengua salvaje.

—Vienen por el correo—les dijo un marinero.

En efecto, por la escala bajaban marineros cargados con las sacas de la correspondencia, que los del vapor amontonaban rápidamente sobre la cubierta.

Mientras tanto, por babor habían subido a bordo, desde otro vaporcito igual que el del correo, el médico inspector y el piloto, que conversaban con los oficiales en la cabina del capitán.

Un toque de campana reunió en la proa a los emigrantes, los cuales fueron conducidos por un oficial a la primer cubierta. Allí, formados en fila, estaban los viajeros de las clases superiores: mujeres a medio peinar, con caras soñolientas y tiritando bajo los grandes abrigos de pieles; hombres de todas las edades y condiciones, niños y criados, todos los cuales miraban con gesto de repugnancia a la turba sucia y abigarrada de los emigrantes, que subían como

avergonzados y temerosos por la estrecha escalera.

La inspección del médico fué corta, aunque se detuvo un poco mirando uno por uno a todos los emigrantes. Apenas terminó, el buque se puso en movimiento, y todos los pasajeros se dirigieron a sus respectivos camarotes para prepararse a desembarcar.

En el entrepuente de proa, la agitación era extraordinaria; todos preparaban sus equipajes, guardando en maletas, sacos y baules, ropas y objetos, después de ponerse los mejores vestidos; y era de notar cómo aquella gente tan locuaz, aquellos meridionales alegres y dicharacheros, estaban callados, pensando en el inminente desenlace de su gran aventura. Allí enfrente estaba América, aquella tierra de promisión con la cual habían soñado en medio de las privaciones y amarguras de la miseria, brindándoles el trabajo y la riqueza que les negaba su patria. Atrás, muy lejos, separados de ellos por el océano, quedaban los seres queridos, la madre anciana, los hermanos pequeños, la novia, esperando su vuelta y con ella la alegría y el bienestar. Y el recuerdo de las calles soleadas de la aldea natal, de la playa deslumbrante y del cielo azul, hacía más dolorosa la nostalgia, ante aquellas tierras nevadas, aquel cielo

nebuloso y aquel frío gracial de la costa americana.

Para desechar estos pensamientos, Pietro subió a cubierta y se echó de bruces sobre la borda. Debajo de él, el tajamar hendía el agua oscura, produciendo grandes remolinos, que se cubrían de espuma a lo largo del casco. El buque iba entrando en la gran bahía de Nueva York. A la izquierda, sobre una costa de rocas negras, cuya negrura hacía resaltar más la nieve, unas casas de ladrillos rojos y amarillos se reflejaban en el agua turbia. Delante, la niebla lo cubría todo, pero los ruidos de diversas clases, los silbidos de las sirenas y ese rumor indeterminado que indica la cercanía de las grandes ciudades, excitaban la impaciencia del emigrante, que, con los ojos fijos en la cortina grisácea, parecía querer atravesarla con la vista.

Poco a poco, hacia la izquierda, se fué dibujando una enorme figura negra, y Pietro pronto reconoció en ella la estatua de la Libertad, que tantas veces había visto en los periódicos ilustrados. Al pasar a su lado el barco, pudo apreciar la magnitud de sus dimensiones, la nobleza de sus rasgos y el gesto maternal con que parece acoger al viajero a la entrada de la tierra de la libre oportunidad y del progreso. Y su vista puso en su corazón la esperanza en el

triunfo y el ánimo de vencer las dificultades de una país desconocido.

A medida que el *Giulio Cesare* se adentraba en la bahía, era mayor el número de embarcaciones de todas clases que se encontraba en su camino: grandes trasatlánticos que se dirigían hacia la salida del puerto, enormes buques de carga, barcazas que transportaban trenes enteros, botes policías o del servicio de incendios, goletas, veleros, laudes, canoas y barcos de todas formas y tamaños, surcaban velozmente las aguas, abriéndose camino con el silbido continuo de sus sirenas o el toque de sus campanas. A Pietro le maravillaba aquel extraordinario movimiento, aquella velocidad vertiginosa, y los comparaba en su mente con la soñolienta lentitud de los puertos mediterráneos, donde se deslizan suavemente las embarcaciones, mientras los marineros cantan lánguidas barcarolas, recostados sobre un manojo de cuerdas.

Al fin, el sol consiguió disipar la niebla, y ante los ojos atónitos de Pietro y de los emigrantes que se habían reunido con él, apareció el imponente espectáculo de la ciudad baja. Reflejándose en el agua verdosa, los altísimos edificios blancos, rojos y verdes, coronados de doradas cúpulas, parecían un conciliábulo de gigantes, y a sus pies, en los muelles, carros, tre-

nes, tranvías y peatones circulaban con una rapidez vertiginosa. Los viajeros no decían nada; realmente, aquello superaba cuantas ilusiones se habían forjado al oir hablar de las cosas de aquel país maravilloso, y con toda su actividad concentrada en los ojos, contemplaban ávidamente aquel fantástico espectáculo.

Al torcer el trasatlántico su rumbo hacia la derecha para entrar por el East River, fué un nuevo motivo de asombro la vista de los enormes puentes, los mayores del mundo, por los cuales pasaban con ruido atronador trenes, tranvías y vehículos de todas clases.

El buque paró de pronto en medio del río, y dos remolcadores aplicaron contra su casco sus proas cubiertas de pieles de carnero, haciéndole girar para introducirle en el muelle. Sobre éste había una multitud abigarrada que esperaba la llegada del barco, agitando sombreros y pañuelos, saludos contestados por algunos pasajeros que habían reconocido a sus familias o amigos. A Pietro no le esperaba nadie, y este espectáculo de la alegría ajena, del encuentro de personas amadas después de una larga separación, aumentó la nostalgia de la aldea natal y de la humilde choza de pescadores donde vivían sus padres.

Apenas amarrado el buque y establecido el

contacto con el muelle, subieron a bordo dos comisarios de emigración y toda aquella gente que esperaba, invadiendo el salón de primera. Momentos después desembarcaban los pasajeros de cámara, acompañados de sus amigos y de los camareros con los equipajes.

Pietro seguía contemplando ávidamente la ciudad inmensa, donde esperaba hallar la fortuna que no logró en su patria, y trataba de hacerse una idea acerca del movimiento de sus calles y del aspecto de sus habitantes. De cuando en cuando, entre dos altísimos edificios blancos, coronados de grandes penachos de humo, pasaba raudamente un tren elevado, sobre un andamiaje de hierro, y más abajo, por el muelle, pasaban grandes automóviles y pesados carros tirados por robustos caballos, cargados de toda clase de mercancías. El frío era cada vez más intenso.

Después de la comida de la mañana, el sobrecargo reunió a todos los emigrantes sobre cubierta y les fué entregando grandes tarjetones con el nombre de cada uno, encargándoles que los colgaran en un botón de la americana, para pasar la revista de inspección por las autoridades americanas, para cuyo efecto habían de ser transportados a la isla Ellis.

El vapor a donde les hicieron pasar después

de desembarcar, estaba casi en su totalidad ocupado por centenarcs de emigrantes, y los italianos hubieron de colocarse como pudieron en los huecos libres y en la ancha escalera que comunicaba con el piso segundo. El calor era insoportable y los cristales de las ventanas, completamente empañados, no permitían ver el exterior. Los bancos que rodeaban el salón principal estaban todos ocupados, y en el centro, sentados sobre sus equipajes, o en el suelo, y fuertemente apretados los unos contra los otros, los emigrantes, con sus tarjetones colgados al pecho, esperaban pacientemente. El silencio era sólo interrumpido de cuando en cuando por al llanto de algún niño, o por algunas breves palabras que en todas las lenguas del mundo cambiaban entre sí aquellos desgraciados.

Pietro tuvo la suerte, en medio de aquella confusión, de conservar el contacto con Beppo, Niccolo y los otros dos paisanos de la aldea, con los cuales había hecho el viaje hasta Nápoles y que habían sido sus compañeros a bordo.

Una vez entrados tantos emigrantes como cupieron, sin dejar libre una pulgada de terreno, un marinero cerró con una cadena la escalera, y el barco se puso en movimiento.

—*Come on! Hurry up!*—decían impacientes

los vigilantes de la isla Ellis a los pobres emigrantes, que, temerosos y desorientados, ponían el pie en tierra.

Por un camino de tablas colocadas sobre la nieve, los emigrantes, cargados con sus equipajes, se dirigían en interminable fila a un oscuro edificio con aspecto de cuartel. Allí iban los judíos, rusos y rumanos, de nariz aguileña y barba puntiaguda, con mugrientos caftanes y grandes gorros de piel; los armenios, turcos, sirios y griegos, de color terroso y tocados con feces rojos; los magiares, de facciones mongólicas y vestidos con trajes exóticos de colores variados; los búlgaros, servios y montenegrinos, de hirsutas barbas y mirada feroz, con zamarras de piel de carnero; los *lazzaroni* napolitanos y los pequeños calabreses, tostados por el sol mediterráneo, con negras melenas y pañuelos encarnados a la cabeza; los argelinos y tunecinos, de alta estatura, con blancos albornoces y anchos turbantes; árabes, malteses, chipiotras, griegos de las islas y del Asia, portugueses, valencianos, mallorquines, representantes, en fin, de todas las razas meridionales y orientales.

Al verlos pasar, sucios y miserables, encorvados bajo el peso de sus miserables equipajes, y seguidos de sus mujeres con los niños a la espalda o de la mano, los espectadores no podían

menos de sentir por ellos simpatía, porque se hallaban en una gran aventura de la que dependía su porvenir y el de sus familias, y también admiración, porque habían tenido la energía de romper sus vínculos con la vieja Europa. Habían sacudido el yugo de la esclavitud, y huyendo de las persecuciones de raza y de secta, de las garras de la pobreza que envilece, y acaso de las redes de una justicia hecha para uso de los poderosos, venían al país de la libre oportunidad, para desarrollar sin trabas sus energías y elevarse por el trabajo ennoblecedor.

Entraron en un amplio patio, con suelo de cemento y cubierto con una bóveda de cristales, y guiados por un inspector, fueron pasando como un rebaño, por varios patios contiguos. En cada puerta había un médico que examinaba uno por uno a los emigrantes, y era de ver cómo la ansiedad de los rostros de éstos era sustituída por una expresión de alivio cada vezque pasaban ante el médico sin ser detenidos.

Pietro y sus amigos consiguieron pasar los dos primeros exámenes, pero cuando el oculista volvió los párpados de Beppo buscando síntomas de tracoma y le separó a un lado, a Pietro, que ya sabía lo que significaba aquello, le dió

un vuelco el corazón; su amigo quedaba detenido, y en el primer vapor sería devuelto a Nápoles. Con un gesto de la mano se despidió de él en el momento que el vigilante le cogía del brazo y se lo llevaba por un largo pasillo.

Al terminar la inspección, Pietro, que había perdido de vista a sus compañeros, se encontró rodeado por un grupo de judíos polacos, y con ellos subió por una escalera de hierro a un amplio salón en cuyo centro había varias filas de bancos, y se sentó en uno de ellos. Después, cuando llegó su turno, pasó ante un empleado que, sentado en un alto pupitre, registraba los nombres de los emigrantes y sus condiciones personales. El empleado hablaba italiano, y ante él mostró el dinero que llevaba, le entregó el tarjetón y salió por otra puerta, siguiendo siempre a los que iban delante. De este modo, por largos pasillos oscuros, fué a salir a un patio y de allí al exterior. Siguiendo un camino de tablas sobre la nieve, llegó a un vapor que estaba atracado al muelle y entró en él.

Media hora después desembarcaba en la plaza de la Battery. Sobre su cabeza circulaban los trenes aéreos con un estruendoso ruido de herrajes sacudidos; detrás, los rascacielos se elevaban a alturas fantásticas. Pietro, después de

un rato de vacilación, se echó el lío de su equipaje al hombro y comenzó a andar Broadway arriba, hacia lo desconocido.

❦ ❦

Han pasado diez años. El magnífico trasatlántico *Baltic*, de la «White Star Line», cruza rápidamente la bahía de Nueva York, en su viaje de regreso a Europa. Los viajeros, apoyados sobre las barandillas, contemplan en silencio cómo el conocido panorama de la ciudad imperial va quedando atrás, pareciendo como si los rascacielos fueran hundiéndose lentamente en el agua verdosa. En este día, de los primeros de Junio, el sol brilla esplendoroso y el agua de la bahía refulge cual si fuera fosforescente. Las gaviotas revolotean sobre la antena del buque, acompañándole en su marcha.

En el puente de primera, apoyadas sobre la barandilla de estribor, hay dos personas: un hombre y una mujer. Ella es joven, rubia, de ojos azules, alta y esbelta; es el tipo medio de la joven americana, *shop-girl*, o mecanógrafa, que trabaja en las tiendas y oficinas de *down-town*.

Su compañero no parece americano. A pesar de su traje hecho en Broadway, de la bandera estrellada que lleva en la solapa y en la cinta del sombrero y del puro inglés que habla, su pequeña estatura, el color moreno y la negrura de su pelo y de sus ojos delatan su origen mediterraneo.

A su lado, un niño de. cuatro a cinco años, rubio y sonrosado, casi desnudo, se entretiene en subir y bajar por la barandilla, asomando su cuerpecito cuanto puede para ver la estela del barco.

Al pasar ante los oscuros edificios rojos de la isla Ellis, el hombre, señalándolos con la mano, dice:

—En Diciembre hará diez años que, formando parte de un rebaño de emigrantes, pasé yo por esos corredores de cemento, con la misma inconsciencia con que pasan los bueyes ante el veterinario municipal en los mataderos de Chicago. Sin saber leer ni escribir, en la más completa ignorancia de las costumbres de América, con un poco de ropa en un saco por todo equipaje y unos cuantos dollares en el bolso, me hallé al desembarcar en Battery Place, ante la mayor aventura de mi vida. Pero tu país, Betty, me acogió con los brazos abiertos, me dió trabajo para alimentar mi cuerpo y me dió ins-

trucción para alimentar mi espíritu. Duros fueron los comienzos y penoso el trabajo; los compañeros americanos trabajaban con una velocidad que yo no podía seguir; pero, con su ejemplo, se despertó en mí el amor al trabajo enérgico, saqué fuerzas de flaqueza y, a los pocos meses, conseguí igualar mi salario con el suyo; los compañeros de taller dejaron de darme el mote despectivo de *dago* que dan a los de mi raza, y hasta me admitieron en la *unión* del oficio. El éxito, que es la consecuencia necesaria de la voluntad firme de conseguirlo, ha acompañado siempre mis esfuerzos, desde que aprendí que en el trabajo incesante está el secreto del triunfo, y ascendiendo escalón por escalón, llegué a contramaestre y obtuve el título de ingeniero, después de cuatro años de estudio en la escuela nocturna profesional. Entonces, te conocí a tí, en aquella gira dominical por el Hudson. ¿Te acuerdas cuánto bailamos en la cubierta de proa, mientras el vapor remontaba lentamente el tumultuoso río?

—Sí me acuerdo, Peter. Por cierto que parecías un perfecto americano. Cualquiera diría que hace cinco años habías pasado por Ellis Island.

—Entonces ya estaba naturalizado. Yo siempre fuí buen patriota, pero reconozco que *ubi*

bene, ibi patria, y por lo tanto, mi patria es, no la que me vió nacer y donde llevé una vida de ignorancia y de miseria, sino el país donde nací nuevamente a la vida del espíritu y de la dignidad humana alcanzada por el trabajo, el país de la libre oportunidad. Mi agradecimiento para mi nueva patria no tiene límites. He tenido la suerte de vivir una página de la historia moderna del mundo. Yo, Pietro Scaravoglio, hijo de Tonio, el pescador de Puzzoli, descendiente de bandidos calabreses, empecé mi vida en la Edad Media, en la miseria física y espiritual más abyecta, y hoy soy ciudadano americano del siglo XX, comparto las ideas más modernas, y mi profesión de ingeniero me permite vivir con una holgura rayana en la riqueza. Por lo tanto, grito con todo mi corazón: ¡Viva América! ¡América, con razón o sin ella! ¡América contra Italia! ¡América contra todo el mundo!

La emoción impide hablar a Betty, pero echa su brazo alrededor del cuello de su compañero, y ambos se quedan mirando distraídamente el ir y venir de las olas, mientras Pietro piensa en su anciana madre, que espera su visita en la vieja choza de tablas, a orillas del esplendoroso golfo de Nápoles.

El buque sale de la bahía y endereza su rumbo hacia Europa, llevando centenares de

seres que, como Pietro, el gran crisol americano transformó de abyectas criaturas en hombres y mujeres dignos, ciudadanos meritísimos de la gran democracia que les dió de nuevo el ser.

"Bowery Kid"

El combate de lucha grecorromana que se celebraba aquella noche en el Smith Hall, de la avenida Lexington, había despertado un gran interés entre los aficionados y profesionales de todo Nueva York. Desde el mismo día en que se anunció habían comenzado las apuestas, que pronto llegaron a sumas fabulosas, y todas las localidades se agotaron en cuanto se pusieron a la venta.

Después de varios combates de boxeo, que el público presencia impaciente y hablando en voz alta, subió a la plataforma, balanceando lentamente su enorma masa, el húngaro Kraiarsc, siendo acogido con una delirante aclamación por el elemento extranjero del público, en el que predominaban judíos, rusos, rumanos y poloneses. Sus ojos pequeños, casi ocultos por las espesas cejas, parpadeaban heridos por la luz vivísima de los focos que se reflejaba sobre su craneo menudo, redondo y completamente rapado. Mientras daba algunos pasos por la

plataforma, con un balanceo de oso, la otra parte del público que había permanecido silenciosa, prorrumpió a su vez en aplausos y gritos, al ver subir por la escalera, con paso ágil y ademanes desenvueltos, al otro luchador, William Fairbank, más conocido en los centros deportivos y en la ciudad baja con el nombre de *Bowery Kid.*

Era éste un muchacho de unos veinte años, alto y robusto; sus ojos azules, su pelo rubio, la blancura de su piel y la delicadeza de sus facciones no indican en él al luchador fornido, al «pesos medios» que había vencido al terrible negro Jack Killmore, al campeón del Oeste, Franck «el California» y al ruso Brusatoff, campeón de «pesos grandes» de Europa. Americano de pura raza, descendiente de una antigua familia de plantadores de Virginia, era el ídolo de los neoyorkinos, y tenía un público adicto, que le seguía a todas partes y que admiraba en él, más que la fuerza, el arte, la agilidad de los movimientos, la seguridad de las presas y su profundo conocimiento de la psicología del luchador, que le permitía descubrir pronto el lado flaco de su adversario y vencerle fácilmente. Tenía Bowery Kid un defecto—que para los amigos y parásitos que le rodeaban era una virtud—muy común entre los que ganan mucho

dinero, y era su afición desmedida al *good time*, a las diversiones, al juego, a la bebida y a las mujeres. En cuando cobraba algún dinero, se pasaba las noches enteras con sus amigos, ora en los garitos de Bowery Street o de *Chinatown*, o en las tabernas de la Tercera Avenida, o en los bailes de media noche, en las terrazas de los teatros de Broadway o de la calle 42, donde se gastaba hasta el último centavo... Y al día siguiente visitaba a los empresarios de lucha o de boxeo, para pedirles anticipos a cuenta de futuras contratas. Pero siempre, lo mismo cuando tenía que pedir un *nickel* para tomar el «elevado», que cuando cenaba con algunas bailarinas de Ziegler en el restaurant Delmonico de la Quinta Avenida, conservaba aquel buen humor, aquella alegría infantil, de niño feliz que encuentra que la vida es buena, y que le había valido su apodo de «Chiquillo del Bowery», con que le conocía todo Nueva York.

Después de ser examinados los luchadores por el árbitro y dádose la mano, comenzaron a tantearse, encorvados hacia adelante y agarrándose los brazos uno a otro. Bowery Kid intentó hacer una presa de cintura por delante, pero no pudo abarcar con sus brazos la enorme mole de su contrario, y fué fácilmente rechazado por

éste. Rápidamente, el americano se repuso, dió un salto y se colgó de la cabeza del húngaro, le agarró del brazo derecho, intentando volverle, y cayeron los dos al suelo, con gran estruendo. Como movidos por un resorte, todos los espectadores se pusieron en pie, estimulando con sus gritos a los combatientes. Éstos se revolcaban sobre el tapíz fuertemente agarrados, y la rapidez de sus movimientos no permitía seguir los pormenores de la lucha; tan pronto estaba encima uno como otro y se destacaban los peludos brazos de Kraiarsc sobre la blancura del torso de su contrario. El árbitro corría de un lado a otro, vigilando las presas. Era indudable que el húngaro tenía mayor fuerza, pero se cansaba mucho sujetando bajo su mole a Kid, quien no se estaba quieto un segundo, intentando desasirse de la presión de aquellos brazos que le ahogaban. Varias veces consiguió escurrirse de debajo de su adversario y ponerse en pie, y otras tantas volvió a caer al suelo.

El público gritaba frenético, y se oían voces en lenguas extrañas, entre las que dominaba el *yiddish*, y otras en inglés que animaban al americano: «¡Duro, muchacho!», «¡Ahí, una corbata!», «¡Esa mano!», «¡Mata al húngaro!»

El muchacho había logrado coger a Kraiarsc por la cabeza, y dándole una vuelta, le sujetaba

en posición de puente, lo cual le cansaba extraordinariamente, a juzgar por la respiración jadeante y la expresión de sus ojos bajo las enormes cejas; el sudor brotaba de todo su cuerpo, y caía en gotas sobre el tapiz, mientras Kid trabajaba con toda su fuerza para aplastar el puente. El público se había callado y seguía anhelante los esfuerzos, habiendo algunos espectadores que sudaban y jadeaban como si estuvieran luchando también.

De pronto, estiró el húngaro las piernas, y el público prorrumpió en un gran alarido, creyéndole vencido, pero el árbitro no había tocado el pito, sino que inclinado sobre los luchadores, observaba atentamente. Kid hacía esfuerzos tremendos para hacer girar al húngaro, quien tendido sobre el brazo derecho, resoplaba ruidosamente. Uno de sus hombros tocaba ya el suelo y el otro iba bajando lentamente, bajo la presión del americano. En la sala no se oía el más leve rumor, fuera del jadear de los luchadores, y en medio del silencio completo, el pito del árbitro anunció el final del primer tiempo.

Inmediatamente estalló una tempestad de gritos y conversaciones, de disputas y de voces; los combatientes se levantaron para sentarse en s endas sillas, una a cada lado de la platatorma, apoyándose en las cuerdas, mientras sus ayu-

dantes les rociaban la cara y el pecho con agua, les daban masaje en los brazos y cuello y les enjugaban el sudor con una toalla.

De entre el grupo de adictos que al pie de la plataforma felicitaban a Bowery Kid, se destacó un individuo y le entregó un papel doblado. El luchador lo cogió, y antes de desenvolverlo, miró al que se lo había dado; no le conocía: era un hombre alto y un poco encorvado, de mediana edad, con una nariz ganchuda y un color cetrino, que revelaban su origen semítico. Kid desdobló el papel y leyó:

«Tres mil dollars para usted. si vence Kraiarsc.»

Bowery Kid sintió como una ofensa aquella proposición, tan contraria a su honor profesional y a sus ideas morales; porque el muchacho había recibido de sus padres una excelente educación, cuyas enseñanzas no habían logrado destruir todavía las costumbres de disipación adquiridas en la gran ciudad. Pero inmediatamente recordó su penuria de la semana pasada y las exigencias cada día crecientes de su amiga Lina, la bailarina del Orange Grove Midnight Frolic, y desfilaron por su mente como en un caleidoscopio las imágenes placenteras del *good time* que podría darse con aquella cantidad.

El pito del árbitro que llamaba para el se-

gundo encuentro le sacó de sus meditaciones, sin haber resuelto aún nada. Guardóse precipitadamente el papel en el cinturón, y se adelantó al centro de la plataforma, donde le esperaba el húngaro con la cabeza baja, como un toro próximo a embestir.

❦ ❦

Cuando despertó a la mañana siguiente, su primera impresión fué la de que había sufrido una gran catástrofe. Poco a poco fué recordando los sucesos de la víspera: el segundo encuentro, en que las fuerzas del húngaro parecían haberse duplicado, y que le mantuvo todo el tiempo dominado, hasta que por fin, a pesar de su enérgica resistencia—¡él estaba seguro de que resistió cuanto pudo, hasta el límite de sus fuerzas!—le aplastó con su mole ingente contra el tapiz. Aún le parecía ver la colorada cabezota del adversario inclinada sobre su cara y los ojos brillantes bajo las enmarañadas cejas, de las que goteaba el sudor, y sentía aún sobre la frente el soplo ardiente que salía de su boca jadeante y sobre el pecho la presión irresistible de los 130 kilos. Y luego, el árbitro que tocaba el pito y declaraba vencedor a Kraiarsc, «por aplastamiento de puente, en 18 minutos», y el

público que aplaudía frenéticamente y aclamaba al vencedor en idiomas exóticos, con gritos estentóreos y descomunales.

Aún sentía en su rostro el ardor de la vergüenza que le produjo la mirada especiál del empresario al pagarle. Luego, se vió sólo a la puerta del teatro; ni uno siquiera de los amigos que le sacaban en triunfo cuando salía vencedor, ni uno solo de aquellos parásitos que tanto se habían divertido a costa suya, le esperaba para acompañarle a casa. Tan sólo había en la desierta calle una persona, que se le acercó, y sin decir nada, le entregó un papel. Bowery Kid la reconoció: era el judío que le había comprado la derrota, y el papel era un cheque de 3.000 dólares... el precio de su dignidad profesional, vendida torpemente.

Pero pronto se rehizo. Su temperamento alegre no le consentía prestar demasiada atención a cosas desagradables, y puesto que había dinero en abundancia, ¡a gastarlo lo mejor posible! ¡a divertirse mientras durara!, que luego... Bowery Kid no pensaba nunca en ese *luego*.

✱ ✱

Tres semanas después, Bowery Kid, recorría un día la calle Allen, con las manos metidas en

los bolsillos y mirando distraídamente las tiendas de ropas viejas y de antigüedades y las casas de préstamos con letreros hebreos y sirios. Aunque era mediodía, la calle estaba sumergida en una penumbra verdosa, como la de los paisajes submarinos, y por ella circulaban figuras orientales; viejos de barbas bíblicas y largas hopalandas raídas, hombres cetrinos con feces rojos, mujeres gruesas y niños escuálidos... Salía de las casas pintadas de colores oscuros, olor de humedad y de vejez. Por encima, a la altura de los pisos segundos, el tinglado de los trenes «elevados» cubría toda la anchura de la calle, y de cuando en cuando se estremecía al paso de los convoyes, con resonar de herrajes y chirriar de las ruedas en la curva. El viento helado levantaba nubes de basura, que corrían por las aceras, y al paso de los trenes se desprendían de la plataforma, como una lluvia de molido azafrán, grandes cantidades de polvo amarillo.

Andando sin rumbo, a través de un dédalo de calles sucias y tortuosas, salió el luchador a la calle Mott, en pleno barrio chino. Las casas tenían balcones con celosías de madera, de los cuales pendían grandes letreros, donde se alineaban verticalmente misteriosos y complicados signos; las puertas se abrían sobre escaleras

descendentes por oscuros callejones, y de ellos salían bocanadas de aire caliente, en el que se confundían los olores del opio, del incienso y del hacinamiento humano. En las tiendas de objetos orientales, abanicos, porcelanas y telas, y en los lavaderos, hombres pequeños, de color amarillo sucio, con largas coletas negras asomando bajo los sombreros hongos o flexibles, trabajaban rápidamente en una suciedad espantosa. En medio de la calle, algunos chinitos vestidos a la europea, o con largas batas azules o amarillas, jugaban sentados en el suelo.

Sin transición, la calle china se convierte en Mulberry Street y el aspecto cambia instantáneamente. A no ser por el cielo gris y el frío penetrante, diríamos que es una calle de Nápoles, con sus casas sucias, llenas de ropas inmundas puestas a secar; sus tiendas de aceites y frutas, prenderías, tabernas y peluquerías con rótulos italianos; y la calzada llena de carros de mano, de vendedores ambulantes, de chicos semidesnudos con negras cabelleras enmarañadas y mujeres morenas, de ojos negros y pelo lustroso, ataviadas con pañuelos de flecos y faldas de colores vivos. Y todos, hablando al mismo tiempo, a voces, con gestos rápidos, e intercalando continuamente en la conversación blasfemias y juramentos.

Apenas había recorrido unos cuantos metros en medio de este barullo, bajando a cada momento de la acera obstruída por puestos de fruta, sillas con ropa puesta a secar y chicos tumbados, Bowery Kid se encontró de manos a boca con Giovanni el Napolitano, «Jim Ñap», como le llamaban en las tabernas de la Tercera Avenida.

—Hola, Kid,—le gritó;—vamos a casa de Carluccio, a tomar un vaso de Sorrento legítimo, desembarcado ayer.

—Se acabó la pasta, amigo,—le contestó el luchador—. No me queda ni un *nickel.*

—Pero ¿y el empresario? *¡Corpo di...!*

—Ahora no hay trabajo—replicó con tono displicente, como queriendo acabar la conversación. Había pasado los dos últimos días visitando a todos los empresarios conocidos, pero ninguno quiso contratarle. «¿Se habrán enterado de aquello»?—se preguntaba. Mucho lo temía, pues no había encontrado el papelito del judío cuando salió del teatro. Sin duda se le había caído durante el combate y alguien lo recogió de la plataforma, acaso el mismo árbitro. Pero no tardó mucho en ver confirmadas sus sospechas, pues cuando expuso su petición a Mr. Benson, el administrador del «Boxing and Wrestling Kursaal», éste se limitó a contestarle: «No

tengo trabajo para quien se vende». Bowery Kid salió avergonzado; comprendió que su carrera de luchador, donde tantos triunfos había conseguido, estaba perdida y arruinado su honor profesional; no podría ya aparecer en ningún estadio de la Unión; tendría que emigrar o dedicarse a otra cosa. Y maldijo cordialmente al miserable judío, causa de esta desgracia... Sin embargo, estaba convendido de que había luchado lealmente, resistido hasta no poder más, sin acordarse siquiera de la oferta, y que había sucumbido bajo la fuerza incontrastable del húngaro. Y esta certeza de su inocencia le hacía parecer aún mayor la injusticia que con él se cometía y exacerbaba el dolor que le producía su deshonra.

—¡Ea! yo pago:—dijo Jim Nap—y entraron en la taberna de Carluccio.

❦ ❦

Desde que Bowery Kid había sido abandonado por sus antiguos amigos y admiradores, trabó conocimiento con Jim Nap y sus amigos, gente de mal vivir, en su mayoría extranjeros, frecuentadores de los garitos de la Tercera Avenida y de South Street.

Delante del mostrador había cuatro o cinco italianos discutiendo a voces, y bebiendo a pequeños sorbos un vino rojo como sangre, servido por Carluccio. Éste, con una eterna sonrisa que hacía más horrible el aspecto de su cara abotargada y morena, cruzada por una cicatriz morada, vigilaba atentamente a los parroquianos, mientras lavaba los vasos en una cubeta de cinc.

—Hola, Carluccio; tráete ese Sorrento nuevo.

Se sentaron a una mesa y empezaron a beber. A poco se les acercó un hombre alto y delgado, con sombrero hongo y gabán hasta los tobillos; sus facciones tenían un marcado tipo oriental; hablaba con acento eslavo al saludar a Jim Nap.

—¿Qué tal, Cajero, cómo van los negocios? Siéntate aquí y toma un vaso de vino. Es Sorrento nuevo.

Bowery Kid miró extrañado al recién llegago, pues por su aspecto no parecía cajero, sino más bien obrero o vendedor ambulante.

—La cosa no marcha—contestó el Cajero—. Anoche estuve trabajando en la calle Bleecher. Mucha pasta había en el agujero... Pero no me dejaron terminar... Y si no es por mis piernas, a estas horas estoy a la sombra. No se puede trabajar solo.

—Es lo que yo he dicho siempre, *¡per Bacco!*

y no me queréis hacer caso. Bien empleado te está. Hazme caso a mí, que conozco bien el negocio, pues lo he practicado tanto en Nápoles que... tuve que venirme para acá.

El Cajero señaló a Bowery Kid con un gesto.

—Es un buen amigo, el luchador Bowery Kid. Es de confianza. Además, necesita trabajar, pues está pelado.

El luchador no dijo nada. Le molestaban aquellos hombres, y comenzaba a sospechar la índole de los trabajos de que hablaban. Bebía en silencio mientras los otros hablaban, intercalando a menudo palabras extranjeras que desfiguraban las frases hasta hacerlas apenas inteligibles para él.

—Mira, Kid—le dijo de pronto Jim Nap—. Habrá pasta para tí, mucha pasta, si quieres ayudarnos esta noche... Un negocio perfectamente lícito que tenemos éste y yo en Broadway. Tu trabajo será sencillo: esperarnos en la calle hasta que bajemos. ¿*Va bene*, *ehi*?

Bowery Kid se asombró de que no sintiera ningún impulso de protesta contra semejante proposición, que bien a las claras suponía complicidad en algún delito. Acaso el vino de Sorrento que ardía en su estómago, había trastornado sus ideas. El caso es que asintió con una inclinación de cabeza.

—*¡Oh, bella!* Esta noche a las once espéranos en la esquina de Broadway y Cedar Street. Toma cinco balas a cuenta, para que pases el día. *¡Pella Madonna*, no faltes!

* *

A las once de la noche, la parte baja de Broadway, desde Park Row hasta Battery Place, suele estar desierta y casi a oscuras, pues los faroles están muy espaciados y los faros de las cúpulas de los rascacielos no iluminan más que los últimos pisos de los edificios. El último tranvía sube de South Ferry a las once menos cuarto, y después de esa hora no hay en la desierta vía más que un *policeman* que la recorre lentamente. En los rascacielos que se alinean a ambos lados no hay la menor señal de vida; ni una luz en las ventanas, ni una voz, ni una puerta que se cierra. Los faroles de la calle iluminan a través de los cristales las amplias oficinas con sus filas de pupitres y de máquinas de escribir.

La noche era fría, soplaba viento del Oeste, el viento helado de la meseta, y Bowery Kid se paseaba rápidamente para no enfriarse. Oyó unos pasos lentos y firmes que bajaban por Broadway, y se ocultó en la oscuridad de la calle Cedar. Era un policía, a juzgar por la go-

rra y la chapa de metal que brillaba en su costado. El luchador se preguntó por qué se ocultaba. ¿No era un asunto perfectamente lícito, como le había dicho el napolitano? Sin embargo... no estaba muy seguro.

Sonaron las once en el reloj del Seamen's Institute, y poco después aparecieron dos personas en la calle Cedar: eran el Cajero y Jim Nap. Éste le dijo a Bowery Kid, mientras el otro sacaba una llave y abría la puerta del núm. 124.

—Espéranos aquí, y si quiere alguien entrar, no le dejes, por buenas o por malas. Para eso eres luchador. Sobre todo que no dé voces.

Volvió a quedarse solo. Al poco rato le pareció oir en la casa donde habían entrado sus compañeros un ruido como de lima mordiendo un metal muy duro, y luego unos martillazos. Ya no le cabía duda: era cómplice de un robo; y le habían puesto allí de «vigía». Pensó huir, denunciar a los ladrones; pero se acordó de su situación precaria, y sobre todo de Lina, que le había pedido dinero el día anterior... y por la primera vez desde que la conocía no pudo complacerla. Temía perderla, porque comprendía que la amaba, y para conservarla necesitaba dinero, mucho dinero.

Sacáronle de sus meditaciones unos pasos que se acercaban rápidamente por Broadway.

se ocultó en la esquina y vió un hombre con sombrero flexible y gabán que se paraba ante la casa, miraba el número, y sacando un manojo de llaves del bolsillo, abría y entraba. Rápido como una flecha entró detrás, y empujando la puerta, se abalanzó sobre el hombre y le derribó en tierra, entablándose en la oscuridad del zaguán una lucha cuerpo a cuerpo.

Cuando ya el luchador había conseguido sujetar a su adversario debajo de él, aparecieron por la escalera dos hombres con una linterna eléctrica: eran Jim Nap y el Cajero.

—*¡Buon lavoro*, Kid!—dijo el napolitano aproximando la linterna a la cara del intruso—. ¡Caramba, detective Jennings! ¿Usted por aquí? ¿Qué asunto le trae?

El interpelado era un hombre robusto, con un bigote negro recortado y ojos morenos.

—Dile a tu amigo que me suelte, que me está partiendo un brazo.

—¿Podremos irnos sin que nos molesten?—le preguntó Jim Nap.

—Eso depende del negocio. ¿Cuánto habéis sacado?

—¡Ah! ¿Pero cree usted que le vamos a untar ahora que está en nuestras manos? ¡Valientes tontos seríamos!

—*¡Sacro corpo di un cane!*—gruñó Jim Nap—.

Acuérdese de lo que le pasó al inspector O'Shea, —y el italiano hizo un gesto significativo, como si manejara un puñal—¡Fsh!

—Ea, a la calle todos; por esta vez, pase, pero la próxima...

—La próxima no nos pesca. Suéltale, Kid.

El detective se levantó, se sacudió la ropa, cogió el sombrero y salió a la calle. Detrás salieron los demás.

—*¡Bravo, ragazzo!*—le dijo Jim Nap a Kid—. Te has portado. Tu ganancia son mil doscientas balas. ¿Hace?—y le entregó doce billetes de cien dólares.

El muchacho los cogió, y volvió a sentir el mismo bochorno que cuando le pagó el empresario del Smith Hall: era su segunda derrota moral.

* *

Una vez puesto el pie en la senda del delito, Bowery Kid, aunque con repugnancia y de una manera pasiva, más bien como encubridor y cómplice que como actor, ayudó a Jim Nap y al Cajero. Se dedicaban principalmente a forzar cajas de caudales, y su habilidad en estos trabajos era lo que le había valido al Cajero su apodo. Pronto aprendió el luchador teórica-

mente todos los secretos del oficio: aprendió a distinguir las diferentes marcas de cajas,—Monarch, Lion, «Bala de Cañón», etc.—y la manera de trabajarlas, ya fueran de doble disco, triple palanca o de tornillos múltiples. *Nitro Boy* (el «Chico de la Nitroglicerina») había llegado a los últimos perfeccionamientos del arte en la aplicación de la nitroglicerina para volar las cajas, y poseía el secreto de hacerlo con un mínimo de estruendo y de destrozo, dirigiendo la fuerza de la explosión al punto deseado. Era un joven de 25 a 26 años, americano de origen, que ponía en su trabajo toda la energía y el espíritu inventivo de la raza, y perfeccionaba continuamente los procedimientos; aunque sacaba mucho dinero de su oficio, no era un criminal empedernido, y varias veces había retrocedido ante un homicidio, abandonando el botín antes que herir a los policías.

Una tarde, Jim Nap había citado a Bowery Kid en un restaurante chino de la calle de Mott. Cuando llegó, encontró reunidos en un cuarto pequeño, alrededor de una mesa donde había varios vasos y una botella, al napolitano, al Cajero, a Nitro Boy y a otro individuo que cononocía, y que le fué presentado como Ben Harris.

Según pudo comprender por el curso de la

conversación, se preparaba un nuevo golpe, un golpe de audacia, que había de producir muchos miles de dólares. Se trataba de robar el «Middle States Bank», situado en la esquina de Broadway y la calle 40, en el centro de la ciudad, en un distrito muy frecuentado a todas horas del día y de la noche. Volarían la caja con dinamita y huirían en el auto que conduciría Ben Harris, uno de los mejores *chauffeurs* de Nueva York.

Cuando hubieron ultimado todos los detalles, dijo el Cajero:

—¿Sabéis que el detective Jennings está tras de nosotros y que el día menos pensado nos fastidia?

—*¡Figlio di un porco!*—gritó el italiano—si no le fastidiamos nosotros antes. Ya os he dicho muchas veces que hay que quitárnosle del medio. Si queréis, se lo encomendaremos a Carluccio, el tabernero de Mulbery Street... ya sabéis que ha sido de la *Maffia*, como casi todos los sicilianos de Nueva York, y sabe despachar con pulcritud a un hombre, sin dejar rastro. Maneja el *stilette* maravillosamente, y sabe muchos secretos, como el de la cueva, la estrangulación sin dejar huellas, el alfiler en el ojo, los golpes japoneses que matan instantáneamente, y otras muchas cosas que le han enseñado los

chinos, maestros en este arte de suprimir al prójimo. *¡E un brav' uomo!*

—Mucho mejor era para eso el malogrado Brets Hammermann, *Jiddish Devil* (el Diablo Judío) como le llamaba la policía—dijo el Cajero—. Nunca pudieron descubrirse sus víctimas.

—¿Murió el pobre?

—Le sentaron contra su voluntad en el sillón eléctrico, por un asunto que tuvo en Chicago...

—¡No habléis tan alto!—dijo Nitro Ben—las paredes oyen, y más si son paredes chinas. No hay que fiarse de estos demonios amarillos.

—Se me ocurre una cosa—añadió el *chauffeur*. Y es que no sé si mi Ford tendrá bastante fuerza para escapar al auto de la policía. Ya sabéis lo que corre ese cacharro colorado, y si sospechan de nosotros...

—Podíamos hacer una cosa entonces: bajar todo Broadway hasta South Ferry y tener allí preparada una canoa automóvil que yo puedo proporcionarme ahora.

—Sabrás que el bote policía tiene estación radiotelegráfica...

—Sí, pero antes de que le avisen podemos estar en Newark o Hoboken.

—Bueno: pues arregla tú lo de la canoa. Hasta luego, a las dos de la madrugada.

Para evitar sospechas, fueron saliendo a la calle uno a uno.

* *

A las once y media, la calle 42 presentaba el animado espectáculo de todas las noches. Por las puertas, profusamente iluminadas, de los teatros y cines, se vertía en las aceras una muchedumbre compacta, entre la que se destacaban los vestidos claros de las mujeres. Por el centro de la calle circulaba lentamente un número considerable de automóviles, y sobre todo aquel movimiento, los anuncios luminosos lanzaban sombras y luces de todos los colores. Por medio pasaban los tranvías, con gran estruendo metálico, y dominando el ruido de la calle se oía hacia la Sexta Avenida el retumbar de los trenes aéreos, y más allá, hacia el río Hudson, el mujido de las sirenas de los barcos y la nota grave, un poco cristalina, del silbato de las locomotoras.

Contrastaba con este bullicio el silencio que reinaba en Broadway, donde ya hacía un cuarto de hora que habían acabado de salir de la Ópera; en la amplia vía y en las bocacalles cercanas, circulaba muy escaso público.

Bowery Kid dió la vuelta a la manzana situada en la esquina N. O. de Broadway y la calle 40, para inspeccionar el sitio donde habían de trabajar luego, y subió después al Orange Grove Midnight Frolic, a pasar el rato con Lina, hasta la hora fijada.

A la salida de los teatros, todos los cafés, restaurantes y lugares de recreo de la calle 42 están llenos de gente, y a Bowery Kid le costó trabajo encontrar una mesa desocupada. En el amplio espacio rodeado por las mesas bailaban el *hulla, hulla,* baile havaiano de moda, unas cuantas parejas jóvenes, a los acordes de una orquesta de zínganos con frac rojo.

Pronto descubrió a Lina, vestida con un traje de seda de color de malva, con los brazos y la espalda descubiertos: bailaba con un joven rubio. Bailaba maravillosamente, con una soltura y una gracia de movimientos que atraían todas las miradas; pero en la expresión de su rostro se adivinaban el fastidio y la resignación con que se despacha un trabajo desagradable y pesado. Bowery Kid no la perdía de vista, y cuando en una de las vueltas, Lina pasó frente a la mesa donde estaba, la hizo una seña, a la que la muchacha contestó con una sonrisa. Terminó el baile, y mientras en el intervalo entre dos piezas, se representaba en el escenario una pan-

tomima, Lina vino a sentarse al lado del luchador y pidió Champagne.

—¡Cuánto tiempo hace que no se te ve por aquí!

—He estado muy ocupado toda la semana.

—Oye, hace tiempo que no leo tu nombre en la sección deportiva de los periódicos. ¿Es que ya no luchas?

—No—contestó evasivamente el joven, como si le molestaran las palabras de Lina.—Ahora me dedico a otros negocios.

—Debes de ganar mucho dinero ¿eh?

—Todo lo que quieras. ¿Qué necesitas ahora? ¿Algún nuevo capricho? Ya sabes que no tienes más que pedir.

—¡Ay, Billy! Lo que yo quiero no es dinero, ni joyas, ni trajes. Me cansa esta vida. Quisiera irme a vivir contigo en un pueblo donde no nos conociera nadie.

—Pero, ¿estás loca? ¿Cómo iba yo a ganar en un pueblo lo que gano aquí?

—Entonces podíamos vivir en las afueras de una ciudad, en una pequeña casita nuestra, con un jardín delante. Tú irías a trabajar a la ciudad, y yo prepararía la comida, y arreglaría la casa, y cuidaría el jardín, y más adelante, acaso... también de un pequeño Bowery Kid, con una cabeza rubia y unas mejillas sonrosadas...

Billy, ¿por qué no nos casamos?—dijo la joven poniendo su blanca mano sobre la enorme manaza del luchador.

— Esa sería mi mayor felicidad, Lina... Pero hay que esperar unos días a que resuelva un asunto importante. Acaso mañana o pasado...

Terminada la representación, la orquesta había comenzado a tocar un vals y las parejas iban saliendo una tras otra. Bowery Kid y Lina se incorporaron también a la muchedumbre de bailarines, que se deslizaban suavemente sobre la muelle alfombra.

El joven pensaba en las palabras de Lina, que le habían hecho entrever una vida feliz, libre de los sobresaltos y vergüenzas de su profesión actual. Al contemplar a la encantadora muchacha que aprisionaba en sus brazos, la blancura de sus hombros y de su frente, sobre la que caían unos tenues rizos oscuros escapados de la diadema de airones rojos, y la pureza de sus ojos azulados, le remordía la conciencia por el engaño de que la hacía víctima, y le temblaban las piernas ante el temor de que pudiera enterarse de la clase de negocios a que se dedicaba. Vaciló en acudir a la cita de aquella madrugada. Sin embargo, él necesitaba dinero, mucho dinero, para que Lina no se viera nunca

privada de las comodidades y placeres a que estaba acostumbrada.

❧ ❧

Cuando a la mañana siguiente despertó Lina y cogió el periódico, vió toda la primera plana encabezada con las siguientes líneas en gruesos caracteres:

LADRONES AUDACES ASALTAN UN BANCO EN BROADWAY.

Vuelan la caja y se llevan 250.000 dólares.—Huyen en automóvil seguidos por la policía, y embarcan en South Ferry.—Opinión del detective Jennings.

La información, muy extensa, ocupaba varias columnas. Lina leyó el extracto, que decía así:

«Esta mañana se ha cometido un robo que ha superado el *record* de Nueva York, donde existen los ladrones más audaces y también los más perspicaces *detectives*. Cuatro ladrones penetraron a las dos de la mañana en las oficinas del «Middle States Bank», sitas en la esquina N. O. de Broadway y la calle 40, y volaron con dinamita

la caja de caudales, que se consideraba invulnerable, robando 201.750 dollars en oro y billetes que había en ella.

»Al ruido de la detonación, que hizo trepidar todos los edificios cercanos, acudió el *policeman* de guardia en la esquina de la calle 42 y vió a cuatro hombres cargados con un saco voluminoso salir corriendo del núm. 1433 y montar en un automóvil gris que les esperaba, partiendo a toda velocidad Broadway abajo. Avisó por teléfono a la comisaría del precinto 16°, y el *detective* Ben Jennings, de la brigada de bancos, salió en automóvil tras de ellos, acompañado de cinco *policemen*.

»Los policías consiguieron echar la vista sobre el auto gris, al dar la vuelta por Union Square, y trataron de acercársele, emprendiendo ambos vehículos una carrera loca, tal como nunca se ha visto en Broadway. Al pasar por Park Place, uno de los ladrones se volvió y disparó sobre el detective, hiriéndole en un brazo; pero este héroe de la policía neoyorkina, haciendo honor a su valor acreditado, se sobrepuso al dolor y ordenó forzar la marcha.

»Mientras tanto, el auto fugitivo había conseguido sacar alguna ventaja, y cuando el de la policía dió la vuelta para entrar en Battery Place, Mr. Jennings creyó ver el auto gris parado

en el muelle y una canoa automóvil que desatracaba y se perdía en la oscuridad de la bahía, con rumbo S. O. Cuando llegaron vieron que el auto estaba vacío. Habían escapado los ladrones.

»Se telefoneó en seguida a la comisaría central, y ésta ordenó por radiotelegrafía al bote de vigilancia en la bahía, que buscara a los fugitivos; pero a las seis de la mañana no se tenían todavía noticias de la canoa.

»El *detective* Jennings ha dicho a uno de nuestros *reporters*, que espera cazar a los cinco pájaros, porque aunque no consiguió verles la cara, por ir enmascarados, sospecha que cuatro de ellos sean: un italiano apodado Jim Nap, antiguo *camorrista*, fichado por la policía de Nueva York y Jersey City; Nitro Boy y el Cajero, ladrones de cajas de caudales, y Bowery Kid, el célebre luchador, retirado del *ring* por un negocio sospechoso.»

Al leer el nombre de su amigo, sintió Lina que la daba un vuelco el corazón, y dejó caer el periódico. Para cerciorarse de que no había leído mal, volvió a cogerlo y siguió hasta el final.

«Aunque nuestros medios de información son superiores a todos los demás del mundo, al cerrar esta primera edición de 950.000 ejemplares

—atestiguada por notario—no hemos podido averiguar dónde se encuentra la canoa fugitiva, ni quién es el dueño del automóvil gris abandonado en South Ferry. Esperamos decirlo en nuestra segunda edición de hoy.»

* *

Media hora después, Lina oyó unos golpes en la puerta; levantó del periódico los ojos llenos de lágrimas, y vió ante sí a Bowery Kid.

—¡Billy!—exclamó, y se echó de bruces sobre la almohada, sollozando ruidosamente.

—Lina...—balbuceó el joven, y la voz se ahogó en su garganta.

—¡Pero, desdichado!—dijo Lina, volviendo a él su rostro todo empapado en llanto—. ¿Cómo te atreves a venir aquí? ¿No sabes que te persiguen?

—Lo sé; pero más que el temor de perder mi libertad, ha podido el temor de perderte a tí. Sin tu amor, ¿para qué quiero la vida? He venido a pedirte perdón por haberte engañado. Has amado a un ladrón, y el dinero que te daba procedía del robo. Merezco tu desprecio y tu odio. Perdóname también que haya venido a verte. Ahora voy a morir.

—¡No morirás, Lewis! Porque tú eres bueno, y has seguido siéndolo, aun en medio de esa vida de vergüenza y de delito a que te han llevado los malos compañeros. No morirás, porque yo te amo, y vamos a huir juntos ahora mismo. Devolverás al banco tu parte del botín... no podemos conservar el dinero adquirido de esa manera... Iremos lejos, muy lejos, donde no nos conozca nadie. Realizaremos mi sueño dorado; tener una casita en el campo, con un jardín delante y una huerta detrás y... un pequeño Billy, con una cabecita rubia y unas carnes sonrosadas, que corra por el césped... Trabajaremos los dos; sí, yo también; el amor y el trabajo nos regenerarán, y seremos felices, muy felices...

El luchador, de rodillas ante la cama, cubría una de las manos de Lina de besos y de lágrimas, lágrimas de arrepentimiento, de amor y de felicidad...

La libre oportunidad

> El que cobraba ayer un jornal, trabaja hoy por su cuenta, y mañana pagará jornales a sus obreros.—H. LINCOLN.

Dick, al terminar el trabajo, se dirigió al puente de Brooklyn, para acudir a la reunión que había convocado la «Unión de obreros de máquinas-herramientas de la ciudad de Nueva York». Él no estaba afiliado a esta *unión*, como tampoco la mayoría de los obreros de «Johnson & Reitz»; pero, tanto le había ponderado Pat, el irlandés, las ventajas de la asociación, que accediendo a sus deseos, iba «a ver qué era aquello».

Era la hora en que cesaba el trabajo en la ciudad baja; había en la entrada del puente un gentío enorme que llenaba la amplia escalera

de acceso a los trenes; las grandes naves del edificio municipal estaban completamente llenas de gente, que se precipitaba como un torrente por las escaleras de los trenes aéreos.

Dick no sabía a punto fijo qué línea tomar que pásara cerca de la calle Joinville, pues apenas conocía el barrio de Brooklyn. A la entrada del puente había una multitud inmensa que aguardaba sobre los railes la llegada de los respectivos tranvías. Estos, que se sucedían uno a otro en fila continua, aparecían por la izquierda del puente, paraban en sus líneas respectivas apenas un minuto, y dando la vuelta, partían a toda velocidad por la derecha. Un tranviario colocado en el punto de parada, anunciaba el destino de los coches: «¡Flatbush! ¡Navy Yard! ¡Jamaica Bay!» La gente dejaba libre la vía correspondiente y se precipitaba al asalto del vehículo, con una energía salvaje, deseosa de llegar cuanto antes a sus casas. Aun antes de parar, quince o veinte personas saltaban sobre el estribo, se agarraban a los pasamanos o a las barras de la plataforma; otras tantas detrás de ellas pugnaban por subir, introduciendo a empujones a las primeras, y en un abrir y cerrar de ojos, el coche, completamente atestado, con los estribos llenos de gente, emprendía la marcha. La lucha por ganar un minuto era feroz:

los empujones, los codazos y los pisotones menudeaban a diestro y siniestro; nadie se quejaba, ni trataba de disculparse, soportando con la sonrisa en los labios las apreturas y las molestias, como un episodio más de la cotidiana lucha por la vida.

A Dick no le asustaba tomar el tranvía en aquella forma—ya lo había hecho otras veces—era ágil y fuerte y hasta se hubiera encaramado, como hacían algunos, colgándose del techo del coche e introduciendo los pies entre los hombros de los demás para dejarse caer luego; pero se le ocurrió tomar el tren subterráneo, que era más rápido.

Salió a la Park Place. Era completamente de noche. La linterna del Woolworth brillaba intensamente; su torre, iluminada por potentes reflectores, se destacaba sobre el cielo y la masa oscura del edificio parecía suspendida en el aire; resplandecía a la izquierda la cúpula dorada del edificio de la Tribuna y detrás aparecía sobre el cielo el fanal rojo de Singer. Los altos edificios que se alinean a ambos lados de Broadway mostraban largas filas de ventanas iluminadas, columnas de veinte, treinta o cuarenta pequeños cuadrados luminosos, que se elevaban desde la calle hasta el cielo, semejando miles de estrellas distribuídas en líneas geo-

métricas, espectáculo magnífico, único en el mundo, de una belleza especial: la belleza de lo grande.

Dick se unió a la corriente humana que se sumergía rápidamente por la entrada de la estación subterránea, y en un minuto se encontró alineado a lo largo del andén de los expresos. La fuerza de las masas, tan incontrastable y ciega como la de los elementos, le introdujo corriendo en el primer tren de Brooklyn. Entre las dos filas de asientos, completamente ocupados, había otras dos de personas en pie, colgadas de los soportes, y que se balanceaban, como las mieses por el viento, en las curvas y paradas. El silencio era completo: casi todos los viajeros leían un periódico, mientras sus mandíbulas masticaban goma, con movimientos acompasados. Dick tuvo que colocarse entre los que formaban la fila tercera, sin ningún punto de apoyo más que las espaldas ajenas, y sacó su periódico.

Un minuto después de pasar el túnel bajo el East River, apenas desaparecida la opresión de oídos producida por el rápido descenso y respirándose aún el aire impregnado de humedad, el tren paró en la estación de Borough Hall. Dick decidió salir a la calle para orientarse, y echó escalera arriba en compañía de otros muchos

viajeros, que se apresuraban como para ganar un concurso.

* *

Cuando Dick entró en el salón, en el que había un centenar de obreros, la mayoría de los cuales eran compañeros suyos de fábrica, un hombre alto y delgado, con el pelo oscuro y lacio, y una nariz ganchuda que denotaba su estirpe judía, hablaba con grandes ademanes y acento extranjero, intercalando de cuando en cuando palabras *yiddish* y polacas. A su derecha, sentado tras la mesa presidencial, estaba Pat, quien al ver entrar a Dick, le hizo con la mano un signo cariñoso de bienvenida.

—La asociación—decía el orador—es la única arma de que disponen los trabajadores para defenderse de la explotación capitalista. ¿Por qué los obreros que pertenecen a una *unión* ganan mayores salarios y trabajan menos horas que los no asociados? Pues porque, si uno de vosotros ve que no le llega el jornal para vivir, que no puede pagar al carnicero, ni al panadero, ni comprar siquiera un periódico, se va al patrono y le dice: «Mr. Fulano, necesito que me suba usted el jornal»; el amo le despide y se

queda en la calle; pero cuando todos los obreros, por medio de la *unión*, hacen la misma demanda, con amenaza de huelga, entonces el patrono cede, porque si no, pierde más. Y lo mismo sucede con la jornada.

El orador hizo una pausa, y se oyeron algunos murmullos de aprobación. Después siguió:

—Pero, con ser esto tan importante, la asociación sirve también para otra obra de mucho interés para los trabajadores, y es disminuir el número de parados del oficio, de modo que todo el que esté asociado puede tener la seguridad de hallar trabajo. Para conseguir esto, la *unión* limita el número de aprendices, para que haya escasez de oficiales; limita la producción, y así las obras, para hacerse en el mismo tiempo, necesitan más personal, y si es fuerte, puede obligar al patrono a tener más obreros.

—¡Bien, muy bien!—exclamaron algunos oyentes.

—La *unión* debe luchar hasta conseguir el monopolio de la mano de obra en cada oficio. Cuando la mayoría esté asociada, la *unión* podrá decir a cada patrono: «Usted no tendrá más que obreros asociados y les pagará tales salarios por la jornada, y harán el trabajo en tal y tal forma, etc.» Entonces los obreros asociados seremos los amos y podremos empezar la gran

obra de renovación que nos hemos propuesto.

—¡Bravo! ¡Muy bien!

—No son necesarias revoluciones sangrientas. Con la huelga y el boicoteo, poco a poco, sin violencias grandes, por la fuerza de la unión, los trabajadores haremos imposible por ruinosa la vida de las industrias, y sus dueños, los capitalistas que ahora viven en la holganza, a costa de nuestro sudor y del hambre de nuestras mujeres y de nuestros hijos, tendrán que abandonarlas en nuestras manos. Entonces socializaremos la producción y cobraremos el rendimiento íntegro de nuestro trabajo. ¡Todos seremos capitalistas!

Una salva de aplausos acogió las últimas palabras del orador.

Entonces se levantó Pat y dijo:

—Después de las elocuentes palabras del compañero Pawlosky, nada me resta a mí decir, pues supongo que todos mis queridos compañeros de trabajo se habrán convencido de las enormes ventajas de la asociación y pasarán a suscribirse en la Unión de obreros de máquinas herramientas de la ciudad de Nueva York. Se ha rebajado la cuota de entrada a un dólar, pagadero en dos plazos. El secretario anotará los nombres y los domicilios.

Casi todos los presentes pasaron a la secre-

taría a dar su nombre, y entre ellos Dick, que aunque no estaba muy conforme con las ideas que allí se habían expuesto, veía las ventajas inmediatas de un aumento de salario o de reducción de la jornada.

* *

—Si no fuera por la *unión,* ¿cómo ibas a tener tú a los veintiún años tres dólares diarios?—decía Pat a Dick, tres semanas después.

—Es verdad, pero hay que reconocer que habéis planteado la huelga en una época en que la casa tenía muchos pedidos urgentes, y no ha tenido más remedio que ceder. A mí, la verdad, no me gustan esos procedimientos.

—Hay que aprovechar las ocasiones—replicó Pat, riendo—. Supongo que no te habrá venido mal el aumento.

—Al contrario, pero me parece que nos estamos portando muy mal con los jefes. Ellos siempre nos han tratado bien y han atendido todas nuestras reclamaciones cuando eran justas.

—¡Bah, bah, bah! Yo creía que habías abandonado tus prejuicios con los aperos de labran-

za. Los obreros no podemos ser agradecidos, ni preocuparnos de esas zarandajas con que nos engañan para explotarnos mejor.

—No pretenderás que con los baños y las duchas, el comedor, la caja de préstamos, la suscripción de acciones, la participación en los beneficios y las pensiones de invalidez, nos estén explotando, ¿eh?

—¡Pero no seas inocente! La higiene y la comodidad del taller son cosas que más o menos tarde impondrán las *uniones*, y los patronos no hacen más que adelantarse a la imposición; y en cuanto al dinero para préstamos y pensiones, es parte de nuestro salario que no se nos paga, unas migajas que nos arrojan los capitalistas para tenernos contentos. Pero nosotros, los obreros conscientes de nuestra dignidad, no debemos admitir esa limosna que no hemos pedido, porque no somos mendigos. Que nos den el producto íntegro de nuestro trabajo. No queremos más. No queremos paternalismo de ningún género, pues sabemos bastarnos a nosotros mismos.

Dick no sabía qué contestar al irlandés, aunque desaprobaba sus palabras, y éste, creyéndole convencido, continuó de esta manera:

—Ya conseguido el aumento de salario, vamos ahora a imponer el reconocimiento de la

unión y el despido de los que no quieran asociarse. Si triunfamos, como es de esperar, puesto que casi todos los del oficio estamos asociados y no hay en Nueva York obreros que puedan sustituirnos, empezaremos a limitar la producción, haciendo despedir a los trabajadores rápidos, a los que «marcan el paso» *(pace-setters)* y a los aprendices; suprimiendo el trabajo por piezas; simulando en mayor escala que lo hacemos ahora, y hasta fijando el tiempo mínimo en que ha de despacharse cada pedido. De este modo obligaremos a los patronos a aumentar el personal y se colocarán todos los parados del oficio que hay en la ciudad.

—Pero—preguntó Dick—¿van a sufrir los jefes esa tiranía, esa intervención de la *unión* en la dirección de sus negocios?

—No tendrán más remedio que sufrirla o cerrar la fábrica, y ¡quién sabe si acaso seamos bastante fuertes para obligarles a que la mantengan abierta!

—Nada, Pat; o tú estás loco, o yo no te entiendo. Me parece que lo que conseguiréis así es la ruina de la industria, y por lo tanto, la miseria para los obreros.

—¡Quiá! Se arruinarán los capitalistas, pero las industrias pasarán a poder de los obreros, que las explotarán colectivamente en su prove-

cho únicamente. Ya te explicaré esto otro día. Vamos ahora a tomar unas copas en casa de Ivan el Ruso.

Y entraron los dos en la taberna.

* *

La fábrica de máquinas-herramientas de «Johnson & Reitz» era conocida en todo Nueva York por la cordialidad de relaciones entre la empresa y los obreros, no habiéndose registrado una sola huelga desde su fundación.

El director, Mr. Jeffery, hombre joven, de sólidos principios morales y gran cultura, tenía una noción humanitaria de los deberes del patronado, y trataba a los obreros como colaboradores, aunque sin perder nunca de vista el aspecto utilitario del negocio, ni caer tampoco en los defectos del paternalismo, que rechazan ostensiblemente los obreros americanos, celosos de su independencia personal. Había podido observar que las mejoras concedidas a los trabajadores redundaban en beneficio de la producción y que el dinero gastado en el perfeccionamiento y bienestar de los mismos, producía tan buenos rendimientos como el invertido

en reponer o ampliar la maquinaria. Por eso no puso reparo en conceder parte del aumento de salarios que le pidieron los obreros, pues comprendía que el coste de la vida había aumentado en los últimos años. Pero le causó gran contrariedad enterarse de que casi todo el personal de la fábrica, ingresado en la *unión* del oficio, exigía por la fuerza lo que siempre le había sido concedido de buen grado. Sabía que en aquella *unión* predominaban los elementos revolucionarios extranjeros: irlandeses, italianos y rusos, y temía que sus propagandas socialistas de lucha de clase hicieran prosélitos entre los obreros de la casa, la mayoría de origen europeo, introduciendo el malestar y la revuelta en la fábrica.

Sus temores se vieron plenamente confirmados al notar los intentos realizados para limitar la producción, y al recibir un día una nota de la *unión* pidiendo la supresión del sistema Taylor de organización científica del trabajo, que funcionaba en la fábrica con excelentes resultados, el despido de los aprendices y de los «marcadores de paso» o «aceleradores» que no estaban asociados.

Después de conferenciar con el consejo de dirección de la fábrica, Jeffery reunió a los obreros y les dijo:

—Siempre ha sido norma de esta casa tener contento al personal, concediéndole todas las mejoras compatibles con la marcha del negocio, haciendo así inútil su afiliación a sociedades más o menos revolucionarias con que los extranjeros quieren destruir nuestra industria, como han destruído la de sus países de origen. Esos agitadores que preconizan la lucha de clases son vuestros peores enemigos, porque, según ha dicho Carnegie, «el que excita al capital contra el trabajo es enemigo del capital, y el que excita al trabajo contra el capital es enemigo del trabajo».

»Sin embargo, os hemos dejado asociar, sin poner inmediatamente en la calle a todos los asociados, como hacen otras empresas; y hemos atendido en lo posible todas las demandas de la *unión*, aun cuando los obreros de esta casa son los mejor pagados, los que tienen menor jornada y los que trabajan en mejores condiciones en la ciudad de Nueva York.

»Pero la reclamación presentada ayer no supone ninguna ventaja para el personal y sí una gran pérdida para la empresa; no es más que un acto de tiranía de la *unión*, que pretende inmiscuirse en la dirección del negocio, y como tal, el Consejo de administración la rechaza de plano.

»La organización científica del trabajo, que es una necesidad en la industria moderna, además de ser ventajosa para el obrero, porque le ahorra esfuerzos inútiles y aumenta sus ganancias, es justa, porque, con el mismo derecho con que uno de vosotros exige que le pesen o le midan los géneros que compra, debe la empresa medir la cantidad de producción que adquiere a cambio del salario, y exigir que la medida sea exacta. Esa petición envuelve un deseo de limitar la producción, para que haya que aumentar el personal, y se coloquen así los socios parados de la *unión*; pero esto, además de ser injusto, porque las fábricas no son asilos de parados, incapaces o viciosos, redundaría en perjuicio de los mismos obreros, ya que el aumento de gastos consiguiente recaería sobre ellos como consumidores, en forma de aumento de los precios, que en la moderna organización de la industria influyen unos sobre otros; o bien porque la empresa se viera obligada a cerrar la fábrica, si no pudiera pagar al capital un interés justo. De modo que, en realidad, todo lo que tienda a reducir la producción, tiene por consecuencia inmediata el aumento del número de parados y el encarecimiento de la vida. Por otra parte, suprimir el trabajo por piezas en relación con el tiempo, es establecer un salario

igual para hombres desiguales, lo cual es absurdo y contrario a las leyes de la Naturaleza, que exigen que a cada uno se le pague lo que que gane y que cada uno gane lo que se le pague.

»Por estas razones, la empresa no puede tomar en consideración ninguna demanda que tienda a limitar la producción o a compartir con ninguna asociación extraña la dirección del negocio. Y si, obedeciendo el mandato de los directores de la *unión*, vais a la huelga, nos veremos en la precisión, sintiéndolo mucho por vosotros, de contestar a la guerra con la guerra, cerrando la fábrica y no admitiendo en lo sucesivo obreros asociados. Ahora, vosotros decidiréis.»

* *

Un sábado por la tarde salía Dick de la taberna de Ivan el Ruso, donde, desde el principio de la huelga, un delegado de la *unión* pagaba el socorro de paro a los obreros de «Johnson & Reitz». La primer semana le habían pagado a razón de dos dólares diarios; la segunda se redujo el socorro a uno y medio, la tercera a uno, y la cuarta no le pagaron nada,

alegando que se había agotado el fondo de resistencia. Esto acabó con la paciencia de Dick, que se iba por la calle maldiciendo a la *unión* y al perro que le había metido en aquel atolladero.

—¿Dónde vas con esa prisa?—le dijeron.

Dick se volvió y vió ante sí a Pat, que le miraba sonriendo.

—Si no estuviera allí aquel policía, te iba a dar una lección de boxeo—le contestó, apretando los puños.

—¡Pero, hombre, cálmate! ¿Qué te pasa?

—¿Qué me ha de pasar? Mira, con este medio dólar tengo que pasar toda la semana. A esto me ha conducido tu maldita asociación. Pero esto se acabó; no me voy a morir de hambre: el lunes termina la huelga para mí, porque me doy de baja en la *unión*, y me coloco donde encuentre trabajo. Me habéis estropeado mi carrera, haciéndome perder un tiempo precioso. Cuando salí del pueblo, no era mi intención estacionarme toda la vida en una situación subalterna, sino ir ascendiendo por medio del trabajo, y ¡quién sabe! acaso hacerme independiente, *capitalista*, como decís vosotros... Pero vosotros queréis dividir la sociedad en dos castas, obreros y patronos, separados por una barrera infranqueable, matando todo estímulo de pro-

greso en el obrero, quitándole la oportunidad de elevarse por sus méritos y condenándole a la esclavitud del jornal, para que se rebele y os sirva de pedestal para conseguir vuestras ambiciones. Ya os he conocido yo: sois unos farsantes, que engañáis a los incautos, pero yo ya no lo soy, pues esta huelga me ha abierto los ojos.

El irlandés no salía de su asombro al oir a Dick expresarse de aquella manera. Conocía bien a los obreros americanos y sabía que eran de espíritu muy independiente, difíciles de manejar; pero creía a Dick un muchacho apocado por el medio campesino en que se educó, y no esperaba que se rebelara con tanta energía. Pensó que lo más prudente era contemporizar, para evitar que su ejemplo cundiera entre los socios de la *unión*, y le contestó con una sonrisa:

—Vamos, hombre, no te enfades. Seguramente la semana que viene reanudarán el pago del socorro de huelga, si no ha cedido antes la empresa. Además, yo te recomendaré a la junta y te darán un cargo. Y ahora te vienes conmigo a Coney Island, a gastarnos diez dollars que tengo en el bolsillo, en compañía de mi amiga Iva, que me espera en Brooklyn.

Dick trató de rechazar el convite. Le pare-

cía mal gastarse en diversiones el dinero de la *unión*, reunido a costa de privaciones de los socios—pues en seguida sospechó la procedencia de los diez dollars, ya que Pat se hallaba en huelga lo mismo que él—; pero el mal estaba ya hecho, y puesto que aquella suma había de gastarse, mejor empleada estaba en él que en otro, tanto más cuanto que hacía varios días que no había logrado satisfacer su apetito.

El irlandés no le dió tiempo a decidirse, pues cogiéndole por un brazo, le metió en la primer estación subterránea y tomaron el tren para Brooklyn.

❦ ❦

Apenas dejaron el tren, entraron en un restaurant a cenar. La amiga de Pat era una irlandesa alta y colorada, con el pelo rubio, casi blanco; apenas hablaba, ocupada en devorar con gran apetito, mirando al mismo tiempo las parejas que, al compás de un vals vienés, giraban alrededor de un estrecho círculo formado por las mesas. Dick comía en silencio, y el irlandés era el único que hablaba sin parar, intercalando continuamente chistes en su monólogo.

Cuando hubieron acabado de comer, después de bailar Dick y Pat sendas piezas con la irlandesa, pasaron a un café cantante que había en frente, a tomar unas copas de *whisky* y *soda*. Pronto echaron de ver que habían entrado en un café judío, pues las artistas cantaban en *yiddish* y en el mismo dialecto se expresaban los espectadores, en los cuales los perfiles aguileños, las barbas bíblicas y la gordura de las mujeres, indicaban su origen semítimo. Pat, a quien las frecuentes libaciones de *whisky* habían perturbado el cerebro, comenzó a protestar a grandes voces, porque no entendía una palabra, y el público se indignó contra él, produciéndose tal alboroto que Iva y Dick le cogieron cada uno por un brazo y salieron a la calle.

En seguida, bajo la dirección de Iva, que se había animado con la comida, recorrieron todos los puestos de la colosal verbena, entre una multitud compacta de obreros y empleados de poco sueldo, que llenaban toda la amplitud de la avenida Surf, y comían, se divertían, reían y hablaban en varios idiomas y dialectos, en una atmósfera polvorienta, impregnada de perfumes baratos y de sudor mezclados con el humo de las salchichas friéndose a la vista del público y del de las máquinas de vapor de los columpios, las montañas rusas, los caballi-

tos, las plataformas giratorias, los trenes en miniatura y centenares de aparatos en movimiento. Al estruendo de la multitud se unían los silbidos de las sirenas, las orquestas de los restaurantes y bares, los disparos de los tiros al blanco, los gritos de los vendedores ambulantes y los golpes de bombo para llamar la atención del público hacia las diferentes diversiones.

Todos los locales de recreo estaban llenos de gente, pero eran preferidas las diversiones más violentas y ruidosas, como precipitarse en una barca por pronunciadas pendientes terminadas en un estanque; bajar con patines de ruedas por escaleras movibles; balancearse en trapecios sobre el agua; rodar por una cuesta dentro de un tonel; montar sobre un caballo de madera que corre sobre un rail, salvando toda clase de obstáculos; y el público, gente joven en su inmensa mayoría, corría incansable de un deporte a otro, con la misma energía y rapidez con que asalta los tranvías de Brooklyn, o los restaurantes de *down-town* a la hora del *lunch.*

Dick y sus acompañantes, después de recorrer la cueva de los vientos, laberinto estrecho y oscuro donde circulan pequeñas barcas en canales tortuosos de rápida corriente; de haber hecho el viaje a la luna, por túneles tenebrosos

en cuyos ángulos surgen verdaderos gnomos selenitas; visitado una mina de carbón y viajado en varias montañas rusas, sobre las cuales vuelan los vagones con velocidad vertiginosa, salvando obstáculos imprevistos, recorriendo túneles oscuros, de bruscos recodos, saltando en el vacío, a través de paisajes variados perfectamente imitados con decoraciones hábilmente iluminadas, emplearon su último dollar en bajar por el *fire escape*, o manga de salvamento.

Una escalera automática subía al público hasta la boca de la manga, a una altura de 20 o 25 metros, y al poner el pie en la plataforma inclinada, bruñida como un cristal, todos resbalaban y bajaban rodando, revueltos unos con otros, en tremenda confusión, golpeándose contra las paredes del gigantesco caracol, hasta llegar al suelo, aturdidos y con el cuerpo magullado. A la tercera vez de repetir la bajada, Dick y los irlandeses estaban tan cansados que casi a rastras se fueron a la estación y se dejaron caer en los asientos del tren para Brooklyn.

* *

Dick, después de trabajar durante algunos días como cargador de los muelles de Nueva

York, consiguió entrar en la casa «Baldwin Locomotive Works», de Philadelphia, como peón, con 9 dollars semanales, previa declaración de no estar asociado en ninguna *unión* obrera, y con amenaza de despido en cuanto se asociara.

El trabajo no era excesivo, pues se limitaba a dirigir las máquinas eléctricas que trabajaban el hierro, pero era grande la tensión nerviosa producida por la rapidez de los movimientos de la maquinaria y el estruendo ensordecedor de los talleres de calderería y de montaje.

Desde el primer mes, Dick acudió todas las noches a los cursos de metalurgia del colegio Gerard, deseoso de perfeccionar sus conocimientos del oficio y poder mejorar su posición, pues tenía la ambición de escalar los primeros puestos de la fábrica y llegar, como otros muchos obreros que se habían encontrado en peores condiciones que él, a ejercer funciones directivas y obtener una participación en el negocio que le permitiera formar una fortuna.

El interés que ponía en su trabajo y la perfección con que ejecutaba la obra que se le encargaba, acabaron por llamar la atención del contramaestre, quien le propuso para pasar al taller de montaje con 20 dollars semanales. Era este taller una nave inmensa, cubierta por una

altísima bóveda de cristales, donde se montaban las calderas de las locomotoras, que una vez terminadas eran transportadas por dos enormes gruas eléctricas pendientes del techo. Le encargaron de la dirección de una de estas máquinas, trabajo sencillo que efectuaba sentado dentro de una garita colocada encima de la grua, moviendo tan solo una palanca. Los ratos de inacción los empleaba en estudiar o en observar cómo trabajaban los demás, atesorando así una experiencia que le habría de ser muy útil más adelante.

Una tarde, al terminar el trabajo, fuese Dick a ver al jefe del taller, y le explicó cómo podría ahorrarse un montador, distribuyendo el trabajo de otra manera. El jefe le escuchó muy complacido y le pidió que consignara su propuesta por escrito, para someterla al director. Algunos días después le llamó para comunicarle que la dirección había aceptado su propuesta, y entregarle, como recompensa, un cheque de 500 dólares como participación en las ganancias que suponía para la empresa aquella modificación.

Dick consiguió hacerse distinguir por todos sus jefes. Era un obrero modelo, que no se limitaba a ganar honradamente su jornal, sino que procuraba perfeccionar el trabajo y aumen-

tar la producción. Dotado del espíritu inventivo, tan común en los americanos, y de una ambición sin límites, que ponía acicate en su voluntad e iluminaba su inteligencia, a los dos años había ascendido a subjefe del taller de montaje. Cuando, pocos meses después, obtuvo el título de ingeniero mecánico, pidió y obtuvo el pase al taller de laminado.

Entonces comenzó a estudiar los medios de poner en práctica un invento, una sencilla modificación de los laminadores, sobre la cual había pensado mucho en los últimos meses, y que, según él, habría de revolucionar la industria metalúrgica y constituir la base de su fortuna personal.

❧ ❧

El pueblo de Hiram Creek, a orillas del Monongahela, en el estado de Pennsylvania, forma un contraste sorprendente con la región en que está situado; enclavado en la vasta cuenca minera y metalúrgica cuyo centro es Pittsburgh, vive una pacífica vida patriarcal, a pocas horas de los altos hornos, de las fraguas gigantescas, de las inmensas y bulliciosas fábricas del *trust* del acero; rodeado de ciudades industriales y

mineras—donde los hombres se agitan como dementes corriendo tras la fortuna, con el movimiento y el estruendo de la civilización moderna—Hiram Creek, como un remanso histórico, vive de la agricultura y de la ganadería en pleno siglo XVIII, como en la época en que Penn exploraba con sus cuáqueros las márgenes del río. En su extenso término municipal, la tierra, yerma y renegrida por el polvo de la hulla, se convierte en verdes praderas, donde pastan grandes rebaños de vacas, y campos jugosos de trigo y de maíz; el humo de los hornos que envuelve a Pittsburgh en espesa nube negra, enrojecida por los fulgores del metal en fusión, no empaña la pureza de su cielo gris claro, y hasta el río, al correr tumultuoso entre dos altas orillas, pobladas de chopos y sauces, parece haberse purificado de los detritos de las minas que en él arrojaron, y refleja el claro cielo y el verdor de los árboles centenarios.

Paralela al río se extiende Main Street, la única calle del pueblo, amplia y bien cuidada, con aceras de cemento, y bordeada de casas de madera o ladrillo, pintadas de colores alegres, de distintos tamaños y estilos, todas circundadas de césped, cual si estuvieran colocadas sobre una verde pradera. En las casas, en la calle y en el campo todo está en calma, y sólo

turban el silencio de vez en cuando las risas de algún niño, un rumor de conversaciones o el sonar de pasos en las aceras. Pero hay un momento en que la desierta calle se puebla de rumores, y es cuando, al anochecer, vuelven los hombres del campo, y, subiendo de los pastos jugosos de la chopera, entran las vacas, haciendo sonar sus gruesos cencerros; van una tras de otra, por medio de la calle, balanceando con lentos movimientos sus belfos, de los que penden largos hilos de plata, y sus gruesas ubres repletas de leche, mientras vuelven a diestro y siniestro sus grandes ojos de mirar sereno, buscando entre la gente parada en las aceras al mozo o a la moza que las llame para conducirles al establo.

Los domingos por la mañana, después del servicio religioso, mientras los hombres se reunen en el ayuntamiento para tratar de los asuntos comunales y las amas de casa preparan la comida, todas las muchachas del lugar, vestidas con sus mejores trajes, acuden a la estación, que dista dos kilómetros del pueblo. Van a esperar el tren de las diez y veinte, donde vienen los novios, los hermanos, los amigos, que dejaron las tranquilas ocupaciones de la tierra por el tráfago de la vida industrial y mercantil—camino más rápido para la fortuna—y pasan la

semana trabajando en las fábricas de Pittsburgh, en las minas de carbón, o en los comercios y oficinas de Philadelphia.

Aquel domingo, como muchos otros anteriores, en el «tren de los novios» *sweethearts' train*, como le llamaban en el pueblo, iba Dick, a quien esperaba en el andén una encantadora muchacha de veinte años, alta y delgada, de ojos y pelo rubio, que conversaba con otras de su edad. Un domingo, hacía ya seis meses, un compañero de la fábrica de Dick le había llevado a pasar el día en Hiram Creek, y desde aquel domingo en que le fué presentada Norah, no había faltado un solo día de fiesta. Juntos habían recorrido ambos jóvenes los alrededores del pueblo, ora a pie, ora en el pequeño *buggy* del padre de Norah, y paseado bajo la umbría de la chopera, y pescado durante largas horas a orillas del río, bajo los sauces que mojaban sus ramas en la corriente, mientras formaban proyectos para lo porvenir, y el muchacho daba cuenta de sus progresos en la fábrica y de sus ambiciones.

—Querida Norah,—decía el joven, por la tarde, mientras paseaban a orillas del río—la realización de nuestros deseos está ya muy próxima. En la semana pasada he dejado de ser obrero para ascender a subjefe de taller; gano aho-

ra 48 dollars semanales y tengo el título de ingeniero mecánico. Podríamos casarnos en seguida, pues mi sueldo nos permitiría vivir holgadamente; pero tengo una idea, que espero realizar en breve, y que me ha de producir mucho dinero, y es preferible que esperemos unas semanas, pues quiero ofrecerte, más que las comodidades, la fortuna.

❦ ❦

Los domingos por la tarde, el camino de la estación de Hiram Creek presenta un aspecto animadísimo. Todo el pueblo en masa se traslada a la estación, a despedir a los jóvenes que vuelven a la ciudad, y entre las dos filas de álamos, el paseo está ocupado por grupos de muchachas y muchachos que ríen y bromean a voces; detrás caminan los mayores, lentamente, con las manos a la espalda, hablando gravemente de negocios, del estado de las labores y de la política local; por todos los senderos, a través de los campos, marchan parejas solitarias, cogidas de la mano y hablando en voz baja.

A las siete y cuarto la estación está llena de gente, y un silbido estridente anuncia la proxi-

midad del tren; poco después asoma tras el talud la enorme locomotora agitando su campana, que recuerda la de la iglesia del pueblo el día de Pascua, y la gente se alinea silenciosa al borde de la vía. Para el tren un minuto, y tras las últimas despedidas silenciosas, un poco tristes, suben los viajeros; mientras se va alejando, se cruzan los últimos adioses, las recomendaciones: «Hasta el domingo», «No dejes de escribir», «Mándame aquello». Asomados a las ventanillas, los jóvenes agitan los sombreros, y siguen con la vista, hasta el último momento, el blanco pañuelo que les despide.

En un recodo de la vía desaparecen las luces de la estación, y los viajeros se sientan y charlan y ríen, mientras los que se quedan vuelven silenciosamente al pueblo por el camino oscuro, donde el aire nocturno susurra tristemente entre las hojas de los álamos.

❦ ❦

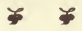
Cuando Dick pidió permiso al director de la fábrica para desarrollar en el laboratorio su proyecto de perfeccionamiento de los trenes de laminadores, le fué concedido en seguida, pues

los jefes conocían bien al nuevo ingeniero, y esperaban, dada su pericia profesional y su espíritu inventivo, que su idea habría de ser altamente favorable para los intereses de la compañía. Por eso se le dieron toda clase de facilidades, eximiéndole del trabajo y autorizándole para construir en los talleres de la fábrica y por cuenta de ésta, todas las piezas o máquinas que necesitase.

Dick puso manos a la obra, con aquella energía que ponía en todas sus cosas, y con una confianza ciega en el buen éxito de su empresa, lo cual era ciertamente garantía del triunfo. Trabajó sin descanso durante veinte días, dedicando las veladas a trazar los planos de las piezas que habrían de ejecutarse al día siguiente. Su propósito era evitar, por medio de ciertas modificaciones en el mecanismo de alimentación, los desperfectos y roturas que ocurrían frecuentemente en los laminadores, paralizando la producción de todo un tren, al introducir las barras.

La cuarta semana se dedicó a las pruebas de los nuevos laminadores modificados, con tan excelentes resultados, que la producción por cada tren había aumentado en un 24 por 100 y los desperfectos, reducidos a una proporción muy pequeña, lo cual suponía para la empresa

una ganancia adicional de muchos miles de dollars anuales. Inmediatamente se reunieron los directores, y acordaron nombrar consejero a Dick, con un sueldo anual de 25.000 dollars y una participación en las ganancias, premiando así los beneficios que había proporcionado a la compañía, y utilizando en la administración de la misma sus excelentes cualidades.



Aquella misma tarde, Norah, loca de contento, enseñaba a sus padres un telegrama que decía: «Exito completo. Nombrado consejero compañía. Señala fecha boda. Dick.»



El salón grande del hotel Blackmore, de Philadelphia presentaba el aspecto de las grandes fiestas. A ambos lados de la mesa, en forma de semicircunferencia, se sentaban cerca de trescientos obreros de los establecimientos «Baldin Locomotive Works»; eran los antiguos compañeros de Dick en los talleres de montaje y laminado, que celebraban con un banquete su exaltación al Consejo de la compañía.

Al final, el jefe de los laminadores ofreció el banquete a Dick, con cordiales y sencillas palabras, haciendo una breve historia de su carrera en la fábrica, y explicando su invento, que venía a revolucionar la industria siderúrgica.

Levantóse luego a hablar Dick, mientras sus compañeros prorrumpían en aplausos; dió las gracias por el agasajo, y continuó de este modo:

—Afortunadamente para nuestro país, mi caso no es único, se repite con mucha frecuencia. Al frente de las grandes empresas americanas se ven hombres que comenzaron su vida con un mísero jornal, y sin ir más lejos, en el Consejo de nuestra compañía hay personalidades que hace veinte años forjaban, o remachaban, o conducían las vagonetas. Bien conocida es también la historia de nuestros multimillonarios, que desde los más humildes oficios, consiguieron elevarse a las cumbres de la riqueza y del poder, mediante un trabajo enérgico y continuado y una confianza ciega en el éxito.

«Voy a hablaros de mí, pero no para mostrarme como ejemplo, pues fuera un orgullo ridículo ante vosotros, entre quienes seguramente hay muchos que valen más que yo y que esperan alguna oportunidad favorable para poner en juego sus energías latentes y elevarse

rápidamente; pero hay algo en mi vida que acaso os interese.

»He de comenzar confesando que yo he sido socialista, que yo he estado afiliado a esas *uniones* que predican la lucha de clases como medio de mejorar la condición del obrero, y que se proponen destruir la industria nacional. Una huelga injusta, seguida del despido de todos los obreros asociados, me abrió los ojos, y abandoné la *unión*. Si no lo hubiera hecho, hoy no sería consejero de nuestra compañía, y, sin esperanza ni ilusión alguna, pasaría la mitad de mi vida ganando un mísero jornal, y la otra mitad, en huelga, muriéndome de hambre.

»Hace ocho años trabajaba yo en una fábrica de máquinas-herramientas de Nueva York, una fábrica modelo por todos conceptos, donde tenía asegurado un brillante porvenir. Pero un día aciago, la *unión* del oficio, dirigida por judíos rusos expulsados de Europa por revolucionarios, puso la vista en mi fábrica y no cesó hasta hacerla cerrar. No os diré todas las artimañas de que sucesivamente se fué valiendo la *unión*, desde que consiguió asociarnos, para establecer una insoportable tiranía sobre la empresa, hasta el extremo de obligarla a abandonar un negocio que se iba haciendo ruinoso, porque ya las conocéis.

»La asociación obrera se ha convertido hoy día en un instrumento de opresión, al lado del cual las tiranías religiosas y políticas de la Edad Media son juegos de niños. Destruye la libertad individual, disgrega la familia, arruina la industria y pone en peligro la seguridad de la nación. El socio de una *unión* tiene que declararse en huelga cuando se lo manden, aunque él y su familia tengan que perecer de hambre por falta de salario; no puede trabajar sino según las reglas de la *unión*, que le impiden aumentar la producción, tanto en beneficio del patrono como en el suyo propio; no puede pedir elevación de salario, sino colectivamente por medio de la asociación, y sobre todo, lo que constituye una tiranía insoportable, es que no le queda esperanza de mejorar, no puede perfeccionarse en su oficio, ni inventar, pues la *unión* le condena a ser siempre un asalariado, privándole del estímulo para la elevación personal, convirtiéndole en un autómata, en un verdadero esclavo.

»¡A esto hemos llegado en la libre América! ¡La primera nación del mundo que declaró como derechos inalienables del hombre, la vida, la libertad y la persecución del bienestar! Ese sagrado depósito que nos legaron nuestros padres, ¿vamos a abandonarlo en manos extranjeras

que, valiéndose de nuestra hospitalidad, quieren privarnos de nuestros derechos individuales y entregarnos a la revolución? ¡No! Dejémonos de utopías surgidas en la caduca Europa, que no tienen aplicación en la tierra de la libre oportunidad, donde cada hombre se ayuda a sí propio, y es el artífice de su propia felicidad. Tenemos la suerte de ser ciudadanos de un país donde el individuo ha llegado a su más perfecto desarrollo, y cuya grandeza es debida a las iniciativas particulares. Robustezcamos la personalidad individual, librándola de todas las trabas que no sean indispensables para garantizar a todos los hombres la misma libre oportunidad, y los americanos, lejos de convertirse en un rebaño de esclavos, seguirán asombrando al mundo con las hazañas de sus genios.

»Desarrollemos la personalidad individual y seamos optimistas, porque, como dijo el poeta:

«Si os creéis derrotados, ya lo estáis;
Y perdidos seréis, si confianza
No tenéis en salvaros, pues el triunfo
Sólo la fuerte voluntad lo alcanza.
De la vida en la lucha es la victoria,
No del que al campo con furor se lanza,
Más del que cree firme conseguirla,
Y pone fe y vigor en la balanza.»

Hijo de esclavos

...y algún día, en alguna parte,
para los hijos de los hombres
ese sueño será una realidad.

BRAND WHITLOCK.

Aún recordaba, aunque confusamente, pues era muy niño entonces, los tiempos de la esclavitud. Era en una inmensa plantación de algodón, en el estado de Luisiana, cercana al río Mississipí, donde había nacido. Su madre, una mulata, trabajaba en el campo con los demás esclavos todo el día, y por la noche tenía que preparar la comida para todos ellos.

John, con otros esclavos de su edad, solía pasar largas horas fuera de la cabaña, cuando el sol o el frío no eran muy fuertes, buscando insectos a orillas del río, o bañándose en éste.

De la cabaña no recordaba más que el montón de paja y trapos que servía de cama a su

madre, a su hermana y a él, y un agujero practicado en el suelo, en un rincón, donde su madre guardaba patatas y mazorcas de maíz, que constituían el alimento de la *familia*. Pero no se había borrado de su mente la impresión de desamparo y tristeza que le producían los días del invierno pasados solo en la choza, mientras su madre y su hermana estaban en el campo, oyendo silbar el viento entre las tablas mal ajustadas, y tiritando bajo la camisa de arpillera que era su único vestido.

A sus amos no les había visto nunca, pues la *casa grande* estaba muy lejos de las cabañas; pero su madre decía que eran muy buenos y que trataban bien a los esclavos. El amo era un viejo plantador, y con él vivía una hija casada, con tres niños y una niña de corta edad.

De la guerra civil apenas llegaban noticias a aquel distrito, o por lo menos, los amos procuraban que los esclavos no se enterasen de nada. Sólo transcendió hasta ellos la nueva de la muerte del yerno del amo, el señorito Jack, ocurrida en la acción de Gettysburg.

Llegó un día en que el amo declaró libres a todos los esclavos, pero la mayoría de éstos optó por continuar trabajando en la plantación. No sabían qué hacer con su libertad, ni adónde ir. De los que se quedaron fué la madre de

John, hasta que un día recibió carta de su marido, que se había fugado durante la guerra a un estado del Norte, ordenándola que se reuniera con él en Nueva Orleans.

Los cinco años que pasó John con su padre fueron los peores de su vida. El antiguo esclavo, negro de pura raza y de aspecto feroz, se emborrachaba a menudo y maltrataba brutalmente a su mujer y a sus hijos. El jornal, gastado en su mayor parte en las tabernas, no bastaba para mantener a la familia, y John, que tenía entonces nueve o diez años, tuvo que trabajar también en la descarga de los barcos.

Un día, en una riña entre blancos y negros, el padre recibió una cuchillada, y murió a las pocas horas. La desgracia—que para la familia fué una liberación—redujo también sus ingresos al escaso jornal de John, y su madre y su hermana Betty tuvieron que ponerse a trabajar como lavanderas.

Desde que llegó a la ciudad se había despertado en John la ambición de aprender a leer y escribir, como aprendían los hijos de los blancos, y hasta algún negro que él conocía, pero el trabajo le ocupaba doce horas al día, y por la noche estaba tan cansado, que apenas podía llegar a su casa y dejarse caer en el montón de paja que le servía de cama. Por otra parte, no

podía pagar un maestro, pues su padre no le consentía tener un centavo, y su familia necesitaba todo lo que ganaba.

Dos años después de la muerte de su padre, Betty consiguió entrar como criada en una casa rica de la ciudad, y su sueldo, unido al de su hermano y al de su madre, permitió a la familia aliviar un poco su mísera situación.

John en seguida echó de ver las ventajas que el empleo de su hermana podía tener para la realización de su plan. Betty vivía en casa de los señores, y con lo que ella ganaba podía mantenerse su madre, no siéndoles ya necesario el jornal de John. Éste comunicó su proyecto a su hermana, que lo acogió con entusiasmo y aún dió a John un dollar que ella había conseguido ahorrar, y entre los dos convencieron a la madre, rehacia a separarse de su hijo.

Se trataba de que John empezara su educación, pues no sabía ni lèer. Había oído hablar de una escuela para negros que dirigía en el Estado de Alabama un mulato, y en la cual se admitían a los alumnos, con la obligación de trabajar para pagar la pensión y el coste de los estudios.

Con el escaso dinero que logró reunir, John se puso en camino hacia Montgomery, en cuyas cercanías se hallaba la escuela, pero, al llegar a Mobile, observó que con el dinero que le que-

daba no podía volver a tomar el tren hasta Montgomery, por lo cual tuvo que terminar el viaje a pie.

Mas todas estas molestias las daba por bien empleadas, pues iba a conseguir la instrucción que tanto había deseado y que le permitiría mantener a su familia.

La escuela estaba en sus comienzos y constaba de un solo edificio para las clases, los comedores y los dormitorios de las muchachas. Los alumnos dormían en casetas de madera, como las que sirven de habitación a los negros pobres en todo el Sur. Las lecciones alternaban con el trabajo en los campos propiedad de la escuela, o en los talleres de carpintería, o en la construcción de nuevos pabellones.

Durante el verano se cerraba la escuela, y los alumnos volvían a sus casas para los trabajos de la recolección. Los que procedían de Estados lejanos o no tenían dinero para el viaje, se quedaban en Montgomery, trabajando en la ciudad o en las plantaciones cercanas.

John recordaba con complacencia los cinco años que pasó en la escuela de Montgomery, época en que había despertado a la vida intelectual y había aprendido a apreciar la dignidad y utilidad del trabajo manual, que sus hermanos de raza solían despreciar.

Durante esos años, sometiéndose a la más estricta economía, había conseguido con su trabajo reunir una pequeña suma que le sirvió para pagar las matrículas en la universidad de Cornell, en el estado de Nueva York, de donde regresaba con el título de médico.

* *

El tren había entrado ya en la Luisiana ¡el país de los pájaros de colores, de las lianas, del Mississipí, padre de las aguas, de los remansos donde duermen los cocodrilos, de las plantaciones de caña dulce, de las serpientes y las flores!

A ambos lados de la vía se extendían bosques inundados de agua estancada, con altísimos árboles de tronco recto entrelazados por lianas y enredaderas que caían en grandes festones hasta sumergirse en el agua amarillenta. Miles de pájaros polícromos volaban de rama en rama. El sol brillaba en las aguas dormidas.

Durante diez minutos, el tren corrió sobre un puente de madera construído a flor de agua; después cruzó campos dorados, bordeados de palmeras enanas, de pimenteros de racimos rojos y de higueras, y tras de la masa impenetra-

ble de los arbustos salvajes y de los bosques vírgenes, praderas de color esmeralda, donde pacían centenares de vacas.

Aparecieron luego casetas de madera pintadas de verde, a cuyas puertas estaban sentados negros y negras. Éstas, vestidas con trajes de colores claros, rojos, azules y verdes y tocadas con turbantes amarillos o grandes sombreros de paja, fumaban tranquilamente sus pipas mirando pasar el tren. Los hombres, en mangas de camisa, y con anchos sombreros flexibles, se entretenían en tocar la guitarra, y los chicos, casi desnudos, se revolcaban por el suelo o se perseguían unos a otros.

La vista de ellos desvió los pensamientos de John hacia el estado de su raza. Mucho se había hecho desde la guerra para elevarla, para educarla y darle medios de vida, pero aún faltaba mucho que hacer. El negro, por regla general, seguía odiando el trabajo manual, que para él era sinónimo de esclavitud, y prefería la política, la abogacía o el comercio; pero, en estas profesiones, por su incultura, era fácilmente engañado y explotado por los blancos. Para John, la única solución era dirigir las actividades de su raza hacia el trabajo manual, hasta que la instrucción permitiera a los negros dedicarse a otros empleos; había que in-

culcarles el amor al trabajo físico, como se hacía con excelentes resultados en la escuela de Montgomery y otras varias repartidas por todos los Estados del Sur.

* *

La abyección en que se encontraba su raza, su miseria física y moral y la antipatía que hacia ella mostraban los blancos, preocupaban hondamente a John, que en los años que pasara en la universidad, había visto el problema social del Sur empequeñecerse, hasta desaparecer casi por completo ante otros problemas nacionales.

Pero ya iba echando de ver cuán equivocados estaban sobre este punto los habitantes del Norte que no habían vivido nunca en los antiguos Estados esclavistas. En éstos, el antagonismo de raza era cada vez mayor. Los blancos, temerosos de la dominación negra, que habían sufrido en los años siguientes a la guerra civil, y que tan amargos recuerdos dejó en todo el Sur, hacían todo lo posible por alejar al negro de la política y de la administración, no retrocediendo para ello ante ningún procedimiento.

Y en el trato social procuraban en todas ocasiones hacer sentir a los negros su inferioridad, estableciendo una separación legal entre las dos razas. Los negros, por su parte, sufrían en silencio todas estas injusticias, como habían sufrido antes la esclavitud, y vivían, en su mayor parte, una vida puramente animal, sumidos en la ignorancia y en los vicios.

John decidió dedicarse al servicio de su raza, a su elevación física y moral, y a ello le forzaba en cierto modo su profesión, ya que, dados los prejuicios sociales, no podía esperar tener nunca clientela blanca.

Los principios fueron dificilísimos. Entre la población negra de Nueva Orleans había cuatro o cinco curanderos, que trataban todas las enfermedades con exorcismos y encantamientos, restos de prácticas religiosas de las selvas africanas, y éstos comenzaron una persecución encarnizada contra John, llegando hasta amenazarle de muerte. Por otra parte, los negros desconfiaban de él, y los más ricos preferían avisar a un médico blanco, que se hacía pagar a peso de oro.

No arredraron a John estos obstáculos, pues había aprendido en diez años de trabajo y estudio a no desmayar ante las dificultades; utilizando el oficio de ebanista que aprendió en la

escuela de Montgomery, se colocó en un taller de muebles de la calle de Saint John, y con su trabajo consiguió mantenerse él y mantener a su madre.

Pero no había renunciado a su proyecto, y en cuanto logró reunir una pequeña cantidad, decidió poner manos a la obra de la elevación de su raza. Comenzó por visitar los poblados rurales situados en la orilla izquierda del Mississipí.

Las aldeas estaban formadas por cuarenta o sesenta casetas de madera pintadas de cal, agrupadas en tres o cuatro calles llenas de toda clase de detritus. Las casas tenían una sola habitación, donde vivían, no sólo la familia, sino parientes lejanos y hasta extraños, en la mayor suciedad y abandono.

Interiormente estaban decoradas con grabados de revistas y cromos y en algunas había muebles costosos, comprados a plazos, como relojes, máquinas de coser y otros, que contrastaban con la pobreza de la casa, demostrando la imprevisión de sus moradores, que solían dormir en el suelo sobre un montón de paja o de trapos.

Su alimentación consistía generalmente en tocino y pan de maíz, que compraban en la ciudad más cercana, sin preocuparse de producir vegetales u hortalizas en sus campos.

Estos estaban plantados de algodón, que llegaba hasta las mismas puertas de las casas, y todos los individuos, hombres, mujeres y niños, que podían manejar el escardillo, trabajaban en el campo durante todo el día, por un jornal ínfimo. Los colonos, por regla general, tenían hipotecadas sus tierras y casi todos debían más o menos dinero a algún comerciante blanco de la ciudad.

John participaba de aquella vida en las casas que le brindaban hospitalidad o donde ofrecía algunos centavos por pernoctar, y pudo irse convenciendo del lastimoso estado de miseria en que se encontraba la raza.

Un día fué llamado para visitar a un enfermo, a quien el curandero había desahuciado. Sobre un jergón de paja, en una caseta medio derruída, yacía un hombre de unos cuarenta años, en el último período de la tuberculosis, y a su alrededor su mujer y dos hijas se lamentaban, con grandes contorsiones, dando penetrantes gritos. John se convenció de que no había remedio para el desgraciado.

A la mañana siguiente, cuando John se despertó, el pueblo estaba casi desierto. Según le dijeron, se estaban celebrando unos funerales, y acudió a la iglesia. Era ésta un cobertizo de madera, completamente lleno de negros de uno

y otro sexo, sentados en el suelo. Un pastor bautista peroraba en un ángulo y en el otro estaba un ataúd, casi cubierto con ramas de pino y ocupado por el pobre negro a quien John había visitado el día anterior.

El pastor comentaba, en términos exaltados, pasajes de la Biblia, sin conexión entre sí ni con el acto que se celebraba, y los fieles gemían y se lamentaban, especialmente las mujeres, que murmuraban continuamente: «¡Dios mío!» Unos se golpeaban el pecho o los muslos, otros entonaban lúgubres melopeas, otros vociferaban como locos. Y el pastor, con su barba blanca temblorosa y su larga sotana raída, elevaba gradualmente la voz y agitaba los brazos como loco. La asamblea se iba excitando cada vez más; muchos se ponían en pie y gesticulaban como poseídos, aullando, gritando, lamentándose y gimiendo en todos los tonos, como si sufrieran horribles dolores. Entre los cánticos y gritos se oían imprecaciones y súplicas: «¡Piedad, Señor!» «¡Dios mío, favor!»

A todos estos ruidos se unió el golpear de los pies sobre el suelo de madera, y el estruendo ensordecedor ahogó la voz del pastor, que seguía gesticulando, cubierto de sudor. Todos los fieles en pie se agitaban violentamente dando saltos descomunales y golpeándose el pecho

con las manos; muchas mujeres lloraban, gimiendo lamentablemente, y los hombres vociferaban hasta enronquecer: «¡Piedad, Señor, piedad!» La excitación parecía haber llegado al delirio.

Con el pateo se había elevado una polvareda enorme y se oscureció la temblorosa luz de petróleo que iluminaba aquella escena de frenesí. John se ahogaba y salió afuera a respirar.

El sol estaba ya muy alto y sus ardientes rayos no eran mitigados por la menor brisa. El silencio era completo en los campos de algodón que se extendían hasta perderse de vista, y aquella calma campestre en la mañana primaveral formaba un agradable contraste con el ruido infernal de la iglesia.

El estruendo fué amortiguándose poco a poco, hasta cesar por completo, cuando se acabó la resistencia física de aquellos energúmenos. Al cabo de un rato se abrió la puerta y salió el pastor cantando salmos, seguido de cuatro hombres que llevaban el ataúd en hombros y de toda la concurrencia de la iglesia, y rodeando ésta se dirigieron al cementerio contiguo. Las mujeres seguían lamentándose.

En el cementerio estaba ya hecha la fosa: echaron en ella el ataúd y comenzaron a cubrirle de tierra. En aquel momento la viuda y

las huérfanas del muerto se abrieron paso entre la multitud, y trataron de lanzarse al hoyo dando gritos estridentes. Los más próximos las detuvieron empeñando con ellas una lucha violenta y cayendo todos al suelo. Mientras tanto, las mujeres seguían gimiendo y gesticulando, y los hombres lanzaban aullidos prolongados.

John se alejó de aquel lugar, profundamente apenado ante el estado de degración en que se encontraba todavía su raza. Durante un momento se apoderó de él el desaliento ante las enormes dificultades de la tarea que representaba la elevación moral y física de aquellos desgraciados; pero en seguida se repuso, y su voluntad enérgica renovó su propósito de luchar hasta el fin.

* *

John tuvo la suerte de encontrar en uno de los pueblos de la ribera del Missisipí, a un médico blanco, Harry Clark, que practicaba hacía varios años entre la población negra de la Luisiana, y cuya fama era tan grande entre la raza de color, que le llamaban de los Estados vecinos y hasta de otros más lejanos del Sur. Aunque sudista, no participaba de los prejuicios de sus

conciudadanos blancos respecto de los negros, a los cuales profesaba una gran simpatía, porque veía en ellos cualidades que, hábilmente desarrolladas por la educación, los convertirían en ciudadanos utilísimos.

Por eso, su satisfacción fué muy grande al hallar en John un ejemplo vivo que demostraba lo realizable de sus aspiraciones, y habiendo apreciado en seguida el valer moral y profesional de éste, le ofreció trabajar con él en calidad de socio ayudante, puesto que John aceptó con gratitud.

Aunque Harry tenía diez años más que John, el trabajo en común, la ausencia de prejuicios y la comunidad de ideas, hizo nacer entre ellos una sólida amistad, a pesar de las frecuentes separaciones a que las leyes les obligaban en los hoteles, teatros, tranvías y demás lugares públicos.

Un día, al bajar del tren, John dijo a su amigo:

—Ya ha visto usted, Harry, que nunca me he quejado de la injusta separación a que nos someten los blancos en todas partes; son los más fuertes y nos la imponen, y nosotros no tenemos más remedio que someternos. Pero hoy he hecho el viaje en unas condiciones deplorables: los asientos del vagón estaban casi deshechos,

el terciopelo sucio y roto, la crín se salía a montones, y por todo calorífero, una vieja estufa en un rincón, que llenaba de humo el coche; y no puedo menos de protestar, aunque sea ante usted. ¿No pagamos los negros lo mismo que los blancos? Pues, ¿por qué no se nos da el mismo servicio, aunque sea en vagones distintos?

—Tiene usted razón, amigo. Eso es un robo y una injusticia, y es lo peor que esa injusticia se comete con su raza de usted en todo el Sur, lo mismo en las escuelas, escasísimas y pobremente dotadas, que en los tranvías, estaciones y barcos, donde el departamento negro es realmente inmundo, que en los hoteles y teatros, donde el servicio es malísimo por el mismo precio que se cobra a los blancos.

—Comprendo perfectamente—repuso John—la repugnancia que los negros inspiran al blanco: son, por regla general, de aspecto desagradable, sucios, groseros, semi-salvajes y hasta peligrosos, en ciertos casos; pero no es apartándose con desdén de ellos, ni colmándoles de vejaciones y desprecios como conseguirán los blancos del Sur librarse de la presencia de diez millones de personas, que ni han de emigrar, ni pueden desaparecer en muchas generaciones.

—En efecto, no es ese el camino, sino educar la raza, teniendo en cuenta que hace cuarenta

años salió de la esclavitud, es decir, del salvajismo. Creo que la separación de las razas es necesaria, en algunos casos y en ciertas regiones, pero no la inferioridad legal ni social de ninguna de ellas. La opresión de los negros por los blancos es impropia de una democracia, es un resto de la tiranía de la esclavitud, que ha de desaparecer con el tiempo y, sobre todo, con la elevación de los oprimidos.

Hablando, llegaron a la posada, la única del pueblo, y el único edificio de la calle principal en que a aquella hora avanzada de la noche había luz. El posadero se negó a admitir a John, alegando que la suya era una posada de blancos, y, a pesar de las razones y de las súplicas de Harry, que llegó hasta ofrecerle cinco dólares por una habitación para John, no cejó en su negativa.

En vista de ello, Harry no quiso quedarse en la posada él solo, no obstante la insistencia de John para que lo hiciera, y salió con él a la calle, dispuesto a pasar la noche en vela. Volvieron a la estación, desierta a aquella hora, y se sentaron en la sala de espera. Harry estaba indignado ante la inhumana actitud del posadero, y manifestaba su indignación de tan ruidosa manera, que más de una vez tuvo John que llamarle al orden.

Cerca del amanecer, entró un negro en la estación y se acercó a los dos amigos. Al ver que uno de ellos era blanco, quedóse parado mirándoles, y el asombro se pintó en su rostro ante aquel espectáculo nunca visto de un negro y un blanco hablando como amigos. La mortecina luz de la lámpara se reflejaba en sus pómulos brillantes e iluminaba la fila blanquísima de sus dientes. Era de elevada estatura, robusto, y ya de edad, pues tenía el pelo casi blanco; vestía una larga blusa gris y unos pantalones de cuero muy anchos.

John le invitó a sentarse a su lado y Harry le ofreció un cigarrillo, que el negro aceptó ávidamente. Al principio no se atrevía a hablar, sin duda por la presencia de Harry; pero, poco a poco, se fué animando, y acabó por contar toda su historia.

Tenía ya cerca de 70 años; había nacido en una plantación del Estado de Tennessee, y en ella vivió con su madre hasta la muerte del amo. Al ocurrir ésta, todos los esclavos fueron vendidos en pública subasta en Nashville, y a él le separaron de su madre, llevándole su nuevo dueño al Estado de Kentucky, mientras aquélla se quedaba en una taberna de la ciudad. Su nuevo dueño le hizo tomar por mujer una de sus esclavas, y tuvieron varios hijos, todos los cuales fue-

ron vendidos en cuanto cumplieron siete u ocho años; finalmente, le separaron a él también de su mujer, vendiéndole a un tratante, que le llevó por el Ohío y el Mississipí a Nueva Orleans, atado con otros varios esclavos en el entrepuente del vapor. Del poder del tratante pasó a ser propiedad de un rico plantador de Mobile, que tenía muchos esclavos. Allí trabajó durante varios años en los campos de algodón hasta algunos meses después de la emancipación, en que abandonó la plantación y se trasladó a Nueva Orleans. Allí, con otros cuantos esclavos liberados, y ayudados por una partida de *carpebaggers* (1) intervino en la política local, llegando a ser juez municipal.

—¿Pero había usted aprendido a leer?—preguntó John al negro al llegar a este punto del relato.

—¡Quiá! Aún no sé leer dos letras seguidas. Pero allí no hacía falta, pues todo se reducía a sacar dinero a los blancos, a quienes se condenaba siempre. Poco tiempo ocupé el puesto, pues a los pocos meses me echaron para poner en mi lugar a un blanco del Norte. El dinero

(1) Aventureros blancos del Norte que, después de la guerra civil, se apoderaron del gobierno en los Estados del Sur, con ayuda de los negros.

que gané siendo juez lo perdí en seguida; así que para vivir me dediqué a la política. A mí me ha gustado siempre la política. Formé un partido de negros e hice muy buenos negocios vendiendo sus votos a los demócratas o a los republicanos, al que mejor pagara. ¡Qué buena vida—*good time*—me dí durante algún tiempo! Hasta llegué a tener coche y dos criados. Pero no duró mucho, pues aparecieron en Nueva Orleans las bandas del *Ku-Klux* (1) y me deshicieron toda mi política. Tuve que huir, abandonándolo todo, para salvar el pellejo, y ponerme a trabajar en Alabama.

—Vea usted, John—dijo Harry a su amigo—el origen del empeño que ponen los habitantes del Sur en alejar a los negros de la política. Las tristes experiencias del período que siguió a la guerra civil, llamado en el Norte de *reconstrucción* y que realmente fué de *destrucción*, han dado a los blancos la medida de la *dominación negra*, como dicen en el Sur. Aquí tenemos un protagonista de aquellos sucesos, uno que contribuyó en gran parte a la ruina de los Estados sudistas, al déficit de los presupuestos públicos,

(1) Sociedades secretas que, después de la guerra civil, aparecieron en los Estados del Sur para intimidar a los negros y alejarles de la política.

a la corrupción de los órganos de gobierno. Ahora comprenderá usted que el temor a la dominación negra llegue en el Sur al extremo de recurrir a toda clase de subterfugios legales y extralegales, incluso al engaño, a la amenaza y a la violencia, para evitar que los negros voten.

—Yo siempre que he podido, he votado—dijo el negro.

—¿Y por qué partido vota usted?

—Pues verán ustedes. Me entero por quién votan los blancos, y voto en contra; es el mejor medio de acertar.

—Comprendo al oir estas cosas—dijo John—que los blancos procuren alejar de las urnas a gentes como éstas. Pero, ¿por qué han de acudir al fraude electoral, a la amenaza y al engaño, para que no voten los negros educados, aun aquéllos que reunen todos los requisitos que exigen esas leyes electorales hechas en beneficio exclusivo de los blancos? ¿Por qué yo, que tengo un título universitario, no he podido nunca votar, cuando lo hacen obreros, criados y aventureros analfabetos, pero que son blancos?

—Sus quejas son muy justas—replicó Harry—. No hay disculpa ninguna para ese proceder de los blancos, que obedece tan sólo a antagonismo de raza. Temen, sin duda, sobre todo

en los distritos del *black belt*, verse gobernados por antiguos esclavos o hijos de ellos, y esto no lo puede tolerar el orgullo de la raza dominadora. Es de esperar, sin embargo, que esas restricciones vayan desapareciendo a medida que se instruyan los negros y que se olvide la triste experiencia del período de *reconstrucción*.

—En una democracia, la más antigua y la más progresiva, como lo son los Estados Unidos, no puede haber desigualdades en los derechos de los ciudadanos, por razón del color de su piel o del estado de servidumbre de sus ascendientes. El día en que se reconozca la igualdad política y social de negros y blancos, el Sur entrará definitivamente en una era de progreso y de paz hasta ahora no conocida.

* *

Varios kilómetros antes de llegar a Nueva Orleans, en los alrededores del pueblecito de White Castle, el Mississipí, cuyo nivel es cinco o seis metros más alto que las orillas, corre tumultuoso entre dos inmensos diques construídos hace muchos años para proteger de las inundaciones a los campos ribereños.

El río tiene en ese lugar una anchura inmensa y apenas se divisa en la otra ribera la línea oscura del dique que cierra el horizonte. Sobre las aguas verdosas pasan en loca carrera troncos negruzcos de árboles, semejantes a piraguas indias.

Una mañana de mayo paseaba John por el dique, contemplando distraídamente el curso de las aguas. De trecho en trecho, pescadores negros, armados de largas cañas, permanecían inmóviles, con las piernas colgando sobre el río y la vista fija en el agua. Los campos colindantes, en los que se veían acá y acullá rebaños y casas de labor, estaban desiertos, y no se oía otro ruido que el murmullo continuo del río.

Por la carretera, a lo largo del dique, se acercaban galopando dos jinetes, un hombre y una mujer. En aquel instante John vió que de las piedras amontonadas al pie del dique salía lentamente una serpiente amarilla y negra y cruzaba la carretera. Dió un grito para advertir del peligro a los jinetes, pero en el mismo momento, el primer caballo se encabritó, y dando un bote prodigioso, salió fuera de la carretera y emprendió veloz carrera a través del campo. Al llegar el otro caballo donde estaba la serpiente, ésta se enderezó y se lanzó sobre él; la mujer que lo montaba dió un grito penetrante,

y cayó al suelo, mientras que la cabalgadura huía velozmente por la carretera.

John no vaciló un momento, y aunque la altura del dique era de cuatro o cinco metros, se lanzó a la carretera. La serpiente había desaparecido. En la cuneta yacía una joven hermosísima, vestida con traje blanco de amazona, botas altas de cuero y capota de paja atada con cintas de seda.

John no se atrevía a tocarla; nunca había estado tan de cerca de una mujer blanca, ni recordaba haber visto en toda su vida una belleza semejante. Durante un minuto permaneció como petrificado contemplando el óvalo perfecto del rostro, sombreado ligeramente por las puntillas de la capota. El corazón le latía fuertemente y la sangre le golpeaba en los oídos.

Por fin se decidió, y con infinitos cuidados, comenzó a desatar las cintas de la capota.

Entonces se acercaron dos de los pescadores, y uno, con grandes ademanes de pesar, dijo:

—¡Es la señorita Mary!

—¡Cómo! ¿La conoces?—preguntó John, interrumpiendo su tarea.

—¿No la he de conocer, si hace cinco años que trabajo en su plantación? Vive a dos kilómetros de aquí, en la finca llamada «La Criolla». Es hija de Mr. Lebon. ¿Está herida?

—No lo sé todavía. ¡Traedme agua corriendo!

—Mira, Tom—dijo el negro que había hablado al otro pescador—en mi cesta tengo una botella de agua. Tráemela.

Mientras Tom se alejaba corriendo, John y Sam—que así dijo llamarse el criado de Mary—quitaron a ésta la capota y pudieron convencerse de que no estaba herida. Además, la arena que llenaba la cuneta había amortiguado mucho el golpe.

Pero en el brazo derecho, a la altura del hombro, una gota de sangre teñía los encajes de la manga.

—¡Ahí está la picadura!—exclamó John.

—¿Qué picadura?—preguntó el otro.

No obtuvo respuesta, pues John, arrancando rápidamente los encajes, puso al descubierto en el blanquísimo brazo una cortadura horizontal de la que manaba un hilito de sangre, y aplicó sobre ella sus gruesos labios, para absorber el veneno.

Sam, al contemplar esto, comprendió el peligro en que estaba su ama, y comenzó a lamentarse, como si la viera ya muerta.

Volvió Tom con la botella de agua, y mojando un pañuelo, John comenzó a lavar cuidadosamente la herida.

Cuando estaban en esta operación, llegó a

todo galope el joven que acompañaba a Mary, y apeándose rápidamente, se acercó al grupo diciendo bruscamente:

—Fuera de aquí vosotros; ¿qué estáis haciendo?

—¡Ay, señor George,—contestó Sam, con voz quejumbrosa—qué desgracia! A la señorita Mary la ha picado una serpiente. Este señor es médico.

—¡Qué va a ser médico!—replicó el recién llegado con desdén—. Será curandero.

John se incorporó, y volviéndose dijo:

—Tengo el título de la universidad de Cornell.

—Sea lo que sea, no consentiré que ningún negro toque a esta señorita. ¡Ea, Sam, ayúdame a subir a la señorita al caballo y luego vete corriendo a avisar al doctor Jones!

John, ante aquellas palabras del blanco, no pudo reprimir un movimiento de ira; su piel se puso de color terroso y sus ojos brillaron siniestramente; pero logró contenerse, y permaneció quieto mientras George, con ayuda de Sam, montaba a caballo, colocaba delante a Mary, que continuaba insensible, y se alejaba al trote por la carretera, seguido del criado negro.

—¿No le ha conocido usted?—preguntó Tom a John.

—No, no sé quién es.
—Es el novio de la señorita Mary.

* *

Cuando, quince días después, Sam se presentó en casa de John, diciéndole: «Mi señorita Mary quiere hablar con usted», le dió un vuelco el corazón y tuvo que hacerse repetir el encargo para convencerse de que no soñaba.

Desde el suceso de la carretera, no había tenido un momento de reposo, ni había desaparecido de su imaginación la blanca figura de la joven tendida sobre la arena de la cuneta, y sentía abrasársele los labios al recordar aquel brazo divino sobre el cual los posó un momento.

Mucho le preocupaban a John estos pensamientos, que habían llegado a ser una obsesión constante y le hacían perder el amor al trabajo, infundiéndole horror a todo esfuerzo u ocupación. Pasaba largas horas, un día tras otro, echado bajo un árbol, a la orilla del río, o paseando lentamente, sin rumbo, por los algodonales.

A veces adivinaba el significado de su estado de espíritu y tenía miedo de reconocer que se

había atrevido a poner sus ojos sobre una mujer blanca. ¿Cuándo, en América, un pobre negro, nacido en la esclavitud, había osado amar a una blanca, rica por añadidura? Y entonces procuraba ahogar aquellos sentimientos, y distraerse con la acción y el trabajo en pro del ideal que se había propuesto.

Pero, cuando ya se creía en camino de curación, el aviso de Mary cayó como una chispa en un polvorín, reavivando locas esperanzas; ¿acaso no valía él más que muchos blancos, no se había elevado por su trabajo y su voluntad, viviendo decorosamente con el ejercicio de una profesión? Y sobre todo, ¿no la había salvado la vida? Pronto se convenció; sobre las consideraciones de la realidad triunfó su temperamento africano, y se dejó llevar completamente de sus ardientes pensamientos.

—Esta tarde, a las seis y media, preséntese Vd. a la puerta de «La Criolla», y yo estaré allí para conducirle al salón de mi ama—dijo Sam, despidiéndose.

* *

Mr. Lebon era antes de la guerra de secesión uno de los más ricos plantadores de la Luisia-

na, y acaso de todo el Sur; su posesión se extendía por la orilla izquierda del Mississipí, desde White Castle hasta cerca de Nueva Orleans, y empleaba en ella centenares de esclavos. Pero la guerra le arruinó: su único hijo murió en el sitio de Richmond, y poco después murió también su mujer, dejándole una niña de pocos meses de edad, llamada Mary. A estas desgracias se unió la emancipación de sus esclavos, lo que supuso para él una pérdida enorme, tanto, que tuvo que vender gran parte de sus tierras, conservando sólo algunas hectáreas alrededor de su finca «La Criolla».

Demócrata furibundo, enemigo acérrimo de los abolicionistas, que tanto daño habían hecho a los Estados del Sur, intervino eficazmente en la política, combatiendo la dominación negra y los intrusos nordistas que la apoyaban, siendo alcalde de Nueva Orleans durante varios años, después del período de reconstrucción. Ultimamente se había retirado a su finca, en compañía de su hija, dedicándose a la agricultura, y alejándose definitivamente de la vida pública, a la que sus años no le permitían ya dedicarse.

En una pequeña colina cubierta de césped, y rodeada de corpulentos sauces, se elevaba la casa de Mr. Lebon, a unos veinte metros a la derecha de la carretera. Era una construcción

de madera roja y verde, de estilo hispano-morisco, que estuvo muy en boga en las plantaciones a mediados del siglo XIX. Tenía tres pisos: la fachada Oeste, que daba sobre el río, estaba formada por un pórtico con delgadas columnas completamente tapizadas de plantas trepadoras, el cual sostenía un mirador indio, cubierto con esterillas de junco y sobre él una azotea con dosel de follaje, que apenas dejaba pasar los rayos del sol.

Todo esto lo observaba ávidamente John, desde la puerta de la finca, mientras esperaba la llegada de Sam. A la hora convenida apareció éste y le llevó a la casa, entrando por el pórtico y subiendo por una ancha escalera al piso primero. John no se daba cuenta de lo que le rodeaba, y seguía automáticamente al criado de una habitación a otra.

Por fin se pararon ante una puerta cerrada, en la que Sam golpeó ligeramente con los nudillos, y al oir dentro una voz femenina, la abrió, introdujo a John y la cerró detrás de él.

El joven se quedó parado e indeciso. Se hallaba en una habitación muy grande, casi a oscuras, en cuyo ambiente flotaba un denso olor de incienso y de perfumes femeninos. En un rincón, la llama roja de un braserillo, de la que

se desprendía una espesa humareda, contribuía a aumentar la oscuridad.

De pronto, se encendió una gran lámpara eléctrica en el centro de la estancia, y John vió a Mary, vestida con una bata blanca con orla de greca azul, acercarse a él con la mano tendida:

—¡Cuán agradecida le estoy a usted, querido amigo!—dijo con voz cadenciosa.—Le debo la vida, y no lo olvidaré nunca. Ya me ha dicho Sam lo que hizo usted por mí.

A John le palpitaba tan violentamente el corazón, que quiso hablar y no salió ningún sonido de su garganta. Después de un instante de vacilación, cogió la mano que la joven le tendía, e inclinándose, rozó con sus gruesos labios los diminutos dedos.

La estancia donde tenía lugar esta escena era el mirador indio, herméticamente cerrado con esterillas que caían sobre los cristales. Estaba decorado a estilo oriental, con divanes bajos cubiertos de damasco rojo y sembrados de cojines y almohadones de diversas formas y tamaños. En medio había una gran estatua dorada de Buda, rodeada de jarrones japoneses con grandes rosas de te.

Mary se sentó en un diván, e invitó a John a colocarse a su lado, y entonces éste, compren-

diendo lo violento de la situación, hizo un esfuerzo y la preguntó por su salud. Había tenido un poco de fiebre, pero, desde el segundo día, el médico dijo que estaba fuera de peligro, pues la herida había sido lavada perfectamente. Ya tenía ella noticias de que John era un excelente médico.

—Si quiere usted, iremos un rato a la azotea. Aquí se ahoga uno—dijo la joven, levantándose y dirigiéndose a la puerta. John la siguió a una habitación inmediata, y por una escalera estrecha subieron a la azotea.

Estaba ésta casi cubierta por un dosel de madreselva en flor, cuyos tallos se enlazaban a los hierros de la barandilla y subían luego por unos arcos, también de hierro, que iban a empotrarse en la pared, y todo a lo largo de ésta había grandes macetas de geraneos y claveles, alternando con laureles de brillantes hojas. El suelo estaba cubierto con una esterilla verde de junco y había varios sillones y mesas de mimbre.

Mary se sentó en uno junto a la barandilla, y a una señal suya, John hizo lo mismo frente a ella.

—Hoy tenemos una hermosa puesta de sol—dijo la joven, mirando hacia el horizonte. Vea usted, detrás del dique aquella nube violeta

con ribetes dorados que oculta al sol, y mire usted esas otras pequeñas, aquí encima, completamente doradas, que se reflejan en el río...

Pero no volvía siquiera la cabeza, extasiado en la contemplación de su hermosa interlocutora. La luz del sol poniente daba al rostro y a la cabellera rubia de la joven un tinte dorado, más oscuro que el color de las criollas de Nueva Orleans y muy parecido al de las octoronas antillanas, o al de las primitivas pieles rojas de la Virginia. La brisa del río movía los rizos que la caían sobre las orejas y el sol ponía en ellos mil irisaciones cambiantes.

John, entusiasmado ante aquella belleza por él nunca sospechada, oía las palabras de Mary, notaba las entonaciones de su voz, el calor comunicativo que ponía en algunas frases, la serenidad con que expresaba sus convicciones, pero apenas se daba cuenta de lo que decía.

—Yo siempre he tenido gran simpatía por la raza negra, no habiendo participado nunca de los mezquinos prejuicios tan extendidos en el Sur contra ella, pues opino que una persona cuya vista está limitada por el color no puede apreciar lo que hay de más elevado y mejor en el mundo.

«Al juzgar a los negros, hay que tener en cuenta que hace veinticinco años empezaron a

civilizarse; y ¿qué raza ha demostrado en tan brevísimo tiempo semejantes aptitudes para asimilarse el progreso occidental? Hay que reconocer también lo que los blancos les deben, pues ellos son los que han hecho todo el trabajo en el Sur, los que han cultivado las plantaciones, los que han construído los caminos y los ferrocarriles, los que han hecho de los Estados meridionales los proveedores mundiales del algodón.

»Por otra parte, ¿por qué oprimirlos, por qué vejarlos? Comprendo que la separación es necesaria, en algunos casos, para evitar grandes males, pero no la humillación de una raza por otra, pues las leyes de la justicia inmanente ligan al oprimido con el opresor, y éste ha de sufrir el peso de su injusticia.

»Puesto que estamos obligados a convivir en el mismo suelo, puesto que tenemos todos el honor de ser ciudadanos americanos, tratémonos todos como hermanos, cualquiera que sea el color de nuestra piel o nuestros antecedentes históricos. Ayudemos al negro a elevarse por medio de la instrucción y del trabajo, y dadas sus aptitudes, haremos de él un elemento importantísimo en el progreso de nuestra patria.»

A medida que hablaba Mary, John iba saliendo de su arrobamiento, y seguía entusiasmado

de las nobles ideas de la joven. Le parecía estar soñando. Nunca había oído a una persona blanca en el Sur expresarse de aquel modo acerca de la raza despreciada, y fué aquel uno de los momentos más felices de su vida.

Cuando la joven terminó de hablar, se puso él en pie, y con todo el entusiasmo propio de su juventud y de su temperamento, expuso su programa de regeneración de la raza, los trabajos que él realizaba en compañía de Harry y lo que se proponían hacer en cuanto tuvieran medios para ello.

Los últimos rayos solares, al ocultarse tras el dique, iluminaron violentamente los pómulos broncíneos y los gruesos labios rojos entre los cuales se destacaban dos filas de blanquísimos dientes, y brillaron un momento en los diminutos ojos del negro. Mary, al observarle en aquella actitud, reconoció que también había belleza en la raza negra, comprendiendo, al escuchar sus palabras, que en una pequeña frente oblicua, casi cubierta por el pelo lanoso, pueden caber nobles pensamientos y elevados ideales.

—Durante las próximas generaciones, mi raza será sometida a la prueba severa de los principios americanos; se probará nuestra perseverancia, nuestro poder de adaptación, nuestra paciencia, nuestra facultad de instruirnos, nues-

tra capacidad de luchar y de triunfar en la vida del trabajo; de desdeñar lo superficial por lo real, la apariencia por la substancia; de ser grandes a pesar de ser pequeños, instruídos y sencillos, elevados en autoridad, aun siendo los servidores de todos. En este mundo no hay más que un camino para el éxito, que es el trabajo, lo mismo para los ciudadanos que para las razas, y la mía quiere ser juzgada según la regla americana.

Al terminar, Mary se levantó y le estrechó efusivamente la mano.

—Gracias—le dijo—por haber robustecido con sus nobles palabras mi confianza en los destinos de mi país. Después de haberle oído, se ha exaltado mi simpatía por su raza, y quiero contribuir en cuanto pueda a la misión que usted se ha propuesto. Tome usted—, y le entregó un billete de 50 dólares.

—Muchas gracias, señorita. Ya enseñaré yo a los pobres negros a quienes lleguen los beneficios de este donativo a bendecir al ángel blanco que estima y se compadece de la raza perseguida.

Callaron los dos. El sol se había ocultado allende el Mississipí, y la noche atropellaba al día, sin el intermedio del crepúsculo, que no existe en aquellas latitudes. Del río venía una lige-

ra brisa que agitaba suavemente la madreselva y hacía más penetrante el aroma de los geraneos. Los dos jóvenes se dirigieron a la puerta.

* *

Cuando al día siguiente volvió Harry, que había pasado diez días en casa de su madre, en el Estado del Ohio, encontró a su amigo en tal estado de abatimiento, que no pudo menos de preguntarle si estaba enfermo o tenía algún contratiempo, y tanto le apuró, que John, que no ocultaba nada a su compañero, le confesó el estado de su ánimo respecto a Mary.

Harry se alarmó, pues sabía que por motivos semejantes, a veces por una sola palabra sospechosa dicha a una mujer blanca, muchos negros habían sido apaleados, perseguidos o vejados de mil maneras. Así, que con toda energía se propuso quitar de la cabeza de John aquellos atrevidos pensamientos.

—¿Qué esperanza puede tener un negro—le decía entre otras cosas—de casarse en el Sur con una blanca, y menos con una rica? ¿No sabes que en todos los Estados meridionales están prohibidos los matrimonios mixtos, y que hay

tal horror a estas uniones que nadie concibe ni siquiera que se hable de ellas?

«Pero aun suponiendo que Miss Lebon te correspondiese, lo cual es improbable, y que os uniérais en algún Estado del Norte, donde la ley, ya que no la opinión, aprueba las uniones mixtas, vuestros hijos ¿qué serían? Ni blancos ni negros. Serían unos parias. Tendrían un alma blanca en un cuerpo de color; no se resignarían, como la mayoría de los negros de raza, a la inferioridad social a que les condenarían los prejuicios de los blancos, y serían unos seres desgraciadísimos, más aún que los mismos negros. Y tú serías culpable de su desgracia.

»Por otra parte, es ocioso hablar de esto, pues en las cuestiones de amor hay siempre dos personas, y aquí no hay más que una. ¿Crees tú que Miss Lebon, por muy amplias que sean sus ideas, por muy nobles que sean sus sentimientos, se atrevería a romper con su padre, con su familia, con sus amistades, con todos los blancos del Sur, para unirse con un negro, muy digno por cierto, pero para el cual no siente seguramente más que agradecimiento? Además, ya sabes que está prometida a Mr. George, el hijo del juez de Nueva Orleans.

»Desecha, pues, querido John, tus descabelladas ideas. Pon la vista en una mujer de tu

raza, una de esas cuarteronas, de color de ámbar y pelo rubio, de labios carnosos y ojos de ágata, y forma un hogar feliz cuyos hijos continúen la noble causa de su padre en pro de la regeneración de la raza de color.»

❦ ❦

Mucho meditó John las prudentes razones de su amigo, en los largos paseos que daba por el campo, o en las horas de siesta, recostado bajo los sauces, a orillas del río.

Un día leyó en un periódico el anuncio de la boda de Miss Mary Lebon con Mr. George Mansfield, y en seguida se presentó a Harry y le dijo:

—Estoy completamente curado de mi peligrosa locura sentimental, y te agradezco la ayuda que me has prestado para conseguir la curación. Pero no seguiré tus consejos: no buscaré ninguna hermosa cuarterona, para hacerla madre de nuevos seres de color, aumentando así el número de los desgraciados de mi raza. En las circunstancias actuales, a los negros conscientes nos están vedados placeres y derechos que disfruta el más abyecto de los blancos, tan sólo

porque tuvimos la desgracia de nacer con la piel negra. Quiero dedicarme de lleno a mi misión de apóstol, libre de toda clase de trabas, para poder emplear en ella todas mis energías. Soy optimista, y confío en el triunfo de mi causa, porque es buena, esperando, con la ayuda de las almas generosas, como la tuya, echar los cimientos de la elevación material y moral de mi raza.

Harry quiso contestar, pero no halló palabras para expresar sus sentimientos; le vinieron las lágrimas a los ojos ante la nobleza de alma de su amigo, y se limitó a estrecharle fuertemente entre sus brazos.

El lejano Oeste

Fíate del porvenir, y éste
no te hará traición.

EMERSON.

Cuando murió su padre, Jim se trasladó con su madre al inmenso rancho que en el Norte del Estado de Montana poseía Mr. Greenback, antiguo amigo de la familia, aceptando el cargo de mozo de cuadra, mientras su madre hallaba ocupación en las múltiples faenas domésticas de una explotación de importacia.

La finca se extendía a lo largo de la frontera meridional de la reserva india de los Pies Negros, desde el río del Oso hasta las últimas estribaciones orientales de las Montañas Rocosas. Era una inmensa pradera, regada por varios arroyos afluentes del alto Missouri, en la que

pastaban millares de bueyes y caballos, vigilados por una docena de *cow-boys*, y *cattlemen.*

Mr. Greenback vivía la mayor parte del año en Helena, la capital del Estado, de cuyo Congreso era diputado, y pasaba en el rancho algunos días cada mes, que empleaba en recorrer la posesión en un pequeño *buggy*, en compañía de Jim. La única construcción que había en la finca era una casa de madera de dos pisos, habitada por el administrador y su mujer, Jim, su madre y dos mozos de labor. A su alrededor había cuadras, cocheras, gallineros y otras dependencias para animales domésticos, y algunos campos sembrados de patatas y hortalizas para el consumo de los habitantes del rancho. Los *cow-boys* dormían en casetas de madera desmontables que había repartidas por toda la pradera.

Desde los primeros días, se interesó Jim vivamente por el trabajo de los *cow-boys*, tanto que, cuando hubo aprendido a montar bien, a pesar de no tener más que quince años, el administrador, en vista de que había poco trabajo en las cuadras, le dedicó a la vigilancia en el ángulo de la reserva india y del río.

Era su compañero un hombretón fornido, alto y delgado, de unos cincuenta años de edad, de maneras rudas y aspecto duro, que hacía casi feroz una cicatriz rojiza que le cruzaba una me-

jilla, y que le había valido el sobrenombre de «Cara Partida», con el que le llamaba todo el mundo en el rancho. Vestía una blusa roja sujeta con un cinturón de cuero del que pendía una pistola enorme, un pantalón de piel y polainas de cuero que le cubrían casi toda la pierna. Llevaba un sombrero ancho de fieltro gris, y al cuello, un pañuelo rojo.

Apenas se le presentó Jim y le comunicó la orden del administrador, Cara Partida, echando llamas por sus ojos pequeños sin pestañas, e intercalando entre sus palabras un torrente de pintorescos juramentos, le dijo que bastante trabajo tenía él con los indios para que tuviera que cuidar también de aquel mocoso. El muchacho temblaba al oir a aquel energúmeno, temiendo que le descerrajara un tiro, como había oído decir que hacían los hombres de la pradera cuando se enfadaban; pero Cara Partida se limitó a probar la habilidad de Jim como jinete haciéndole montar a pelo un potro que allí cerca pacía atado a una estaca, el cual, apenas sintió el peso sobre su grupa, emprendió veloz carrera, dando enormes saltos y corbetas, e intentando echarse, para arrojar su jinete al suelo. Éste, sin embargo, logró mantenerse firme, y obligó al animal a volver a donde se encontraba el *cow-boy*.

Cara Partida no dijo nada, sino que se limitó a señalar a Jim el cuartel que debía vigilar, cuidando de que el ganado no pasase la raya de la reserva india marcada por una fila de postes de color rojo, y terminó con esta recomendación:

—Y si algún indio se atreve a pisar el rancho, le pegas un tiro en la barriga.

❦ ❦

Pronto se hizo Jim un consumado jinete y aprendió a manejar el lazo con maestría, iniciándose en todos lo trabajos de la vida de *cowboy*, que para él eran una fiesta continua.

Uno de sus mayores placeres era saltar sobre un potro salvaje y galopar furiosamente durante varias horas a través de la pradera sin fin, semejante a un mar de verdosas aguas dormidas, con un horizonte circular perfectamente dibujado. Con estos ejercicios se desarrolló rápidamente, y a los diez y siete años era ya un hombre hecho, que derribaba a un toro al primer golpe de lazo. Galopaba detrás de la res, hacía silbar el lazo sobre su cabeza y en seguida caía el animal pesadamente, con las patas

enredadas en la cuerda sujeta al arzón de la silla. Entonces se apeaba, y el caballo, ya domado para estos menesteres, mantenía tirante el lazo para que el toro no deshiciera el nudo en sus esfuerzos desesperados para ponerse en pie, mientras Jim le aplicaba rápidamente sobre el lomo el hierro del rancho. Soltaba luego el lazo, y la res huía dando saltos y mugiendo ferozmente.

Alguna vez, en unión de otros dos compañeros, guió los rebaños que semanalmente se embarcaban en la estación de Shelby Junction con destino a los grandes mataderos de Chicago y Omaha.

En aquella época no había en Shelby Junction, punto de cruce entre la línea del Great Nothern y el ferrocarril de Calgary a Helena, más edificios que la estación, rodeada de innumerables vías que se cruzaban en todas direcciones, un elevador de granos y un almacén. Detrás había otro edificio, también de madera y de un solo piso: era la posada de Hans el Bávaro, que ostentaba en letras doradas el pomposo nombre de «Gran Hotel Continental».

La sala principal tenía una chimenea, donde siempre ardía un enorme leño, un mostrador lleno de vasos y botellas y tres o cuatro mesas de madera, con unas cuantas sillas alrededor.

Una vez embarcado el ganado y despachado el tren, los *cow-boys* y los dos empleados de la estación solían ir a casa de Hans a beber unas copas de *whisky* y charlar un rato, y a veces solían echar una partida de *poker*.

Hans era un hombre de unos cuarenta años, bajo y gordo, con un pescuezo colorado de toro, que formaba como un collar alrededor de su cabeza pequeña y redonda, completamente rapada. Tenía a su servicio una muchacha escandinava, alta y fuerte, con el pelo rubio, casi blanco, partido en dos largas trenzas. Generalmente, en el Oeste, una mujer sola en medio de la población masculina de las minas y los ranchos es una causa de desorden y de que los hombres anden a tiros por ella; pero esto no podía decirse de Wanda, la cual hablaba indiferentemente con todos los que entraban en la taberna y se dejaba acariciar por cualquiera sus velludos brazos desnudos hasta el hombro, sin manifestar ni en sus breves palabras ni en sus pequeños ojos grises ribeteados de rojo el más leve interés por lo que la rodeaba.

Jim tuvo también que frecuentar la taberna, y aunque su madre le había recomendado que no bebiese *whisky*, ni jugase, las burlas de sus compañeros pudieron más que las recomendaciones maternales.

—¡Por vida del diablo!—vociferaba Cara Partida, rojo de cólera.—¿Dónde se ha visto un *cow-boy* que no beba? ¡Tú, noruega, tráete un litro para este chico!—y hacía beber a Jim, hasta el extremo de que, a la vuelta, el muchacho apenas podía tenerse a caballo.

* *

Una noche, Jim creyó oir un silbido misterioso hacia el lado del río, y salió de la caseta, dejando a Cara Partida profundamente dormido. La noche estaba completamente oscura, y no se distinguía el cielo de la tierra; un viento helado soplaba de las montañas. Jim se puso de rodillas y escuchó un rato con el oído en tierra. En esta posición le sorprendió Cara Partida.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—He oído un silbido.

—¿Hacia dónde?

—A la parte del río.

—¡Rayos y centellas! Son los condenados indios. Nos van a robar los potros nuevos. Hay que cortar la retirada a esos perros. Monta en seguida, pero antes hay que atar unos puñados

de hierba a las patas de nuestros caballos para que no metan ruido.

Así lo hicieron, y salieron a galope hacia el río. A la orilla de éste pararon junto a unos arbustos, y esperaron. Al cabo de un rato, se oyó un silbido lejano, que fué contestado por otro a la espalda de ellos. Se volvieron sobre la grupa, y pudieron ver una sombra humana que se deslizaba a gatas por la arena de la orilla.

Cara Partida disparó su pistola sobre ella, y a los pocos segundos se oyó el golpe de un cuerpo que caía al agua.

—Ya he despachado a ése para el infierno—murmuró el *cow-boy*—a menos de que se haya echado a nadar para despistarnos, pues esos pillos tienen muchas mañas.

Volvió a reinar el silencio, y aunque ambos *cow-boys* contenían la respiración, no se oía otro rumor que el murmullo del viento entre las matas. Por Oriente, el cielo clareaba débilmente. El frío era cada vez mayor.

—Vamos a esperarles a la frontera de la reserva—dijo Cara Partida,—y subieron por la márgen del río hasta el primer poste indicador. Echaron pie a tierra, y ocultándose tras unas retamas gigantes, esperaron.

No tardaron mucho en oir el galope de un caballo, y por la orilla del río apareció un hom-

bre montado. La tenue luz del amanecer no permitía distinguirle bien, y a Jim le pareció que no era indio. Cara Partida disparó sobre él, pero no debió de herirle, pues se le vió volver grupas y emprender veloz galope.

Montaron en seguida para perseguirle, pero al echar a andar pasó otro jinete por medio de la pradera, a unos cuarenta metros del lugar donde estaban, galopando hacia la reserva, en la cual entró saltando la alambrada.

Lo mismo hicieron los *cow-boys,* persiguiéndole a todo correr de sus caballos. Pero el otro llevaba bastante delantera. Cara Partida volvió a disparar, y vieron que el que huía se inclinaba sobre un lado hasta tocar casi el suelo. Le creyeron herido, pero al momento se incorporó sobre su cabalgadura, que no se había detenido.

—Ese demonio es un *comanche* o un *cheyenne*. Sólo ellos saben hurtar así el cuerpo a las balas—gruñó Cara Partida, blasfemando como un condenado.

Jim había conseguido ganar algún terreno sobre el indio, y cuando le creyó a tiro, le echó el lazo, pero falló la suerte. Siguió corriendo, y a la segunda vez consiguió derribar al caballo. El jinete echó a correr como un gamo en dirección a las malezas de la orilla del río, pero Cara Partida, que se había acercado, lanzó su

lazo, y cogiéndole por medio cuerpo, le tiró al suelo, arrastrándole hasta sí.

Se apearon, ataron los pies al caballo, que, en efecto, era uno de los potros nuevos del rancho, y se acercaron al indio, que yacía echado sobre el lado derecho, con los brazos sujetos fuertemente contra el cuerpo por el lazo. Los primeros rayos del sol le iluminaron, y se pudo ver que vestía chaqueta corta con rayas azules, encarnadas y amarillas y pantalón mejicano amarillo, abierto por los lados, con largos flecos encarnados en las aberturas; calzaba mocasines bastos de cuero apenas curtido. Llevaba un lazo arrollado a la cintura, y un pequeño revólver asomaba por un bolso del pantalón. Tenía el pelo negro como la tinta, cortado a media melena y separado en medio de la cabeza por una raya pintada de rojo vivo. Los párpados, teñidos de amarillo, daban a sus ojos negros, de mirar durísimo, una expresión feroz, que aumentaban los tatuajes azules de las sienes y de la frente, y los complicados dibujos negros de los pómulos, que resaltaban sobre la piel rojiza como surcos profundos. La expresión de su rostro anguloso, de poderosos músculos y la anchura de su torso, denotaban una fuerza y una agilidad propias de los animales del desierto.

—¿Cuántos potros habéis robado, hijo de perro?—le gritó Cara Partida.

El indio no pareció haber oído siquiera. No se movió ni un músculo de su cara, y sus ojos permanecieron fijos en un punto lejano de la pradera.

—¿No has oído?—vociferó el *cow-boy*, exasperado por la impasibilidad del salvaje.—¡Contesta o te abraso la sesera!—añadió, colocando el cañón de su enorme pistola sobre la frente del indio.

Pero éste no pareció darse por enterado, mirando fijamente el horizonte. Jim creyó ver en sus negros ojos un relámpago de esperanza, y se volvió. A lo lejos divisó dos jinetes vestidos de azul, que se acercaban a todo galope, y llamó la atención de su compañero sobre ellos.

—¡Mil demonios!—exclamo éste.—¡Una pareja de regulares! Ya podemos trotar, si no queremos ir a parar a los calabozos del fuerte. ¡Arrea!

Desataron al indio que, sin decir nada, se puso en pie y echó a correr hacia el río, desapareciendo entre las matas de la orilla; montaron, y llevando del ramal al potro, emprendieron veloz carrera hacia el rancho.

Un día de los últimos de Marzo se hallaban reunidos en casa de Hans el Bávaro, Jim y dos *cow-boys* de su rancho, el jefe y el factor de la estación, rodeando a un individuo de unos sesenta años, con un gran bigote gris, traje militar azul y botas de montar, al que escuchaban con gran atención.

—Coronel, otro trago—interrumpió el jefe de estación dándole un vaso lleno de *whisky*.

El interpelado lo tomó, apurólo de un sorbo, colocó los pies sobre el respaldo de una silla, lanzó una enorme bocanada de humo de su pipa y continuó hablando.

—Terminada la guerra civil, ascendí a oficial y fuí destinado a las fuerzas que operaban en el Colorado contra los indios. Desde entonces hasta hace pocos años, he pasado mi vida de fuerte en fuerte, recorriendo todo el Oeste, desde el Canadá hasta el río Grande y desde el Pacífico hasta el Mississipí, y he ganado mis grados combatiendo con todas las tribus de pieles rojas que hay en ambas vertientes de las Montañas Rocosas: los *osajes* y *pauníes*, de cráneo afeitado; los *quiovas*, *comanches* y *apaches*, de negras melenas; los *hopis*, de cabeza aplastada; los *navajos*, astutos y traidores; los *aricaras, toncavas* y *caus*, guerreros valientes; los *pies negros*, los *haidas* y otros muchos.

—¿Y no fué Vd. herido alguna vez?—preguntó Jim, a quien interesaba vivamente el relato del coronel.

—Muchas—respondió éste;—tengo el cuerpo lleno de cicatrices, pero no he sufrido ninguna herida grave. La flecha, la lanza y el tomahac, no son armas peligrosas. Lo importante con los indios es salvar la cabellera, y a mí no me ha tocado el escalpelo, que tantas víctimas ha causado en el ejército del Oeste. Hoy ya se acabó todo eso. Los regulares ya no combaten a los *siux* o los *comanches*, sino que los protegen en sus reservas contra los blancos. Ha terminado el período heroico del ejército americano, y al retirarme yo, desaparece de sus filas una de las primeras figuras de las guerras indias.

Al llegar aquí, el coronel se detuvo para ver el efecto que habían hecho sus últimas palabras en sus oyentes, y arrellanándose en la silla, lanzó hacia el techo unas cuantas bocanadas de humo.

—Wanda, una ronda—gritó uno de los *cowboys*.

La noruega llenó los vasos y todos bebieron en silencio.

—Usted, coronel—dijo el factor limpiándose los labios con la manga—habrá viajado mucho. Habrá visto usted Nueva York.

—Ya lo creo, y Boston, y Chicago, y la capital federal. Precisamente estuve en la segunda inauguración presidencial del general Grant... Un gran soldado aquél, pero mal político... Los soldados americanos viajan mucho, y ahora más que antes; recorren todo el país de océano a océano y de frontera a frontera, y ganan una magnífica soldada. Además, comen bien y tienen excelentes edificios, que no se parecen en nada a los cuarteles de madera de mi juventud y a los fuertes de las guerras indias. Indudablemente la profesión de las armas es un aprendizaje utilísimo para todo joven que desee tener éxito en la vida.

—Coronel—dijo uno de los *cow-boys*—habla usted como un agente reclutador del ejército.

—Pues no lo soy. Sólo digo la verdad: el ejército americano es el mejor ejército del mundo, porque es una reunión voluntaria de hombres libres que desean servir a su patria, y no una multitud armada sometida al capricho de un rey o de un gobierno tiránico, como en las caducas naciones europeas. Está formado por profesionales que tienen amor a su oficio y a su país, y por eso ha realizado grandes proezas: primero, para libertar el suelo nacional; luego, para extenderle y hacerle habitable para el hombre civilizado, y últimamente, para dar a

los Estados Unidos el puesto que les corresponde en el mundo. Y el día de mañana, cuando los americanos seamos doscientos millones, es posible que nuestro ejército tenga que buscar nuevos países para el excedente de nuestra población, aunque para ello tenga que acabar con las corrompidas tiranías del mundo antiguo.

—¡Bravo, coronel!—gritaron todos los oyentes a coro—. ¡Hip, hip, América!—, terminando sus exclamaciones de entusiasmo con una ronda de *whisky*.

* *

—Pero, hijo ¿cómo has hecho eso?—decía a Jim su madre, algunos meses después de la escena anterior—. ¿No sabes que la deserción tiene un castigo muy grave?

—De sobra lo sé. Por eso esta misma noche salgo para Helena. Yo me había enganchado para dos años, seducido por las palabras del coronel de quien te hablé, pero la vida militar, por lo menos en el Yellowstone, es muy distinta de como yo me la figuraba. Nada de viajes, nada de diversiones, fuera del juego en las largas horas de guardia. Y el trabajo, a pesar de las atenciones de los jefes, que tratan a los sol-

dados como compañeros, es desagradable y penoso: o construir caminos en las montañas, o vigilar los *gerseys*, las fuentes termales y otros lugares del parque, para que no los estropeen los turistas, gente soez en su mayoría, que pretende tratar a los soldados como si fueran sus criados.

—Si no te gustaba tu ocupación podías haber pedido el traslado a otro punto.

—Lo pedí, y me ofrecieron una plaza en el fuerte Riley, un puesto aislado en las praderas del Colorado, pero eso es peor que el Parque nacional. Además, tengo un proyecto que me va a dar mucho dinero. Poseo el secreto del emplazamiento de un rico filón de cuarzo aurífero en el Estado de Wyoming, y voy a buscarlo.

—¡Ay, hijo! No te dejes engañar por los buscadores de oro. Hay en todo el Oeste, multitud de personas que venden esos secretos a los incautos, quienes se arruinan cavando pozos y más pozos sin conseguir nada.

—No, mamá. Ya sé que hay muchos fracasos, pero hay también muchos *prospectors* que han hecho grandes fortunas con el oro, gentes que se internaron montaña adentro, con un pico y un revólver, y que hoy tienen un palacio en la Quinta Avenida y pasean en automóvil por las playas de California. Yo me he propuesto ser

rico, para que tú puedas vivir con comodidades y no tengas que trabajar.

—Bueno, haz lo que quieras. No trato de disuadirte de tu empeño, para que nunca puedas culpar a tu madre de ser una rémora para tus proyectos de mejora. Sólo te recomiendo que tengas mucho cuidado con tus compañeros, pues ya sabes que en las poblaciones mineras se encuentran gentes poco recomendables. Sobre todo, huye del juego y de la bebida.

* *

Hyattville es una pequeña población minera situada a 2.750 metros de altura en las montañas de Wasatch, que separan los Estados de Wyoming y Utah. Consiste en una calle principal sin urbanizar, con una pronunciada pendiente y aceras de madera, a lo largo de las cuales se alinean tiendas de un solo piso, tabernas y bazares, y pequeñas casas familiares de madera, donde viven los obreros que trabajan en la cercana mina de Hellridge.

Jim y su compañero e instigador de deserción, Dick Herring, fueron admitidos en seguida como cargadores con el jornal de tres dólares

y medio diarios. La mina estaba situada a una altura de 3.750 metros, a la cual se subía por un estrecho camino tortuoso trazado a través de los pinos que cubrían las faldas de la montaña.

El trabajo de los cargadores consistía en cargar el mineral en unos grandes cuévanos de cinc que corrían por un hilo aéreo hasta el molino, situado en otra ladera, cerca de mil metros más abajo. Cada cuarto de hora salía de la boca de la mina, que se destacaba violentamente sobre la nieve en la montaña, una pequeña locomotora eléctrica arrastrando veinte vagonetas de mineral, que se descargaban sobre una plataforma de madera cubierta con un tejadillo, en la cual estaban los cargadores. Al otro lado de la plataforma pasaba el cable aéreo, del cual estaban suspendidos los cuévanos, los que, una vez cargados, se dejaban deslizar vertiginosamente hasta el molino, donde, después de descargarlos, los hacían subir lentamente por otro cable paralelo.

El trabajo no era excesivo, pero el enrarecimiento del aire a aquella altura hacía todo esfuerzo muy penoso, sobre todo para hombres del llano, como Jim. A las pocas semanas, habiéndose fijado en él el capataz del molino, se le llevó a éste, encargándole del cuidado de los

alambiques donde se evaporaba el mercurio; ganaba allí un salario de cuatro dólares y un tanto por ciento sobre las economías de material y el exceso de producción, sobre un límite determinado.

Sometiéndose a toda clase de privaciones y trabajando hasta el extremo de sus fuerzas, consiguieron ambos amigos reunir a la llegada del verano cerca de 300 dólares, con los cuales decidieron poner en práctica su proyecto. Adquirieron un caballo, una tienda de campaña, algunas herramientas para picar las rocas y provisiones suficientes para varias semanas, y una mañana de fines de Junio salieron en dirección Norte, hacia el lugar vagamente determinado donde, según había oído Dick, se encontraba un filón riquísimo, abandonado desde hacía muchos años.



Los primeros días recorrieron un terreno poco accidentado, cubierto de una espesa capa de tierra roja y sembrado de escasos pinos. Mientras duraba la luz del sol examinaban a izquierda y derecha de su camino todos los lugares donde se veía la roca, golpeando ésta con

el martillo y partiéndola con el pico, para buscar trazas del codiciado metal. Por la noche acampaban en un lugar resguardado del viento, — pues aún hacía mucho frío y se veían grandes manchones de nieve entre las rocas, — y establecían turnos de vigilancia, para defenderse, no sólo de los lobos o de los osos, sino de algún merodeador, que no falta en verano por los alrededores de los yacimientos.

Su exploración era muy lenta, y había días en que apenas recorrían un kilómetro, pues la roca gris con manchas de cuarzo, que es la que suele contener partículas auríferas, abundaba mucho en aquellas montañas, y era necesario desmoronar todas las rocas, para ver si brillaba el metal en alguna quebradura. Así pasaron cerca de un mes, no consiguiendo reunir más que tres muestras, cuyo emplazamiento anotaron cuidadosamente, en dos de las cuales había pajillas de plata y en la tercera unas partículas amarillas casi invisibles.

Ante tan mal resultado, Dick hablaba ya de abandonar la empresa y cambiar de oficio, yéndose a trabajar a San Francisco, y sus palabras comenzaban a desanimar a Jim, que aún esperaba hallar el filón amarillo a flor de tierra.

Pero una noche, Dick presentó a Jim el dilema: o se volvían los dos a la ciudad, o él se re-

tiraba disolviendo la sociedad, y por lo cual tendría que darle la mitad de los bienes comunes. Jim hizo grandes esfuerzos para infundir confianza a su amigo; precisamente entraban ya en un terreno más alto, donde seguramente habían de encontrar algo de un día para otro; además, otros habían tenido éxito; ¿por qué ellos no?; pero no logró convencerle, y a la mañana siguiente tuvo que entregarle todo el dinero que les quedaba, 75 dólares, como equivalente del caballo y demás enseres con que se quedaba él. Vióle, con gran sentimiento, despedirse y bajar rápidamente por la ladera, y durante un minuto, vaciló entre quedarse o reunirse con él, abandonando la desagradable empresa; pero cuando su compañero hubo desaparecido tras unas rocas, empuñó el martillo y recomenzó la monótona tarea de golpear las piedras.

Durante dos semanas, no halló nada, y esto volvió a hacerle dudar del éxito, tanto más al ver que apenas le quedaban víveres para seis días. Tomó una resolución heróica: reduciría su ración a la mitad, y, en los doce días que todavía le habían de durar las provisiones, no descansaría ni un minuto desde el amanecer hasta la noche; después de ese tiempo, volvería a Hyattsville y pediría trabajo en la mina.

Pasaron otros diez días sin encontrar nada, y

Jim se acostó decidido a abandonar el monte y empezar al día siguiente el regreso; pero al emprender la marcha y dar el último golpe sobre la roca a cuyo resguardo había dormido, vió brillar varias pajuelas en el corte del cuarzo.

Le dió un vuelco el corazón y le abandonaron las fuerzas, dejando caer el martillo. Cuando se repuso, siguió quebrando la roca y pudo observar que el filón, que era muy ancho, tenía muy poca inclinación, lo cual permitía trabajarlo sin gran gasto. Recogió varias muestras y apuntó cuidadosamente en un papel todos los detalles del emplazamiento, la orientación del filón, su forma, anchura y aspecto, y por último, lo cubrió con tierra y piedras, para ocultarlo a la vista de otros buscadores.

Después de esto, tuvo que descansar, pues el exceso de trabajo y la escasez de alimentación le habían reducido a un estado de gran debilidad. Media hora después montó a caballo y emprendió el viaje de regreso.

❧ ❧

Apenas llegado a Hyattsville, Jim entró en una taberna para comer. Como no tenía un cen-

tavo, entregó al dueño parte de sus herramientas en pago, y éste le compró las demás por unos pocos dólares.

Por dos de éstos obtuvo del *ensayista* de la localidad un análisis de las muestras, que contenían una gran proporción de oro, y el mismo día se fué a la capital del condado a denunciar el terreno donde encontró el filón, obteniendo a su nombre un certificado de propiedad de un millar de metros cuadrados alrededor de aquél.

Cuando Jim se encontró con este título en el bolsillo se creyó rico; ya había logrado la fortuna que tanto deseaba; ya podría viajar, divertirse, ir a Nueva York y a las playas de moda, darse *good time.* Pero estas ilusiones desaparecieron pronto ante la realidad. Era dueño de una mina, que acaso valiera muchos millones de dólares, pero estaban sepultados bajo tierra y el extraerlos y hacerlos valer costaba mucho dinero, requería grandes capitales que él no poseía.

Absorto en estos pensamientos recorría la calle principal de la ciudad, cuando llamaron su atención unos trozos de cuarzo aurífero que brillaban tras una vitrina, y que a él le parecieron contener menos oro que su filón. Sobre la puerta, con letras doradas había un letrero que decía: «Abb Johnson, agente de minas».

Jim entró, y acercándose al agente que examinaba unas piedras con una enorme lupa, le enseñó una de las muestras que llevaba en el bolsillo. El agente la cogió, y al verla, Jim pudo observar que sus ojos brillaron como las pajuelas doradas de la piedra.

—Excelente cuarzo—murmuró, dándole vueltas.—¿Tiene Vd. el certificado de la concesión?

Jim le entregó el documento pedido, que el agente leyó detenidamente, mientras murmuraba:

—Hem... muy lejos... malas comunicaciones... terreno muy alto... mal negocio...

—Quiero explotarle yo mismo—manifestó Jim con firmeza.—¿Puede Vd. concederme un préstamo con garantía de la mina?

Al oir esto, el agente miró a Jim de alto abajo, por encima de sus gafas.

—¡Pero joven!—le dijo,—¿sabe Vd. lo que es una explotación minera? A veces el filón, en vez de seguir la curva habitual, toma una dirección caprichosa, y en estas montañas es muy común la intermitencia. De pronto desaparece la vena y para encontrarla no sirven los cálculos de los ingenieros, sino que hay que cavar en todas direcciones. Y esto es muy caro; a 42 dólares el pie cuesta ahora la excavación del túnel, y a esto hay que añadir el coste del arras-

tre y de la reducción del mineral. Usted, aunque tuviera dinero suficiente, como no tiene bastante experiencia del negocio, se arruinará en seguida. Por eso yo le aconsejo que venda la concesión y se embolse ahora mismo el dinero. Es lo que más le conviene.

El minero pensó un momento y preguntó:

—¿Cuánto me da usted por la cesión del filón?

—Pues, teniendo en cuenta la proporción de oro y la extensión de la concesión, le daría a Vd. en el acto 5.000 dólares.

—Eso es muy poco. Seguramente la mina producirá muchísimo más en lo que queda de año. No me conviene.

—Pues entonces, explótela Vd. mismo, o si no haga Vd. un túnel de aproche de 50 o 60 metros, y entonces se podrá hacer la valoración aproximada del filón. No crea Vd. que todo consiste en descubrir la vena, ¡eso no es nada! lo importante es saber la forma, extensión y dirección de la veta. ¿Quiere Vd. los 5.000 dólares ahora mismo?

Jim dudó un rato.

—¿Y tendré alguna participación en el rendimiento?—preguntó.

—Nada. Yo le compro a Vd. todos sus derechos de posesión. Otra clase de contrato exigiría que Vd. hiciera la valoración de la mina.

El joven vió que no le quedaba más recurso que aceptar los 5.000 dólares, y así lo hizo, yendo con el agente a formalizar la venta ante un notario.

Cuando salió a la calle, Jim se creyó el ciudadano más rico de los Estados Unidos. Tenía cinco billetes de 1.000 dólares, y oprimía con la mano el bolsillo, temeroso de que se los robaran. Multitud de proyectos surgían en su mente. Al fin iba a realizar sus sueños dorados: iría a Nueva York con su madre, se compraría un automóvil y recorrería con él todos los Estados de la Unión; después iría a Europa, a Londres y París, a París sobre todo, donde la vida es una serie continua de placeres.

Pensó escribir a su madre, comunicándole la noticia, y para hacerlo, entró en una taberna.

❦ ❦

Semejante a todas las de las poblaciones mineras del Oeste, la taberna, situada en una esquina de la calle principal, era una sala de madera, con mesas y sillas de lo mismo. La concurrencia era muy variada: alrededor de una larga mesa había sentados unos cuantos hombres,

que jugaban al *poker* dando grandes voces, y detrás de ellos, tres o cuatro más y dos mujeres, de las que nunca faltan en las casas de juego, seguían de pie las peripecias de la partida. Dos *cow-boys* hablaban con el tabernero, de pie ante el mostrador, y algunas mesas estaban ocupadas por bebedores que charlaban animadamente.

Apenas entró Jim, se le acercó un individuo, vestido con traje gris de americana y sombrero de paja, y después de presentarse como corredor de terrenos, le ofreció la compra de unos situados en el mejor barrio de la ciudad, perfectamente urbanizado, con luz eléctrica, agua y una línea de tranvías en construcción.

Al llegar a este punto, un joven que estaba sentado ante una mesa, le interrumpió diciendo:

—Esa línea no funcionará nunca; cuando estén vendidos todos los lotes, se llevarán las vías a otro barrio, para estimular la venta. No se deje engañar, joven.

—No le haga usted caso—replicó el corredor;—es un especulador arruinado. Lo que dice no es cierto. Puede usted convencerse por sí mismo. Es la mejor oportunidad que hay en toda América para invertir ventajosamente el dinero. Le ofrezco a usted dos lotes a un precio

ridículamente bajo. Hará usted un buen negocio. Más del 75 por 100.

Jim rechazó los ofrecimientos del corredor, y cuando logró librarse de él, con un fuerte empellón que le derribó sobre una mesa, se acercó a los jugadores.

Estos eran mineros, y en vez de dinero jugaban pepitas de oro, que pesaban en una pequeña balanza colocada en medio de la mesa. Cada uno de ellos tenía al alcance de su mano una pequeña bolsa mugrienta, de donde sacaba el oro.

—Muy flaca tienes la bolsa, Mormón.

El interpelado, un hombre de mediana edad, de color aceitunado y con un largo bigote que se agitaba continuamente, arrojó por un colmillo un chorro negruzco de jugo de tabaco, y murmuró con voz cavernosa:

—Pero tengo papel—y arrojó sobre la mesa un fajo de billetes. Sacó luego un rollo de tabaco prensado, y con un enorme cuchillo cortó un pedazo, que se puso a mascar con fruición, escupiendo de vez en cuando una saliva parduzca.

—Tú sales, Rip. ¿En qué diablos piensas?

Continuó la partida muy animada, interrumpida de vez en cuando para echar una ronda de aguardiente, y poco a poco los jugadores se

fueron excitando, comenzando a hablar a gritos, con grandes ademanes y tremendos puñetazos sobre la mesa, que hacían chocar entre sí las botellas.

Jim se fijó en las mujeres que rondaban detrás de los jugadores, atentas al juego: una de ellas era mulata, casi blanca, con las facciones poco pronunciadas y unos ojos negros muy rasgados; vestía un traje color de rosa claro y un sombrero de paja adornado con enormes flores azules. La otra parecía mejicana, por su cuerpo pequeño y menudo, su color tostado y el brillo de sus ojos sombreados por largas pestañas.

—¡Tú, el Rojo, voto a Satanás, que haces trampas!—gritó el Mormón, dando un golpe sobre la mesa.

—¡Mientes, que tenía el as!

—¡Qué demonio vas a tener tú el as, si había salido ya! ¡Esa pepita es mía!—Y el Mormón tendió la mano hacia la balanza, en uno de cuyos platillos brillaba una pepita de media onza.

Se armó un escándalo tremendo. Todos vociferaban, puestos en pie, y las mujeres chillaban corriendo de un lado a otro, mientras el Mormón gritaba: «¡Esto es un robo! ¡Me quitan lo mío!»

Se oyó una detonación y se hizo el silencio. El Mormón había disparado sobre el Rojo, pero

éste se inclinó y la bala fué a incrustarse en el mostrador; en seguida, incorporándose, disparó a su vez, pero tampoco hizo blanco.

Acudió el tabernero corriendo, y a empellones echó a la calle a los dos.

Cuando se disipó el humo de los disparos, se había reanudado la partida, y Jim, inconscientemente, siguiendo la costumbre aprendida en casa de Hans el Bávaro, ocupó el sitio del Rojo, y comenzó a jugar.

Empezó ganando, y las pepitas de todos tamaños iban formando un montoncito a su izquierda, en vista de lo cual las dos mujeres se le iban acercando, con su mejor sonrisa en los labios y gestos de gatas zalameras. La mulata le echó un brazo al cuello y comenzó a murmurarle palabras cariñosas al oído, mientras la mejicana había conseguido sentarse sobre su rodilla izquierda y lanzaba ardientes miradas a las pepitas.

Jim se dejaba querer, y seguía jugando ávidamente, limitándose a acariciar de cuando en cuando los morenos brazos de la una o las mejillas pintadas de la otra.

—¿Cómo te llamas?—preguntó distraídamente a la mejicana.

—Guadalupe, señor. Aquí me llaman Lupi, la Mejicana—respondió con voz melosa y un mar-

cado acento español. Luego continuó:—Yo le quiero a usted mucho; es usted un buen muchacho y me dará estas dos pepitas tan igualitas para unos pendientes;—y mientras decía esto cogía dos pepitas y se las guardaba en el pecho.

Jim la dejaba hacer, atento sólo al juego. Pero la mestiza vió el manejo de Lupi, y comenzó a gemir como si sufriera un dolor intenso.

—Y para Aminta ¿no haber nada? Yo quererle a usted mucho, mucho—decía entre sollozos.

Jim la dió una pepita para que se callara.

—¡Qué suerte tienes, amigo!—le dijo uno de los jugadores, un gigante rubio, de ojos azules, que no dejaba un segundo de mascar tabaco—. Tú has jugado mucho, ¿verdad?

A la siguiente baraja, Jim empezó a perder, y pronto desaparecieron todas las pepitas de su lado. Para llamar la suerte se bebió dos vasos seguidos de *whisky* y sacó los 5.000 dólares que constituían su fortuna, al ver los cuales todos los presentes expresaron su admiración con interjecciones y comentarios: «¡Atiza! ¡Vaya un gato! ¡Buena herencia! ¿Alguna mina, eh?»

—Desde que yo operaba sobre las diligencias entre San Francisco y Sacramento, y ya hace

tiempo de eso, no había vuelto a ver tanto papel junto, ¡reconcho!—observó un hombre con aspecto de bandido y una cicatriz en la barba.

—¡Ea, a ver quién se lo lleva!—dijo Jim con aire de desafío, y se reanudó el juego.

Jim seguía perdiendo, y a cada mala jugada lanzaba un juramento y bebía un vaso de aguardiente. Aminta se separó poco a poco de él y se acercó al gigante rubio, a quien la suerte favorecía, y Lupi aprovechó el comienzo de una nueva baraja para hacer lo mismo. Jim no hizo caso y seguía bebiendo y jugando como un autómata.

Cuando desapareció de su lado el último billete, se levantó, y sin decir nada salió a la calle, mientras los demás celebraban su derrota con grandes risotadas y cuchufletas.

Echó a andar dando traspiés; los ojos le ardían y sentía náuseas en el estómago. Los transeuntes le miraban sonriéndose. Así anduvo mucho tiempo.

* *

Cuando se dió cuenta de sus actos, estaba tendido en una pequeña pradera en las afueras

de la ciudad. Se puso en pie, y entonces se hizo cargo de su situación: estaba completamente arruinado, sin un centavo en los bolsillos, él, que poco antes tenía una fortuna.

Instintivamente echó mano al revólver. ¿No sería aquello una solución? Pero no; tenía veintiún años; le quedaba toda una vida por delante. Si había perdido una fortuna, no era ello motivo para apurarse, pues sólo indicaba que la había ganado, y que, por lo tanto, podría ganar otra si quisiera.

Y quería, ¡vaya si quería! Con la energía propia de los hombres de su raza voluntariosa, confiando firmemente en que el triunfo corona siempre el esfuerzo perseverante, irguió la frente, y con la sonrisa en los labios se dirigió a la ciudad, dispuesto a hallar un empleo aquella misma tarde.

Trabajaría durante el invierno, reuniría un capitalito, y al verano subiría a la montaña en busca de otro filón, y volvería a ser rico.

Diez años después, Jim el *cow-boy* se codeaba con los millonarios en los restaurantes de la Quinta Avenida, dando el brazo a una encantadora joven rubia, en cuyo blanquísimo escote un magnífico collar de oro atraía las miradas envidiosas de las mujeres.

Los hijos del cielo

Conocía perfectamente San Francisco: había paseado por sus calles, que se cortan en ángulo recto como en todas las ciudades americanas, y recorrido en rápidos funiculares las empinadas calles construídas en las colinas. Había pasado largas horas contemplando la inmensa bahía rodeada de montañas y el majestuoso océano Pacífico, en cuyas aguas se sumerge el sol poniente, y entreteniéndome con los movimientos de las focas al pie del acantilado, entre las rocas bajas. Centenares de estos anfibios permanecen allí largas horas tendidos unos sobre otros, en grandes montones viscosos que brillan al sol y balancean continuamente sus pequeñas cabezas felinas, lanzando ladridos estridentes; a la menor alarma se agitan torpemente y se arrastran dando tumbos sobre las rocas, lan-

zándose con presteza al agua espumosa, mientras las gaviotas y otras aves marinas revolotean sobre ellos. Largas horas había pasado en el parque maravilloso de Golden Gate, en medio de una vegetación tropical, donde pastan en verdes praderas los últimos búfalos, y en el Presidio, donde se hallan las obras de defensa de la rada, y en cuyas verdes terrazas están emplazados los enormes cañones que apuntan con sus bocas a las entradas del puerto.

Me había paseado de ocho a diez de la noche por la calle Kearney, confundido entre la muchedumbre lujosamente ataviada que circula por las amplias aceras iluminadas por las luces de los escaparates, ligeramente veladas por la niebla.

San Francisco se parece a tantas otras ciudades americanas diseminadas entre el Atlántico y el Pacífico, con la ventaja de un clima primaveral y un hermoso cielo azul, pero posee un detalle típico que no se encuentra en toda América, y es el barrio chino, situado en el centro de la ciudad, entre la Pacific Avenue, bordeada de lujosas residencias de millonarios, y Market Street, la gran vía comercial, en cuyos rascacielos de 20 y 30 pisos se concentra la administración de los negocios del Oeste.

El aspecto de las empinadas calles, con las

casas bajas de fachadas multicolores y tejados de voladizo, con grandes toldos y enormes letreros rojos y verdes con inscripciones verticales de gruesos caracteres negros, recuerdan las de Canton o Shangai. Por las aceras, llenas de papeles viejos y de toda clase de detritus, circula una multitud de hombres pequeños, con largas trenzas negras que salen de los sombreros de fieltro; hombres vestidos a la europea, o bien con blusas negras de lustrina, anchos pantalones cortos, amarillos, rojos o verdes, y los pies calzados de zapatos puntiagudos con gruesas suelas. Las aceras están en su mayor parte obstruídas por grandes puestos de piltrafas sanguinolentas, de despojos de aves, de pescados averiados, de frutas polvorientas, de cañas de azúcar, que los chinos consumen en grandes cantidades, y de multitud de productos alimenticios, de aspecto repulsivo, y de los cuales se desprende un insoportable olor de podredumbre. Por medio de la calle, cubierta de un barro infecto, circulan pequeños carros tirados por borricos o por colíes, que trotan como caballos, y entre ellos, manadas de perros hambrientos rebuscan entre los muladares algún hueso que roer. A través de las ventanas de las tiendas se ven peluqueros que afeitan meticulosamente los cráneos amarillentos de los parroquianos;

ceramistas pintando dragones de colores vivos en panzudas jarras; planchadores, boticarios, sastres, dedicados cada uno a las faenas de su oficio, en estrechos locales sucios y destartalados.

❧ ❧

Estos espectáculos de una ciudad oriental transplantada en medio de una población americana recién construída, despertaron en mí la curiosidad de conocer más a fondo las costumbres de estos corrompidos orientales, de visitar los fumaderos de opio, las salas de té y de juego y otros antros del vicio, que se ocultan en los pisos subterráneos de las casas. Es una costumbre muy general en el barrio chino de San Francisco construir las casas con uno o dos pisos de alzada y tres o cuatro subterráneos, donde suelen refugiarse los fumadores de opio perseguidos por la policía.

Cuantos conocían mi deseo habían tratado de disuadirme de él, diciéndome que era muy peligroso aventurarse sin protección en aquellos antros nocturnos, donde se juntan los peores criminales de la ciudad y en los cuales hay a diario tiros y cuchilladas. Esto me hizo refle-

xionar algo, pero la prudencia fué vencida por mi ardiente deseo de viajero curioso, y una noche, a eso de las diez, me vestí con mi peor traje para no llamar la atención, me eché un revólver en el bolsillo y entré resueltamente por una de las bocacalles de Market Street.

Bajo el brillo amortiguado de las lámparas eléctricas, la animación era aún mayor que durante el día. Una multitud compacta circulaba rápidamente por las calles y entraba y salía de los cafés y casas de juego, cuyas mamparas verdes o rojas, con celosías, se abrían y cerraban sin cesar. A las puertas de las casas, las mujeres hacían grandes hogueras de papeles donde quemaban las basuras y de ellas se desprendía un denso humo negro, de olor hediondo, que inundaba la atmósfera.

Entré en una sala de té, bastante parecida a los cafés europeos, con divanes de madera a lo largo de las paredes y mesas de mármol rodeadas de taburetes de madera. En el aire flotaba un olor de humo de opio frío. Al ver al lado del mostrador una puerta pequeña cubierta con una esterilla y por la cual se deslizaban furtivamente algunos parroquianos, pensé que sería la entrada del fumadero, y levantando la esterilla, entré.

Había un estrecho pasillo, negro y sucio, débilmente iluminado al extremo por un mechero de gas, y seguí por él hasta llegar a una escalera de mugrientos peldaños, por la cual bajé a otro pasillo igual que el superior. En la pared de la izquierda había varios huecos apenas cubiertos por cortinas amarillentas, llenas de manchas.

Descorrí con precaución una de éllas, y una bocanada de aire caliente, hediondo, irrespirable, en el que se mezclaban el olor del opio, de la humedad y del sudor humano, me dió en el rostro, haciéndome retroceder. Apoyado en la pared de enfrente permanecí un minuto mirando el cuchitril que había descubierto. Cuando mis ojos se acomodaron a la semioscuridad, pude distinguir que había tres literas, como en los camarotes de los barcos, y que las tres estaban ocupadas. De la segunda pendía una larga coleta negra que llegaba hasta el suelo. Envueltos en mantas, con la cara hacia la pared, sobre las colchonetas medio deshechas, dormían los fumadores el sueño del opio, sumergidos en los placeres de los cielos artificiales. La pared mugrienta del fondo, de la que pendían pingajos sucios y rotos, estaba constelada de multitud de chinches que se movían lentamente, por entre las cuales pasaban rápidamente enormes cu-

carachas brillantes, mientras de los rincones pendían largas telarañas empolvadas. En el borde de la litera superior, grandes cucarachas enderezaban la cabeza y las patas delanteras, produciendo un chasquido desagradable al balancearse de un lado a otro. El espectáculo era tan repugnante, que comencé a sentír náuseas y a arrepentirme de mi correría.

Entonces oí pasos por la escalera, y apareció un chino vestido a la europea con un delantal blanco, y que me pareció el camarero de la casa de té. Se acercó a mí, y saludándome con grandes zalemas y ademanes de sumisión, me pidió la *cumshaw* (propina). Le dí una moneda de plata, y esto le desató la lengua, prorrumpiendo en un torrente de palabras de agradecimiento.

—Aquí tiene el señor — dijo luego — uno de los más antiguos fumadores de opio de toda América. ¡Eh, Chan-Saw-Lee! — añadió, agitando violentamente al ocupante de la litera superior —. Aquí hay un señor que quiere verte.

El interpelado se movió lentamente, e inmediatamente un ejército de cucarachas corrió por la pared hacia arriba. Al volverse hacia nosotros, quedé aterrado al ver aquella cabeza que parecía completamente una calavera. No tenía un pelo en todo el cráneo, ni un diente en

la horrible boca que le llegaba de oreja a oreja y de la cual manaba una baba verdosa; los ojos, profundamente hundidos en las órbitas casi cerradas por los pómulos prominentes, miraban sin ver, sumergidos todavía en el éxtasis narcótico; todos los huesos de las mandíbulas y del cráneo se señalaban en la piel amarillenta y brillante como un marfil viejo.

Cuando se hubo sentado y encorvado profundamente para no tropezar con la cabeza en la litera de arriba, extendió una mano que parecía de un esqueleto, pues la piel seca se ajustaba perfectamente a los huesos, y cogió de encima de la cama un tubo de bambú con un pequeño depósito a un extremo, en el cual echó una bolita negra que sacó del bolsillo. El camarero encendió una cerilla de madera larga y la aplicó al depósito, mientras Chan-Saw-Lee sorbía por el tubo, con unas muecas horribles que transformaban toda su cara. Para aspirar el humo, abría todo lo que podía la boca y todo su cuerpo se contraía con el esfuerzo exigido a sus pulmones, medio deshechos por la terrible droga.

El espectáculo de aquel desgraciado era realmente repugnante; yo le contemplaba con intenso horror y al mismo tiempo con compasión. A los dos minutos sus ojos se cerraron,

dejó caer la pipa y se tendió otra vez, presa de nuevo del éxtasis opiaceo.

Me dirigí a la escalera para salir al exterior, pues el aire nauseabundo me ahogaba y aquel espectáculo me había revuelto el estómago. El camarero había desaparecido. Ya ponía el pie en el primer escalón, cuando se me ocurrió bajar a los pisos inferiores, pues no debía irme sin ver todo lo que había en aquel antro.

Bajé, pues, otro piso, lleno también de nichos de fumadores, y luego otro, encontrándome ante una puerta entornada. Detrás se oía de cuando en cuando un murmullo de voces, alternado con largos silencios, interrumpidos por el golpe suave de los naipes sobre la mesa. Debía de ser aquella habitación una sala de juego.

Abrí la puerta y entré. No me había equivocado: alrededor de una pequeña mesa había tres chinos sentados jugando al *poker* y otros tres, en pie, contemplaban el juego. La habitación era muy reducida, alumbrada por un pequeño mechero de gas, cuya luz apenas lograba atravesar la densa humareda de tabaco que llenaba el local. El calor era asfixiante.

Me acerqué al grupo y nadie se fijó en mí, ni notó mi presencia. Asomándome por encima del hombro de uno de los espectadores, observé a los que jugaban. Eran dos chinos pequeños,

de un color aceitunado rojizo, que denotaba su procedencia meridional, con largas coletas brillantes asomando bajo sus sombreros de fieltro. Uno vestía larga blusa amarilla de mangas anchas, y el otro un traje gris de americana. Jugaban rápidamente, arrojando mecánicamente las cartas sobre la mesa y sin decir una palabra. La rapidez de sus movimientos me impedía enterarme de quién ganaba, pero pronto averigüé que el que perdía lo expresaba por medio de un maullido prolongado. Los espectadores cambiaban entre sí algunas palabras en chino, comentando las peripecias del juego.

De pronto, surgió una disputa entre los jugadores, y en ella intervinieron todos los presentes, cambiando entre sí apóstrofes y amenazas. Uno de los jugadores extendió la mano hacia una bolsa con dinero que el otro tenía a su lado sobre la mesa, pero en el mismo instante brilló un cuchillo en la mano de su contrincante, se oyó un grito de dolor, y el primero quedó tendido sobre la mesa.

Derribando los bancos, se lanzaron todos los presentes hacia la puerta, y tropezando en mí, me arrojaron al suelo. En un abrir y cerrar de ojos me quedé solo con el herido, que tosía penosamente, con una tos que hacía daño oir.

Me levanté y ví que de una herida que tenía

en un lado del cuello manaba la sangre a torrentes sobre la mesa, donde formaba un charco, y de allí goteaba al suelo. Me quedé horrorizado ante aquel espectáculo, temiendo que me descubrieran allí y me tomaran por el asesino.

Cogí mi sombrero y me lancé al pasillo, que estaba a oscuras. A tientas logré subir al piso superior. No se oía el menor ruido; la casa parecía desierta. Sólo allá abajo se oía la tos estentorea del moribundo.

Subí otro tramo de escalera y llegué a otro pasillo. Me parecía que llevaba subiendo una hora y que aquellas escaleras no se iban a acabar nunca, y creía oir detrás de mí unos pasos cautelosos que me seguían.

Por fin conseguí llegar a la sala de té, donde había unos cuantos parroquianos que no parecían haberse enterado de nada, ni se fijaron siquiera en mí, y me lancé a la calle.

* *

La animación no había decaído, a pesar de lo avanzado de la hora: la misma muchedumbre recorría las infectas calles y los mismos obreros

trabajaban tras los cristales de las tiendas. Crucé corriendo varias calles y no paré hasta Market Street, donde me juzgué a salvo.

Apenas había gente en la gran artería comercial. La temperatura era deliciosa y la luna llena parecía correr de una nube a otra. Yo estaba jadeante; respiré tranquilo, me enjugué el sudor y tomé el primer tranvía para el hotel, prometiéndome moderar mi curiosidad y no exponerse a aventuras peligrosas en los antros frecuentados por los corrompidos hijos del cielo.

La feminista

La causa de la mujer es la misma del hombre.

TENNYSON.

Cuando Dory Whitney y sus acompañantes ocuparon sus puestos en la gradería reservada a los invitados de la universidad de Yale, acababan de salir los equipos de jugadores. El espectáculo del circo erà imponente: más de 40.000 espectadores alineados en las gradas agitaban banderitas rojas o azules, colores respectivos de Harvard y Yale, y prorrumpían de vez en cuando en los rítmicos gritos universitarios, con una energía y un entusiasmo indescriptibles.

Mientras tanto, sobre el óvalo cubierto de césped, los jugadores estiraban sus músculos y lanzaban el balón a alturas enormes. Eran todos muchachos robustos, con cabezas de tipo

romano, fuertes quijadas, cuellos poderosos de toro y cuerpos musculosos, y sus movimientos ágiles denotaban una energía y una fuerza considerables. Llevaban la cabeza cubierta por un casco de piel, con orejeras; los de Yale usaban *jersey* y medias azules, con pantalón *kaki*, mientras los de Harvard vestían de color rojo oscuro.

Al sonar el pito, se hizo un silencio profundo, sólo turbado por el tecleo de las máquinas telegráficas y de escribir en la tribuna de la prensa, y comenzó la partida. El primer empuje llevó el balón al campo de Harvard, en brazos de un jugador, que le oprimía contra su pecho, y que cayó pronto al suelo y sobre él todos los jugadores, en una confusión espantosa, disputándose el balón, que pasaba rápidamente de mano en mano. Las peripecias de la lucha, tan rápida, tan variada, tan enérgica, eran seguidas ávidamente por los espectadores, que, enardecidos con el juego, animaban a los equipos con los gritos universitarios respectivos. Todos los rostros estaban inclinados hacia adelante, los ojos brillaban con el ardor de la batalla y los dedos se crispaban sobre las barandillas o se cerraban en puños amenazadores. Entre la multitud y los jugadores parecía ir y venir una doble corriente eléctrica de una enorme intensidad.

Dory no había visto nunca aquella célebre contienda deportiva que anualmente reñían las dos grandes universidades y que despertaba un interés enorme en toda la nación, y desde el principio se dejó ganar por la excitación ambiente, aplaudiendo cada vez que los de Yale conseguían una victoria.

A su lado Billy Rock, entusiasmado con el juego, como antiguo alumno de Yale, seguía con atención las peripecias, sin prestar atención a su amiga, y vociferaba como un energúmeno, con grandes ademanes. Hubo un momento en que Dory creyó oirle decir: «¡Mátale!», y asombrada, volvió la cara. Le vió que tenía las cejas fruncidas y los dientes apretados, y que sus ojos brillaban con una dureza y una ferocidad desconocidas para ella.

Al cabo de tres horas de intensa lucha, Yale venció por 18 puntos contra tres, y sus partidarios prorrumpieron en prolongados aplausos y estentoreos gritos. Cuando Dory y sus amigos se retiraron del circo, a la entrada de la noche, aún continuaban las manifestaciones de entusiasmo de los vencedores y se oían los himnos de Yale cantados por miles de vigorosas gargantas.

Al día siguiente, Dory recibió un aviso telefónico de su amiga Jessie Benson invitándola a comer en el hotel Mc. Alpin en compañía de Carey Smith.

Después de unas cuantas observaciones acerca de los vestidos, la conversación recayó sobre el partido de la víspera.

—Yo—dijo Dory—nunca había visto un partido de *foot-ball association*, y declaro que al principio me pareció brutal, aunque el interés que despierta y lo imprevisto de la lucha, justifique en cierto modo la energía con que se juega. Sin embargo, creo que un juego que excita de ese modo las pasiones y que es motivo de las enormes apuestas que se cruzan, no puede ser bueno.

—Tiene de todo—replicó Mrs. Benson—y las opiniones están muy divididas respecto de él, habiendo algunos que quieren suprimirlo. Es evidente que no desarrolla la dulzura y la bondad, pero en cambio, cultiva prodigiosamente la fuerza física y la agilidad, y en el combate, por muy violento que sea, no se mezcla la menor sombra de odio. Terminada la partida, los jugadores quedan tan amigos como al principio, y aun antes de empezar se saludan mutuamente con tres gritos de bienvenida.

—Indudablemente, este deporte, como todos

los demás — dijo Carey — es beneficioso, porque robustece la raza y produce esos tipos perfectos, semejantes a los luchadores de la antigua Hélada, pero tiene el defecto de que apasiona demasiado a los hombres y les aparta de nosotras. Ayer, en toda la tarde, no me dijo Bob una palabra.

—Lo mismo me pasó a mí con Billy. Cada día se apartan más de nosotras los hombres; prefieren los deportes, o los negocios, o los viajes, y en las reuniones suelen hablar entre sí de sus asuntos; y mientras bailan apenas dicen cuatro palabras a su pareja; parece que bailan tan solo por cortesía, por cumplir una obligación enojosa.

—No es extraño eso—replicó Mrs. Benson—. Es consecuencia de nuestra elevación: por regla general, los hombres, menos cultos que las mujeres, no pueden hacer buen papel ante ellas, y eso hiere su orgullo, por lo cual se retiran. Los americanos no sirven para la vida de sociedad; no son más que trabajadores; sólo saben hacer dinero... para que nosotras lo gastemos. Mi marido es el tipo de estos hombres: se pasa doce horas diarias encerrado en el despacho de su fábrica, trabajando como un negro, y apenas tenemos tiempo de hablar dos palabras en todo el día; pero nunca me falta todo el dinero que

necesito, y a él le parece natural trabajar para proporcionármelo. Es una excelente persona, y yo le estimo mucho.

—Pero Jessie, ¿cómo puede Vd. ser feliz con esa vida? — preguntó con calor Carey — ¡Si parece que está Vd. divorciada! No es ese el ideal que yo me había forjado del matrimonio, sino el de la unión de dos almas afines, para vivir juntas la misma vida y compartir las mismas emociones, las mismas alegrías y los mismos dolores.

—Carey, habla Vd. como una romántica; indudablemente, por su origen meridional, tiene Vd. sangre latina en las venas. Además, es usted muy joven todavía, y no ha echado de ver que la vida moderna, tan compleja, tan rápida, tan multiforme, requiere nuevas formas en todas las instituciones, y el matrimonio ha de evolucionar también. Hoy el trabajo y los deportes sustituyen al amor, y el hotel y el restaurante destruyen el hogar doméstico.

* *

Dory había sido invitada a pasar el final de semana *(veek's end)* en la magnífica finca que

poseían en Long Island los señores Van der Eucken, llamada «Atlantic View».

Era un sábado de principios de diciembre, frío y nuboso. Desde la estación de Pennsylvania el tren eléctrico que pasa bajo el East River, la había conducido en una hora, a través del paisaje monótono y triste de la gran isla, a la pequeña estación de Harbor Hill, donde la esperaba un magnífico automóvil, guiado por Jorge, el hijo mayor de Van der Eucken.

Después de bordear una larga verja de hierro que circuía un parque versallesco, el automóvil, entrando por una puerta monumental de piedra, comenzó a ascender por el camino que serpentaba en amplias curvas a través de inmensas praderas de césped cubierto de nieve, con dirección al castillo de estilo Renacimiento francés, situado en la cima de una pequeña colina.

Desde el pórtico de aquél se divisaba todo el inmenso parque, completamente nevado, en que los arbustos y los pinos, pequeños todavía, semejaban grandes bolas de algodón. Habían quitado la nieve de los caminos, y el color moreno de la arena destacaba poderosamente sobre la blancura inmaculada del suelo. Por el Este, el terreno bajaba en rápido declive hasta la orilla del océano, de aguas tranquilas y grises, que se

confundían en el horizonte con el gris del cielo. El paisaje silencioso bajo el manto de la nieve, tenía una tristeza y una desolación que Dory, con su temperamento activo y juvenil, no podía apreciar.

Tampoco se detuvo en la contemplación de las numerosas obras de arte que hacían del palacio un museo. En el salón principal, de dos pisos de altura, con hermosas columnas corintias de mármol verde y el techo de artesonado, había cuadros de las escuelas flamenca e inglesa, de Van de Beer, de Rembrandt, de Van Dyke, de Gainsborough, y grandes tapices de escenas mitológicas pendían hasta el suelo y servían de fondo a varias armaduras florentinas. Sobre la chimenea, en la que ardían troncos enteros, había dos grandes vasos de Sevres, azules y dorados, y en artísticas vitrinas se encerraban libros antiguos, misales iluminados, cofrecillos de madera labrada y de marfil, miniaturas persas, abanicos japoneses, joyas, camafeos, medallas, encajes antiguos de Brujas y de Malinas, tabaqueras, estuches, esmaltes...

Recorrió varios salones, en uno de los cuales, de estilo Luis XV, decorado de rosa y oro, con delicados muebles del siglo XVIII y tapices de cuadros de Watteau, Millet, Corot y Greuze, representando escenas pastoriles, encontró a la

dueña de la casa en compañía de otras invitadas, entre las cuales estaba Jessie. Se saludaron y charlaron un rato, pero pronto Dory se cansó y, aprovechando la libertad que tienen los invitados a estas reuniones, salió en busca de alguna distracción, de algo en que emplear su actividad. Aún no habían llegado los hombres, pues el trabajo terminaba a la una de la tarde en la ciudad; hasta las dos no llegarían los primeros, y Jorge Van der Eucken había vuelto a la estación a esperarlos.

Al final de la serie de salones, en una amplia rotonda de cristales, había un invernadero lleno de plantas tropicales: palmeras, naranjos y limoneros; de la bóveda pendían grandes guirnaldas de orquídeas, y magníficas rosas y violetas perfumaban delicadamente la atmósfera tibia. Entre ellas revoloteaban pájaros tropicales, de vivos colores, cuyos alegres gorjeos acompañaban al murmullo de una fuente que manaba en un rincón, en una gruta artificial cubierta de musgo. A través de las hojas asomaban aquí y allá estatuas marmóreas de dioses helenos y de amorcillos regordetes del Renacimiento. Detrás de los cristales, la blancura nítida del suelo y la línea oscura del mar formaban un contraste violento con aquel ambiente de lujo y de molicie.

Dory dió una vuelta por el invernadero; de allí pasó a la cuadra, y montando a caballo, galopó durante hora y media por los solitarios caminos del parque. El silencio era profundo y la arena, hollada por los pies del caballo, resonaba con un penetrante chirrido.

A la vuelta entró en el gimnasio, dividido en varias salas de *tennis*, de *squash*, de pelota, de billar, de bolos, de tiro al blanco, de esgrima, de boxeo, etc., a más del gimnasio propiamente dicho, con los más variados aparatos para desarrollar la fuerza y la agilidad, y de una inmensa pista de circo, donde podían circular fácilmente dos o tres equipos de coches. El pabellón de los baños contenía varias duchas de agua caliente y fría y una vasta piscina de mármol dorado con vetas negras, en la cual corría el agua tibia y clara; alrededor de ella había un banco de mármol, y sobre su respaldo, arbustos en flor, camelias, azaleas y palmeras, faltando sólo unas figuras clásicas para completar la ilusión de los cuadros de Alma Tadema.

❦ ❦

A la hora del *lunch* se reunieron en el comedor pequeño de estilo Imperio todos los invitados que habían llegado y que eran siete muje-

res y tres hombres, entre los cuales se contaban el anfitrión y su hijo; el otro era un abogado de Nueva York, llamado Crane, hombre de edad intermedia, con un pequeño bigote semicano y cara jovial.

—Está visto—dijo la señora Van der Eucken—que no es posible reunir media docena de hombres antes del sábado por la tarde.

—Hay que tener en cuenta—replicó su marido—que los negocios no terminan en *down-town* hasta la una de la tarde. Yo mismo creí no poder asistir al *lunch*.

—¡Los negocios, siempre los negocios!—exclamó una joven rubia, de ojos lánguidos—. ¡Aquí no se piensa más que en ganar dinero! ¡Ya estoy harta de no oir otra cosa!

—Pero, Miss Hanker—dijo con voz atiplada el abogado—si no fuera por los negocios, por el dinero que ganan los hombres, ¿cómo iban a poder vivir las mujeres?

—¡Pues trabajarían!—contestó con viveza Dory—. No creo que sean los hombres los únicos que saben trabajar.

—Claro está, pero es mejor que trabajen ellos—dijo Jessie Benson.

—Tiene usted razón—añadió el abogado—; la mujer no debe trabajar. Su puesto está en el hogar, como compañera del hombre.

—Protesto contra esa opinión medioeval de la misión de la mujer—replicó Dory—. La mujer es un ser consciente, igual que el hombre, y tiene derecho a ejercer su actividad en la forma que elija. No se la puede relegar a misiones inferiores o subalternas. Creo que las mujeres americanas han probado suficientemente que poseen la misma capacidad de desarrollo y adaptación que los hombres.

❦ ❦

Después del *lunch* fueron llegando nuevos invitados; a media tarde había en el palacio hasta veinte de ellos, y pronto se formaron grupos y parejas que se entregaron a sus deportes o diversiones favoritas.

Las mujeres, jóvenes y alegres, organizaban las partidas de *tennis*, de *ping-pong*, de ruleta o de billar y los paseos a caballo, en coche o en trineo; los hombres se animaban con su ejemplo y procuraban olvidar sus negocios, descansando del trabajo de la semana en aquella nueva forma de actividad.

Entre las jóvenes había una encantadora muchacha de dieciocho años, alegre como un pája-

ro, rubia y sonrosada, con unos dientes deslumbradores, heredera de una fortuna amasada en especulaciones financieras. Acababa de salir del colegio y estaba encantada de la libertad, dispuesta a divertirse todo lo posible antes del matrimonio, que a ella le parecía el fin de la juventud. Betsy, que así se llamaba, organizó bien pronto, en compañía de otros muchachos y muchachas, entre las cuales estaba Dory, un concurso de patinación en el lago helado que se hallaba detrás de las cuadras; y durante media hora las jóvenes parejas, cogidas de las manos, con las mejillas enrojecidas por el viento helado y una sonrisa que ponía en sus labios el placer de la velocidad, giraron en todas direcciones, trazando sobre el bruñido piso curvas innumerables con los acerados patines, mientras cambiaban breves palabras entre sí, o celebraban algún chiste con ruidosas carcajadas.

* *

A la hora de la comida, el gran comedor de estilo holandés antiguo presentaba un aspecto magnífico. Mr. Van der Eucken, descendiente de una de las primeras familias de colonos fla-

mencos que se establecieron en Nueva Amsterdam a principios del siglo XVII, practicaba la hospitalidad con un fausto propio de un príncipe de su país de origen, y su cocina era una de las mejores de América, por lo cual eran muy solicitadas sus invitaciones. Él y su mujer presidían la mesa cubierta de orquídeas y de lujoso servicio, rodeados de los invitados vestidos de etiqueta.

La señora Van der Eucken tenía el aspecto de una dama romana del Renacimiento, con la piel un poco dorada, grandes ojos negros y el perfil de la nariz y la barba de un dibujo purísimo. Sobre el amplio escote un magnífico collar de diminutas perlas lanzaba brillantes destellos a cada movimiento de su dueña.

Se hablaba de lo mucho que trabajaba Mr. Van der Eucken.

—Pero usted, ¿por qué trabaja tanto?—le preguntaba una hermosa muchacha rubia de ojos azules—. ¿No es usted ya bastante rico?

—Sí—contestaba el interpelado—y no trabajo para ganar dinero, pues tengo todo lo que necesito; pero mis empresas alimentan a muchos miles de familias, y además, ¿por qué no decirlo? me he propuesto que mi flota de los Grandes Lagos consiga exportar todo el grano y todo el ganado que ahora se exporta por Nue-

va York o por los puertos del golfo de Méjico. Esto requiere una atención constante, y por eso me ven ustedes acudir tan a menudo al teléfono.

La conversación no era general ni continua, y una orquesta que en el salón contiguo tocaba las piezas de moda dispensaba de hablar.

Después de la comida, cada uno se entregó a sus juegos favoritos: el billar, la ruleta, el *poker* tuvieron bastantes adeptos, mientras los jóvenes, acompañados por un *banjo* que tocaba maravillosamente una muchacha, se entregaban al placer del *cake-walk*, golpeando acompasadamente el piso, con los brazos caídos y las manos inertes, el talle doblado hacia atrás y la sonrisa en los labios.

El lunes por la mañana, a primera hora, se fué la mayor parte de los invitados, para sumergirse de nuevo en el tráfago de los negocios. A la hora del *lunch* acompañaban a la señora Van der Eucken tan sólo tres invitadas, las cuales, temerosas del aburrimiento, de la inacción en la lujosa *villa* petrificada en el silencio, tomaron el primer tren de la tarde para Nueva York.

Cuando Dory se despertó, ya entrada la mañana, el tren atravesaba el gran *cañón* del Arkansas en las Montañas Rocosas. Por el fondo corría un torrente rapidísimo paralelo a la vía del ferrocarril, que unas veces lo cruzaba por ligeros puentes de madera y otras se separaba de él encaramándose por una o por otra de las dos enormes murallas de piedra roja que forman el célebre paso de Marshall. El tren caminaba lentamente, con una locomotora delante y otra detrás, que resoplaban jadeantes, como si estuvieran en el límite de sus esfuerzos.

El espectáculo era imponente: por un lado descendía la pared lisa, perfectamente bruñida, hasta el lecho oscuro del río, cuyo poderoso mugido llegaba muy atenuado, y volvía a ascender por el otro, adornada con torres gigantescas, rodeadas de inmensas cascadas de piedras que les daban semejanza de ruinas centenarias. En las quebradas había grandes manchones de nieve, y lo mismo en los picos que coronaban los dos paredones. Y en toda la longitud del *cañón*, en muchos kilómetros, no se veía el menor rastro de vegetación ni de vida, ni un arbusto, ni un animal; tan sólo, de cuando en cuando, un águila ponía un punto negro en el trozo de cielo azul que aparecía entre los picos nevados. Por doquier, rocas de diversos co-

lores, enormes pedruzcos negros y rojos, grandes grietas, cavernas profundas, en un ambiente de desolación y de abandono propio de un paisaje lunar.

Durante los días siguientes, el tren recorrió las altas llanuras del Utah y del Nevada, completamente desprovistas de vegetación y cubiertas en grandes extensiones de una capa blanca de álcali, semejante a nieve a medio fundir. En aquellas vastas soledades no hay ni una población, ni siquiera una aldea; tan sólo en las estaciones, que se encuentran cada tres o cuatro horas, se ven varias casetas de madera cubiertas con un techo de tierra.

Dory, condenada a la inacción, se aburría profundamente ante aquella estepa desierta, cuya monotonía no alteraban más que alguna que otra pequeña colina parda o un grupo de cactus enanos con sus brazos espinosos elevados hacia el cielo; cansada de leer, recorría el tren desde la plataforma del coche mirador hasta la máquina, en busca de alguna distracción.

Al amanecer del quinto día después de su salida de Nueva York, el tren cruzó Sierra Nevada y entró en el Estado de California. El clima se hizo tropical, y el paisaje varió radicalmente, como por encanto. Dory contemplaba ávidamente desde el coche mirador aquellos verjeles

encantadores, colocados en terrazas en la falda de los montes y llenos de manzanas, naranjas, albaricoques, cerezas y otros frutos; las jugosas praderas de color esmeralda, donde pastaban grandes rebaños de vacas, y de cuando en cuando, los restos de una explotación minera abandonada, mostrando en grandes oquedades el lugar que ocupaba el filón de oro.

En una pequeña estación de la montaña había una joven morena balanceando lentamente por las cintas un ancho sombrero de paja y mirando con curiosidad al tren. A la puerta del hotel —un hotel de madera de un solo piso, detrás del cual se extendía el bosque,—un *cow-boy* con camisa roja y pantalón de cuero, fumaba tranquilamente su pipa. Un caballo pastaba la hierba detrás de la caseta de la estación. Por encima de este cuadro, un pico nevado parecía elevarse a una altura inconmensurable, irreal, sobre el cielo azul purísimo.

Aquel era el Oeste, el país de la primavera perpetua, de los naranjos y las flores, de las altas montañas nevadas y los valles tropicales, donde la vida es fácil y se siente el placer de vivir, lejos de la agitación y el estruendo de las grandes urbes.

❦ ❦

Dory iba al Oeste a descansar, y huyendo también del crudo Febrero neoyorkino. No se detuvo en San Francisco más que un día, para estirar sus miembros entumecidos por la inmovilidad del largo viaje, y en seguida partió para la California meridional. Quería ver cuanto antes las playas deliciosas, las viejas misiones franciscanas, los pueblos situados entre las montañas y el mar, que tienen sonoros nombres españoles y una larga historia: Santa Bárbara, Coronado Beach, Monterey, San Diego, Santa Mónica; los gigantescos árboles centenarios, las flores y las frutas, productos maravillosos de una tierra fuerte y exuberante, no agotada aún por el cultivo del hombre.

Se detuvo en Los Angeles, centro de partida para las playas meridionales y una de las ciudades más hermosas de América, sobre todo en sus barrios aristocráticos del Oeste, con amplias calles rectas de cemento, bordeadas de olivos chinos, lataneros de grandes hojas brillantes en forma de abanico, canforeros olorosos, yucas de largas cabelleras y eucaliptos rectilíneos; detrás de los árboles, sobre el terciopelo del césped, se elevan elegantes *villas* de madera o ladrillo, cuyos colores claros—rosa, azul, verde pálido o amarillo—armonizan perfectamente con la luz del cielo, la atmósfera purísima y las flores—

lirios, iris, heliotropos y rosas—que penden en grandes cascadas a lo largo de las paredes. En los jardines, las plantas trepadoras—rosales, geráneos, clematitas, glicinas, volubilis y capuchinas—enlazan los troncos de los cipreses, las palmeras y los cocoteros, y se mezclan entre el follaje de los sauces, aloes y caucheros. El aire, templado y suave, está perfumado por las emanaciones de los naranjos y limoneros, de los canfreros y las mimosas.

En aquel paraíso, en aquellas preciosas casitas ocultas tras los árboles y las flores, renuevan sus organismos destrozados por las luchas de la vida, los neurasténicos, los tuberculosos los fatigados, y en aquel clima bendito, en contacto con aquella naturaleza vivificante, vuelve el color a sus mejillas pálidas, la fuerza a sus cuerpos gastados y la energía a sus almas abatidas, para poder retornar al trabajo con más bríos y conseguir el triunfo en la batalla por la fortuna.

* *

Dory se albergó en un hotel de las afueras, lejos del ruido y del movimiento del centro de la ciudad, y situado frente a un parque frondo-

sísimo, todo lleno de flores. Los primeros días los pasó en completa inacción, dejándose vivir, vegetando, como una planta más en medio de aquel ambiente paradisíaco, que anulaba la voluntad y convidaba al reposo. Escuchar el gorjeo de los pájaros que revoloteaban a millares entre los árboles del parque, contemplar los variados colores de las flores y respirar a pleno pulmón aquel aire suave, portador de fragancias desconocidas, que parecían impregnar todo su cuerpo, eran las únicas ocupaciones de la joven durante el tiempo que pasó sumergida en aquel *nirvana* encantador.

Pronto su naturaleza vigorosa y su espíritu inquieto la hicieron salir de su retraimiento y reanudar su vida de diversiones, de visitas, de teatros, de paseos, de deportes.

Fué en casa de una familia de Nueva York, para la cual traía una carta de presentación, donde conoció a Mr. William Heartfield. Era éste un joven de unos veinticinco años—la edad de Dory—ingeniero de Nueva York, que pasaba el invierno en Los Angeles reponiéndose de una grave neurastenia. Víctima del exceso de trabajo en la confección de los planos de un nuevo ferrocarril que la áspera competencia exigía construir en seguida, había llegado a un estado de abatimiento tal que, al terminarlo, tuvo

que abandonar la ciudad en busca de reposo. Tres meses de descanso completo en la calma sedante de una *villa* florida, en aquel ambiente primaveral, habían devuelto la salud a su cuerpo y el vigor a su mente. Cuando fué presentado a Dory estaba casi del todo repuesto y pensaba ya en volver al trabajo, avergonzado de la inacción y de la vida muelle que llevaba. Era de alta estatura, de aspecto robusto de luchador, con anchas espaldas y cuello de atleta, y contrastaban con aquella fuerza latente su cara infantil pálida, su pelo rubio y sus ojos azules casi grises, de mirada recta y transparente.

—Yo me aburro aquí, señorita—decía William—. No hay apenas jóvenes. Todos son viejos o enfermos, gente que tose o que anda con dificultad. No encuentro compañero de *tennis*, ni siquiera de excursión, aunque sea en coche, y me paso solo todo el día, a pie o a caballo, por estos campos.

❦ ❦

A los pocos días, Dory recibió una tarjeta del ingeniero invitándola a una excursión en coche a Pasadena. Ella aceptó con gusto la invitación, pues deseaba vivamente conocer Pasadena, que

aun en Los Angeles consideran como una maravilla, y se la presentaba ocasión de hacerlo en compañía de una persona que le había sido simpática desde el primer momento.

A la hora convenida se presentó a la puerta del hotel William, guiando un magnífico faetón con dos caballos. En el asiento de atrás llevaba un pequeño lacayo mejicano.

Después de cruzar la ciudad, Heartfield lanzó los caballos al trote por la carretera de Pasadena. A ambos lados se extendían hasta perderse de vista las plantaciones de naranjos y limoneros, con sus frutos dorados que brillaban entre el oscuro follaje; de fresas, albaricoques y ciruelas, en grandes cuadriláteros de diversos colores. Al frente limitaba el valle la cadena de la Sierra Nevada, con sus cumbres resplandecientes de blancura sobre el cielo azul. De cuando en cuando se cruzaban con algún coche o automóvil, o con el tranvía eléctrico que pasaba vertiginosamente, con gran estruendo, haciendo sonar su potente sirena.

Heartfield iba mostrando a su compañera los puntos interesantes del trayecto, o haciéndola admirar la belleza de los paisajes que sucesivamente se presentaban a su vista. Se detuvieron en el hotel Smith, de Pasadena, para tomar el té.

—¿Usted no ha visto ninguna misión?—pre-

guntó Heartfield a la joven—. Son los últimos vestigios de la dominación española en estos países, que comenzó con las exploraciones de Cabrillo en el siglo XVI y Sebastián Vizcaíno a principios del XVII y se afirmó con las misiones franciscanas que formaban verdaderas poblaciones de indios civilizados. Cuando Méjico secularizó las misiones, los indios se dispersaron, volviendo la mitad de ellos al estado salvaje. Hoy están recogidos en varias reservas. Los edificios de las misiones, situados en los puntos más fértiles del país, se van arruinando poco a poco. Si quiere usted, podemos ver esta tarde la misión de San Gabriel, que está a pocas millas de aquí.

Dory aceptó gustosa, y una hora después llegaron ante el antiguo edificio del siglo XVIII que al pie de una verde colina, en el centro de una vegetación excesiva, rodeado de higueras, naranjos y albaricoqueros, mostraba al sol su techo casi plano de tejas rojas, su torre redonda cubierta con una cúpula hispano-morisca y su galería de arcos de medio punto, como los viejos claustros franciscanos.

Entraron, y fueron recibidos por un fraile, viejísimo, que seguramente vivía allí desde antes de la secularización y no había querido abandonar el lugar donde transcurrió su infan-

cia. Era pequeño y encorvado, con una larga barba blanquísima que le llegaba hasta la cintura y destacaba como nieve entre el rostro moreno y los oscuros hábitos; pero, a pesar de su edad, sus pequeños ojos negros brillaban llenos de juventud y alegría bajo sus grandes cejas blancas.

Hablaba el inglés con dificultad, intercalando palabras españolas y hasta indias, y enseñó a ambos jóvenes la iglesia donde decía misa todos los domingos desde hacía sesenta años, los locales donde estuvieron las escuelas y talleres de los indios, las celdas y el huerto que él mismo cultivaba y cuyos frutos eran su único alimento. En medio del patio lleno de hierba, una vieja fuente lanzaba un chorro cristalino en un gran pilón de piedra lleno de musgo; a lo largo de las columnas de ladrillo medio deshechas trepaban diminutas rosas y olorosos geráneos. Por las paredes, llenas de grietas, corrían enormes lagartos verdes.

❧ ❧

Heartfield ya no pensaba en volver a Nueva York; el trato casi diario con Dory, y sobre todo las excursiones en su compañía por aquel país

encantador, le habían hecho apreciar un aspecto de la vida desconocido para él, que se había dedicado tan sólo al trabajo. Entregado de lleno al estudio y a los deportes mientras estaba en la universidad de Harvard, y después al trabajo incesante, en la atmósfera de lucha y de excitación de los negocios industriales, no había tenido tiempo de cultivar la sociedad femenina, tratando sólo a las mujeres que encontraba a su paso como compañeras en el juego o competidoras en el trabajo, con el respeto que tienen siempre los americanos para el sexo femenino.

Pero, al conocer a Dory, al ir apreciando día tras día su libertad de espíritu, su vasta cultura, la seguridad de sus juicios, la amplitud de sus ideas, que denotaban una fuerte personalidad, y contemplar al mismo tiempo la belleza exquisita de su tipo rubio y la gracia de sus ademanes, avaloradas por una sencillez de maneras y una alegría infantil realmente encantadoras, fué despertando en el corazón del ingeniero un interés creciente por ella, que iba tomando poco a poco la fuerza y el calor del primer amor.

Dory, por su parte, se interesaba también vivamente por Heartfield, porque veía en él un hombre distinto de los muchos que había conocido, que la trataban con todo respeto, eso sí,

pues si no, se lo hubiera impuesto ella, pero con cierta frialdad, sin curiosidad ninguna por sus opiniones o por su gustos, como si, por el mero hecho de ser mujer, no tuviera personalidad propia. Aquella deferencia, aquella sumisión inerte de los hombres la ofendía, pues parecían con ella querer mostrar su superioridad. Ella era partidaria acérrima de la igualdad de los sexos, sin sumisión por una parte ni galantería protectora por otra, aceptando todas las consecuencias de lucha y competencia que la igualdad supone, y que las mujeres americanas están en condiciones de poder llevar con éxito. Por eso le gustaba Heartfield, que solía discutir con ella sobre toda clase de asuntos, manteniendo con energía su propio punto de vista y cediendo sólo cuando quedaba convencido de lo contrario.

El tema preferido de sus conversaciones eran los derechos de la mujer, asunto de actualidad que todo el mundo discutía en California, por estar pendiente de voto un *referendum* acerca del sufragio femenino. Heartfield era un feminista convencido, pero aún veía algunas dificultades prácticas en la igualdad política de hombres y mujeres.

—Ya conozco los argumentos que emplean los antifeministas contra el voto de la mujer—

decía Dory—y le demostraré a Vd. que no tienen ningún valor. Desde luego, el teológico, basado en el concepto bíblico de la mala naturaleza de la mujer y en la posición subalterna a que la condenaron algunos de los apóstoles, sin duda por motivos particulares, ya no tiene fuerza más que para los espíritus estrechos, que toman al pie de la letra las Escrituras, pues las personas cultas saben que las religiones hebrea y cristiana tuvieron un origen oriental, y los orientales siempre han tenido una opinión muy baja de la mujer. Los apóstoles y los padres de la iglesia cristiana desarrollaron aquellos conceptos bárbaros, introduciéndolos en la ley civil de todos los pueblos europeos.

«El argumento histórico realmente no es tal argumento, pues si por el hecho de que la mujer ha sido hasta ahora esclava ha de seguir siéndolo siempre, con la misma razón deberíamos seguir viviendo en cavernas, como los trogloditas, lo cual es negar el progreso del género humano.

»A los que dicen que en cada casa debe haber una autoridad, y que colocar a la mujer en igual plano que al hombre será un motivo de discordia, se les puede contestar que el matrimonio es una asociación fundada por el amor entre iguales, y ni uno ni otro debe dominar.

«Tampoco es verdad que la mujer sea mentalmente inferior al hombre, pues la experiencia de los profesores demuestra que las mujeres son superiores a los hombres en algunas materias e inferiores en otras».

—Tiene usted razón—decía Heartfield—. Esos argumentos no resisten al más ligero examen, pero algunas dificultades para el sufragio de la mujer nacen de su ignorancia e indiferencia por las cuestiones políticas, que podrían dar lugar a una gran corrupción electoral, sobre todo al principio.

—En efecto: eso pasaría, como pasa ahora con los hombres, aunque en menor proporción, pues los resultados indican que el voto femenino, en los Estados que lo admiten, ha mejorado las condiciones morales y materiales de la mujer y del niño, y ha combatido con éxito el alcoholismo y la inmoralidad política.

»Pero las mujeres americanas no quieren el voto para fines políticos, sino como arma para conseguir su emancipación social, para borrar de los códigos bárbaros todo resto de inferioridad o de sumisión de un sexo respecto de otro, para establecer los mismos derechos y los mismos deberes para la mujer que para el hombre, en una perfecta igualdad, sin privilegios en un lado e incapacidades en otro. Con ello, no sólo

se reparará una injusticia secular, sino que la civilización saldrá beneficiada al añadirse a la inteligencia de los hombres la inteligencia de las mujeres. Los hombres mismos han de ganar mucho con la reforma, pues según dijo el poeta Tennyson, «la causa de la mujer es la misma del hombre; juntos suben o bajan, enanos o gigantes, libres o esclavos. Si ella es débil y miserable, ¿cómo serán sus hijos?»

❦ ❦

Un día de mediados de marzo, un día verdaderamente estival, en que el sol lanzaba una luz más viva, el cielo estaba más azul y la tierra más perfumada, ambos jóvenes decidieron hacer la excursión que tenían proyectada a la isla de Santa Catalina.

Salieron en tren de Los Angeles, por la línea de la costa, contorneando multitud de pequeñas ensenadas donde las olas perezosas iban a morir sobre las playas soleadas; más allá aparecían acantilados abruptos, rodeados de rocas negras, en las que el mar se rompía formando hirvientes espumas coronadas de un vapor irisado, a través del cual revoloteaban de peña en

peña las aves marinas, graznando estrepitosamente. En las praderas de la costa había rebaños de vacas, que vistas desde el tren sobre el fondo del cielo, parecían pastar en el mar. De cuando en cuando, había cuadrillas de trabajadores chinos en la vía, con largas coletas negras asomando bajo los anchos sombreros de fieltro.

En Wilmington tomaron un vaporcito que en tres horas les condujo a la isla de Santa Catalina, situada, en unión de otras, en el amplio golfo formado por la California meridional. Tomaron el *lunch* en la misma playa, en unas mesas colocadas a la sombra de un grupo de palmeras a pocos pasos del mar, y se embarcaron después en una de las pequeñas canoas automóviles que se internan unas cuantas millas en el océano, más allá de la isla San Clemente, en un lugar en que las aguas son especialmente transparentes, para examinar el fondo del mar.

La quilla de la canoa, de cristal perfectamente limpio, permitía admirar el sorprendente paisaje submarino, semejante a una fértil región tropical sumergida. El sol penetraba profundamente en el agua y sus rayos se descomponían en preciosos tonos azulados y verdosos, iluminando fantásticamente aquel espectáculo. Dory

y su amigo se entusiasmaban al ver la vegetación acuática de algas, helechos y verdaderos árboles de largas ramas que agitándose como movidas por un fuerte viento, descubrían de cuando en cuando las rocas del fondo, donde anidaban colonias de infusorios de coral, dándolas un tinte de color salmón, o cubiertas de estrellas de mar incrustadas entre el musgo. Por encima cruzaban rápidamente en todas direcciones pulpos enormes, blanquecinos, con ojos brillantes y multitud de tentáculos, que agitaban violentamente; peces de todas formas y tamaños, rojos, azules y plateados, pasaban vertiginosamentre entre las algas, como mariposas volando entre las flores, y todos, plantas y animales, cambiaban de color sucesivamente, según el movimiento de las aguas. Los dos jóvenes se llamaban mutuamente la atención sobre los espectáculos que se renovaban a cada momento bajo sus pies, y prorrumpían en exclamaciones de asombro, sin hacer caso del encargado de la canoa que detrás de ellos iba salmodiando con voz gangosa y monótona, como quien repite una lección aprendida de memoria, los nombres de los peces y de las plantas, las profundidades del mar y otros detalles.

Cuando hubo acabado su relación, cuyo término coincidió con el oscurecerse de las aguas

por la distinta posición del sol, la canoa emprendió el regreso a la isla.

Aún faltaban tres o cuatro horas de sol, y los jóvenes las aprovecharon para recorrer la isla desierta, llena de una vegetación exuberante, como las selvas vírgenes de los trópicos. Subieron a una pequeña colina para admirar el panorama de la costa elevándose gradualmente, en una sucesión de llanuras verdes, hasta terminar en los cónicos picos nevados de la sierra que limitaban por aquel lado el horizonte. Por el otro, el mar, casi tan verde como la tierra, se extendía hasta juntarse con el cielo, en una línea perfectamente recta. A pocas millas de la isla, pasaban lentamente los grandes trasatlánticos, semejantes a gigantescas colmenas, o los blancos vapores fruteros, pesadamente cargados, que iban y venían de San Francisco.

Se sentaron en el suelo, contemplando en silencio la inmensa extensión del Pacífico. Heartfield miraba a su hermosa compañera, cuya belleza realzaba aquel día un vestido de tul blanco con mangas cortas y un ancho sombrero de paja, bajo el cual se escapaban algunos rizos rubios, balanceados por la brisa marina ante su frente. Sobre el azul del cielo se destacaba la línea purísima de su perfil, y la mirada transparente de sus ojos se perdía en la lejanía del

mar; los rayos del sol, próximo ya al horizonte, iluminaban intensamente su rostro y teñían la blancura lechosa de su cutis de un glorioso tono dorado.

Dory no parecía notar que Heartfield la miraba, absorta como estaba en alguna meditación. Él siguió la dirección de su vista y la fijó en el horizonte, donde el mar parecía cambiar de color a cada instante, ora azul, ora verde, ora morado, y se extrañó de notar aquellas variaciones en un momento de tal intensidad afectiva, en que sentía correr la sangre por sus venas y le palpitaba violentamente el corazón. Para no deshacer el encanto, no se atrevía a volver la cabeza, ni a efectuar el menor movimiento, y continuaba con la vista fija en el mar, mientras sus sentimientos pugnaban por salir en forma de palabras ardientes y conceptos poéticos, que él se reconocía impotente de formular.

Por otra parte, pensaba, ¿cómo recibiría aquella mujer tan independiente, partidaria de la igualdad de los sexos y enemiga de la galantería, que juzgaba deprimente para la mujer, una declaración de amor de un romanticismo anticuado, ni siquiera la expresión de sus sentimientos en cuatro frases vulgares? Y, sin embargo, comprendía que su amor era sincero, que amaba ardientemente en Dory, no sólo su

belleza corporal, su gloriosa figura de líneas esculturales, la gracia de sus movimientos flexibles, el timbre cálido y apasionado de su voz, la mirada transparente de sus ojos claros, sinó su belleza espiritual, la nobleza de su ideas, la libertad de sus juicios, la delicadeza de sus sentimientos, y sobre todo, su firme personalidad, su individualismo enérgico, tan raro en las mujeres; y todo su cuerpo se estremecía de placer al pensar en los goces inefables del trato espiritual continuado con aquella mujer ideal.

El sol se ocultaba tras el horizonte; ya su disco rojizo estaba en su mayor parte sumergido en el mar en sombra, sobre el cual pasaban los últimos rayos que iluminaban la colina donde estaban los jóvenes y teñían de rosa los lejanos picos de la Sierra Nevada. Del océano se levantó una brisa fresca.

—Vámonos; ya es tarde—dijo Dory, sujetándose el sombrero.

Estas palabras sacaron a Heartfield de la profunda adoración en que estaba sumido; se puso en pie de un salto y tendió su mano a la joven para ayudarla a levantar; pero, cuando lo hubo hecho, en vez de soltar la mano de Dory, se la llevó a los labios y la cubrió de besos, sin que ésta hiciera la menor resistencia.

Bajaron la colina, volvieron a Wilmington y

regresaron a Los Angeles en silencio. Al despedirse a la puerta del hotel, Dory dió la mano a su acompañante, diciéndole sencillamente: «Hasta mañana».

* *

Al día siguiente, cuando se reunieron por la mañana para jugar su acostumbrado partido de *tennis*, ninguno de los dos hizo la menor alusión a los sucesos de la víspera. Esto tranquilizó al ingeniero, que creía haber ofendido o desagradado a Dory, pero le produjo contrariedad, pues parecía indicar que para Dory era indiferente su amor, manifestado bien a las claras en un momento de pasión.

Hablaron de futuras excursiones: ya conocían toda la California meridional; habían recorrido en todas direcciones la fértil región frutera cuyo centro es Hollywood; habían admirado las palmeras seculares de San Diego y paseado a la sombra de los enormes eucaliptus de Santa Mónica, y conocían perfectamente todas las playas de lujo, todos los balnearios, todas las estaciones de invierno que cubren la costa desde San Francisco hasta la frontera mejicana.

—¿Por qué no vamos a ver el parque de Yosemite?—dijo de pronto Dory.—Es un verdadero paraíso, más fértil y más suave que el de Yellowstone.

Heartfield aceptó con gusto la propuesta, y decidieron emprender el viaje al día siguiente por la mañana. Llegarían a Mariposa a media tarde y al otro día lo dedicarían a recorrer el delicioso valle que riega el río Merced.

* *

El viejo Harry, *el Mejicano*,—así apodado sin duda por su larga permanencia en Méjico,—que hacía veinte años que se dedicaba a transportar a los turistas desde Mariposa al parque, les fué a buscar, muy de mañana, al hotel, con su carricoche tirado por un viejo caballo alto y delgado. Era un hombre viejo, pequeño y locuaz, con una barba *yankee*, que agitaba al hablar, sin bigote, y tocado con un inmenso sombrero de fieltro, semejante a un paraguas.

Desde la entrada del parque el camino seguía la orilla derecha del río Merced, en aquel sitio bastante ancho, que corría tranquilo entre praderas cubiertas de hierba y rodeadas de ár-

boles centenarios: sequoyas, abetos, coníferas de varias clases. A medida que avanzaban, se estrechaba el lecho del río y sus orillas rocosas iban elevándose gradualmente; a veces, por una pequeña cascada se vertía en él un arroyuelo que serpenteaba por la pradera, marcando su curso con una franja de hierba más verde. Al fondo se veían a ambos lados del valle multitud de montes, que los rayos del sol teñían de variados colores, sobre la masa oscura de los pinos.

El silencio absoluto era solo interrumpido por el rodar del coche sobre los guijarros del camino y la voz gangosa del *Mejicano* que con áspero acento *yankee* iba nombrando los lugares que tenían un nombre especial, o llamando la atención de los jóvenes sobre las bellezas del paisaje, o bien contando historias de su infancia, en las que los buscadores de oro, los bandidos y los revólvers representaban los papeles principales.

Heartfield no prestaba atención a la charla del viejo, ni siquiera a las bellezas del paisaje, que parecían cautivar la atención de Dory, la cual se las mostraba de vez en cuando. Antes de salir de Los Angeles había recibido un telegrama de su jefe llamándole con urgencia a Nueva York, donde su trabajo era necesario, y esto le traía profundamente apesadumbrado,

pues tendría que separarse de Dory. Tentado estuvo de telegrafiar renunciando su empleo, para poder seguir al lado de ésta, pero no le pareció prudente perder aquella oportunidad de hacer una lucrativa carrera. Por otra parte, no estaba seguro de que Dory correspondiese a su amor, y esto era otro motivo de pesar.

Al llegar a un sitio donde la garganta del río se estrechaba entre dos paredes casi verticales de granito, *el Mejicano* detuvo el coche y dijo:

—De aquí no puede pasar el carruaje. Este es el corazón del valle. Vean Vds. allí a la izquierda aquella roca lisa, blanca, que brilla al sol; es El Capitán y enfrente, al otro lado del río, están las rocas de la Catedral, por entre las cuales baja la catarata llamada El Velo de la Novia, de 900 pies de altura.

El espectáculo era imponente, y excedía a cuantas ilusiones se habían forjado los jóvenes de la tan pregonada belleza del valle. El río mujía allá abajo, en el fondo de una garganta de piedras oscuras, que se elevaba a ambos lados en acantilados graníticos perpendiculares: el de la izquierda era de una blancura deslumbrante, como una pared de mármol, y enfrente de él la montaña semejaba una enorme catedral románica de piedra oscura. Por una de sus hendiduras caía con un rugido atronador, repetido

por el eco a lo largo del valle, un arroyo blanquísimo, que parecía una cinta inmóvil, hasta que, al caer sobre una peña, se extendía tomando la forma de un velo nupcial, y desaparecía luego entre los pinos, yendo a precipitarse en el río, en una hoya profunda, donde las aguas hervían en espumosos remolinos. Detrás se extendía el valle, cada vez más estrecho, limitado a ambos lados por montes agrestes, cubiertos hasta media falda de pinos y abetos.

Después de comer a la orilla de un arroyo, y dejando al *Mejicano* con el coche, los dos jóvenes se internaron bajo los pinos, para aproximarse a la cascada, deseosos de admirar de cerca el soberbio espectáculo; pero no pudieron acercarse mucho, pues en las proximidades de la cascada el suelo estaba lleno de agua, y caía una lluvia de finísimas gotas. Retrocedieron para buscar una subida a las rocas de la Catedral; al cabo de un rato hallaron una hendidura llena de piedras, por la que treparon con dificultad hasta más arriba del comienzo del Velo, y desde allí pudieron admirar la capa de agua blanca, tan lisa que reflejaba el azul del cielo y las rocas fronteras, romperse con estrépito fragoroso pocos metros más abajo, y extendiéndose por la falda de la roca, perderse murmurando entre los abetos. Una tenue nubecilla iri-

sada, formada por pequeñas gotas, flotaba encima de la catarata. De cuando en cuando, la masa de agua oscilaba ligeramente, según el mayor o menor caudal que se precipitaba, y caía sobre los jóvenes una ducha de gotitas pulverizadas. Pero ellos continuaban inmóviles, absortos en la contemplación del grandioso espectáculo, sin pronunciar una palabra, que no hubiera podido ser oída por el rugido del agua. Producía ésta un golpeteo isócrono, sordo, como el de un tren a toda velocidad, pero al mismo tiempo parecían oirse a veces relinchos de caballo, voces humanas, gritos de guerra indios, quejas, apóstrofes y el murmullo tranquilo de un diálogo a media voz, que semejaba un dúo de amor.

Ya estaba el sol cerca del horizonte, cuando Dory hizo un gesto a su compañero para que bajaran:

Cuando estuvieron otra vez bajo los pinos, dijo Dory:

—Es un espectáculo sorprendente, uno de los paisajes más hermosos que he contemplado en toda mi vida.

Siguieron andando en silencio.

—Me parece que está usted preocupado, William. Desde que salimos de Los Angeles apenas habla usted. ¿No le gusta esta excursión?

—No es eso, Dory. Lo que pasa es que ésta será la última de tantas deliciosas excursiones como hemos hecho juntos. Lea usted—y le entregó el telegrama.

Luego prosiguió con tristeza:

—En estos últimos veinte días yo me había acostumbrado a pasar largas horas en su compañía; era usted la única persona con quien trataba: mi compañera de juegos y de excursiones, y hasta creo que es a usted a quien debo mi rápido restablecimiento. Hemos pasado muchas horas juntos, a veces días enteros, en el mar, en las montañas, en los paseos de la costa californiense, y en ese trato cotidiano había llegado a interesarse mi corazón. Todo eso termina hoy. Mañana parto para Nueva York.

—¡No partirá usted solo, Willy! Yo le acompañaré a usted, y no nos separaremos jamás. En mi trato con usted he podido apreciar sus cualidades. Es usted un hombre que reconoce la igualdad social del hombre y la mujer y el derecho de ésta a desarrollar libremente su personalidad, aun dentro del matrimonio, y estoy segura de que ha de hacer usted feliz a la que sea su esposa. Por lo demás, hemos congeniado perfectamente y... ¡también las feministas tenemos corazón!

Heartfield, al oir estas palabras, se quedó

asombrado. Nunca había aspirado seriamente a tanta felicidad; el corazón le latía descompasadamente; intentó hablar, aunque sin saber lo que iba a decir, pero no pudo; tenía un nudo en la garganta y no logró articular palabra.

Dory, parada ante él, estaba más hermosa que nunca: sobre su piel blanquísima había puesto la emoción un ligero color rosado, y en sus ojos lucía una mirada dulcísima. Heartfield le cogió las manos e intentó llevárselas a los labios, pero la joven le presentó los suyos de color de cereza, y ambos se unieron en un estrecho abrazo.

En el cielo de color verde claro, una gran nube encarnada ocultaba el sol poniente, que teñía sus bordes de un rubio vivísimo. Sobre el valle de Yosemite flotaba una neblina azulada, y entre los pinos vibraba una brisa fresca. En las rocas oscuras, que se recortaban en el fondo gris perla del cielo, los últimos rayos del sol, penetrando entre las nubes y el horizonte, brillaron un momento, y el Velo de la Novia, de un delicado tono rosa, tenía transparencias etéreas... Oculto en la enramada, un ruiseñor entonó su canto de amor...

OBRAS DE D. FEDERICO LOPEZ VALENCIA

Del País Gigante.—La vida y los negocios en Norteamérica,—1.ª edición, 1919, agotada; 2.ª edición, 1919, 3,50 pesetas.

Influencia de los seguros sociales en la sanidad pública en España.—1919. (Premiada por la Sociedad Española de Higiene).

Instituciones patronales de previsión en los Estados Unidos.—1918.

Información sobre los seguros sociales obligatorios en el extranjero.—1917.

Las Cajas de ahorros extranjeras en el régimen de las casas baratas y de previsión popular.—1913, agotada.

La acción patronal en el problema de los retiros obreros.—1913. (Premiada en los juegos florales de Santiago de 1912), agotada.

———oOo———

Juicios de la prensa sobre "Del País Gigante"

«Libro que se lee con extraordinario deleite, que deja al terminar una imborrable lección de fuerza y energía. Cada capítulo que lo integra entraña un problema social resuelto

denodadamente, sin vacilaciones ni temor, por ese pueblo niño y gigante.»

(*El Fígaro*, de Madrid.)

«Todo el libro está escrito con tal amenidad y es tan grande la variedad de asuntos, todos interesantes, de que trata, que *Del País Gigante*, como las buenas novelas, no se deja de las manos hasta haber terminado su lectura.»

(*El Sol*, de Madrid.)

«... libro utilísimo, que no debe faltar en la biblioteca de los comerciantes, industriales y personas a quienes interesan los estudios económicos.»

(*Boletín Oficial de la Cámara de Comercio de Madrid.*)

«El libro del Sr. López Valencia tiene en los momentos actuales una interesante actualidad para los españoles, dada la escasez de relaciones de nuestro país con Norteamérica, y por referirse al estudio de esta gran nación, que está llamada a ejercer una acción directora sobre todo el mundo.»

(*La Tribuna*, de Madrid.)

«Don Federico López Valencia ha escrito un libro bello y útil, digno de ocupar un sitio preferente en la biblioteca de todo el que se sienta atraído por los asuntos de América.»

(*La Acción*, de Madrid.)

«El libro es un arsenal de ideas y de orientaciones para los hombres de negocios, y en general, para todos los de acción.»

(*El Pueblo Cántabro*, de Santander.)

«... lo que vale más del libro es... el anhelo que despierta de mejorar la vida nacional por las vías de un efectivo progreso, aprovechando la experiencia... de pueblos que mejor supieron aprovechar las leyes, las fuerzas de la naturaleza, que acertaron a disciplinar los espíritus y dar al trabajo una organización científica para obtener el máximo efecto útil.»

(*La Mañana*, de Cáceres.)

«Contiene provechosas enseñanzas, muy útiles en estos momentos decisivos en la historia del mundo.»

(*El País*, de Madrid.)

«... libro notable por todo extremo... que a todos interesa conocer en las presentes circunstancias mundiales.»

(*La Correspondencia de España*, de Madrid.)

«No se puede dar con menos extensión una visión más clara y exacta de la intensidad de vida de aquella nación y de sus actividades, que por el interés que despierta y por lo preciso y concreto de los detalles observados, se lee con una rapidez paralela a la de la vida que describe.»

(*La Jornada*, de Madrid.)

«La oportunidad de la publicación en los momentos actuales, en que la intensificación de la vida industrial y comercial es una de las primeras necesidades nacionales, hará seguramente que este libro, fuente de iniciativas y colección de audaces y fecundos ejemplos, vea agotarse su segunda edición tan rápidamente como la primera »

(*El Diario Montañés*, de Santander.)

«Federico López Valencia nos ofrece la segunda edición de su maravilloso libro sobre los Estados Unidos de Amé-

rica. Rápidamente agotada la primera edición, es la prueba más plena de acierto con que este nuevo y ya maestro escritor estudia en diferentes capítulos, perfectamente ordenados, fases distintas de la vida social de aquel gran pueblo.»

(*La Mañana,* de Madrid.)

«Ha aparecido, y va muy deprisa, la segunda edición del libro de Federico López Valencia, titulado *Del País Gigante.* Es este un libro singularmente actual. Queremos decir que es «de ahora», en tal manera, que no sólo se acomoda al momento por lo que en él se dice, sino por la forma sobria, clara y resuelta en que aparece dicho.»

(*El Universo*, de Madrid.)